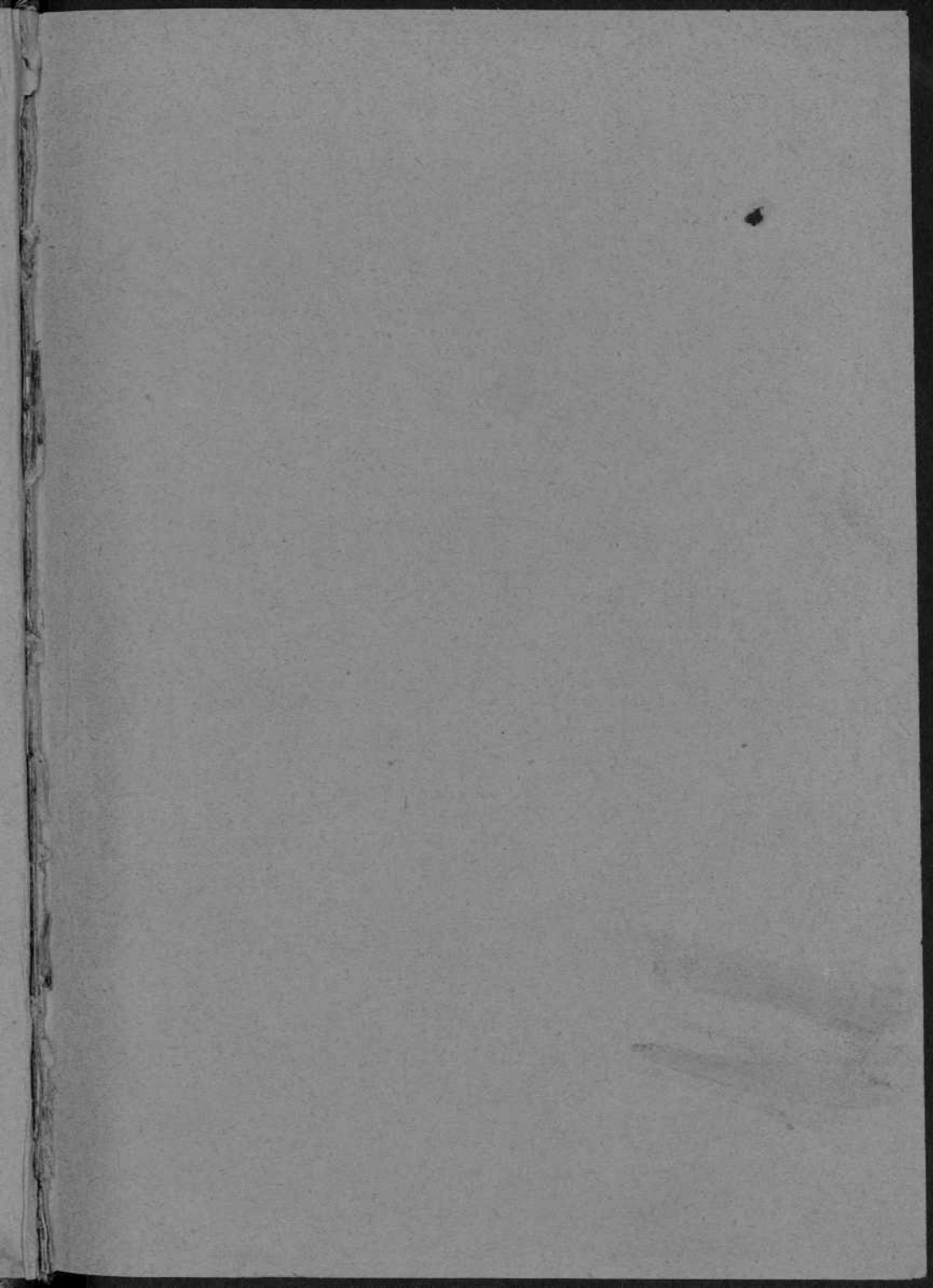
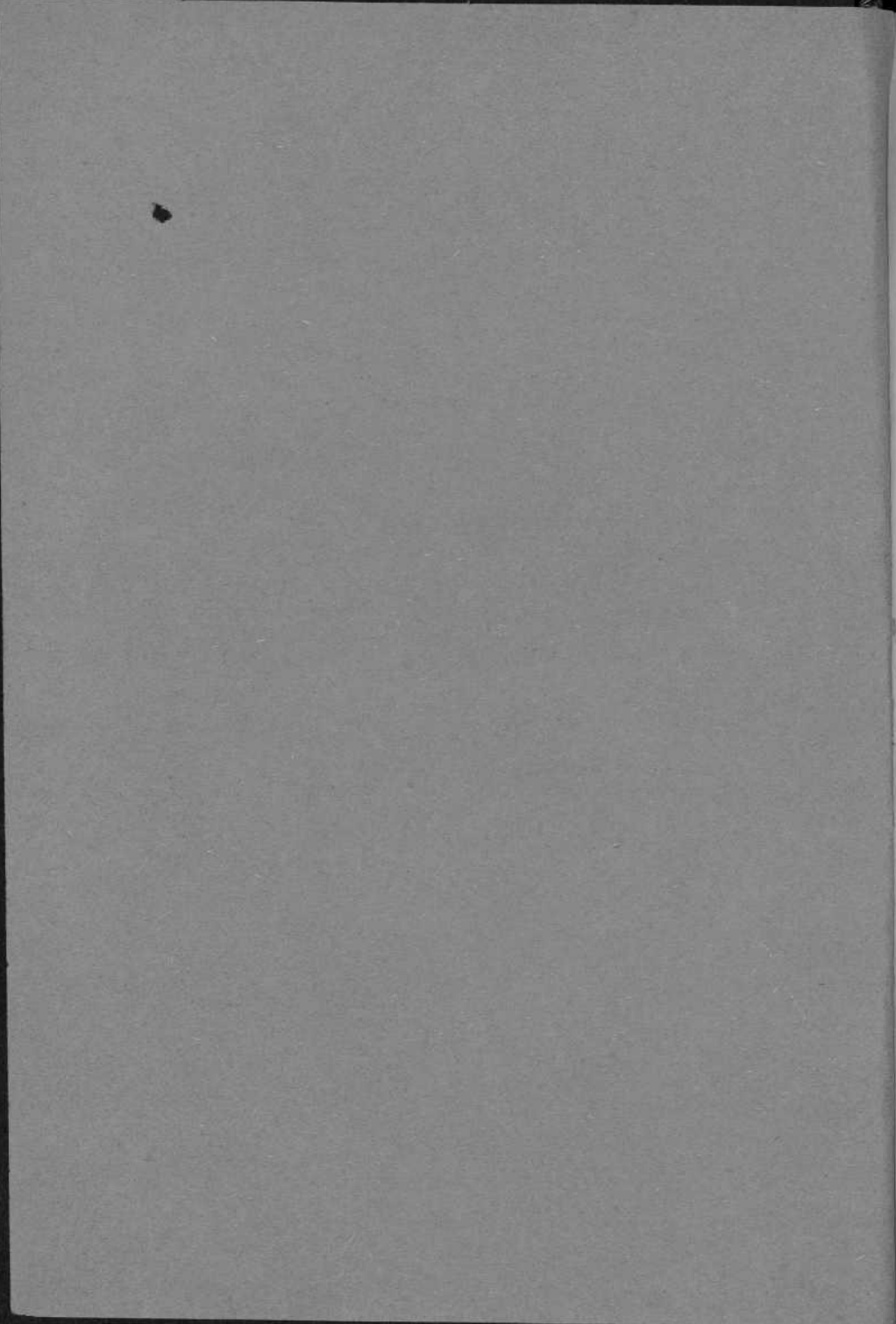


337

15337  
~~1718~~





41

237

Esta obra se publica en...

# EL HÉRCULES.

Esta obra es propiedad del autor.

ESTEREOGRAMA



2e

**EL**

**HERCULES.**

ENSAYO DE UNA EPOPEYA,

EN TRECE CANTOS.

POR

**DON CÁNDIDO OSUNA,**

DIPUTADO A CORTES.



**MADRID:**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. A. VICENTE,  
calle de Preciados, número 71.

1856.

EL

# HEROINES.

BASEIN DE LA FEMME.

BY JAMES GARDNER.

HOW CARIBBO ORNAMA.

BY JAMES GARDNER.



MARSHALL.

ESTABLISHED IN THE CITY OF NEW YORK.

1850

1850



## A MIS COMPATRIOTAS.

---

AL retirarme, tan desnudo de ilusiones como cargado de desengaños, de la vida pública á concluir tranquilamente mis azarosos dias en mi hogar doméstico y en el seno de mi familia y amigos, buscaba con anhelo una prenda de alguna estima que dejaros, en grato recuerdo de nuestras comunes pasadas borrascas: pero yo nada tenia que ofrecer, nada digno de vosotros. Conservaba sin embargo algunos fragmentos poéticos, en cuya publicacion no habia pensado jamás, creyéndolos faltos de mérito, de lima y de correccion, pero que la casualidad habia dado ya á conocer á algunos amigos, y aun á célebres literatos de esta córte, que vivamente me han escitado á publicarlos; y ninguna ocasion mas oportuna ni nada mas digno de vosotros, versando como versan sobre nuestra lamentable á par que gloriosa historia: y estos serán los que, cediendo á los deseos de personas mas competentes que yo, me atreva á ofrecer como último tributo, al recomendaros en mi despedida el sostenimiento de la libertad, cuya conquista tan cara nos costó á todos. En estos fragmentos hallareis reflejados los delirios y las opiniones de la época en que se escribieron, que, aunque de paso, creo conveniente indicar.

Lanzado el año de 23, como tantos otros miles de liberales del suelo español, con el puñal de las fanáticas bandas realistas á la espalda, me dirijí á Portugal, buscando un asilo en su hospitalario suelo, saludando con un placer melancólico las risueñas y encantadoras playas de Lisboa, á quien me complazco en saludar desde aquí todavía, y en enviar á sus apacibles y generosos habitantes un testimonio de gratitud y un recuerdo de placer. Aquí encontré muchos amigos y compañeros de infortunio, cuya comun afliccion parecia hacer mas llevadera en parte nuestra suerte. Yo sin embargo sufría mal aquella vida inactiva, y empecé á ocupar las horas de ocio y fastidio en todo género de distracciones útiles, siendo con frecuencia las Musas las solas confidentas de mis pesares y desenfados; y en el oculto desvan donde venian á buscarme, pásabamos las horas mas deliciosas, desahogando nuestro justo enojo, ya con picantes sátiras, ya con duras recriminaciones, ó ya con terribles anatemas contra los malvados autores de la ruina comun y de la mia. Entonces me ocurrió la idea de probar si, reuniendo y arreglando aquellas composiciones, podria formar con ellas una especie de poema épico, ó cosa que le pareciese. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo formar un poema épico sobre tan recientes hechos? ¿Cómo revestir con los atavíos de los héroes y semi-dioses á los hombres que estábamos viendo y hablando, y cuyos defectos y debilidades estábamos tocando á cada paso? ¿Cómo dar novedad á sucesos que todos habíamos y aun estábamos presenciando? Esto hubiera sido chocar abiertamente con todas las reglas y leyes de la Epopeya: porque solo la muerte

tiene el triste privilegio de deificar á los grandes hombres.

Creí, pues, lo mas acertado recurrir á la alegoría; y envolviendo en su trasparente gasa los célebres hombres, y los grandes sucesos que hemos presenciado todos, remontándome de siglo en siglo y penetrando en los espacios mas allá de la historia, fijé la vista en los mundos de la fábula ó de la primitiva España. De este modo me pareció poder ya dar á la accion los encantos, los giros y el colorido que la cuadrasen mejor, donde pudiera la fábula campar con libertad, y tender como la imaginacion sus alas por toda la existencia, desde el centro de la tierra hasta la mas remota nebulosa; desde la creacion hasta la destruccion de los mundos, sin que el Génio pudiera estrellarse en límites de ningun género.

Consiguiente á este plan se vé que no era posible dar cabida en él á hechos ni nombres propios, lo que además hubiera tenido el inconveniente, suponiéndome ódios y resentimientos de que estoy muy ajeno, de conjurar contra mí muchas personas y aun familias por una parte, y por otra ser tachado de adulacion: y no siendo mi ánimo renovar memorias, ni escitar ódios estinguidos ya, he envuelto en un velo, aunque trasparente para algunos, tupido para los mas, los hechos y los autores, limitándome solo á formar un cuadro lo mas aproximado posible de aquella funesta época, que la historia se ha encargado ya de presentar en todas sus terribles formas.

Conocí desde luego lo atrevido de la empresa; pero no encontraba otro medio, y me decidí á arrostrarla y llegar adonde pudiera, esperando que otro Génio mas fa-

vorecido y fecundo acabase de completar la obra que yo no hacia mas que bosquejar.

En fin, aunque con desconfianza, me he decidido á publicar mi Ensayo, en la seguridad de que servirá no solo de escarmiento y de enseñanza, sino de estímulo á un Génio mas elevado y robusto, que con tonos mas firmes y mas sublimes conceptos se remonte á toda la altura, y arranque á su lira todas las armonías que una Epopeya de esta naturaleza exige. Si consigo este objeto, si la literatura española puede presentar con orgullo algun dia al mundo civilizado una Epopeya digna de este nombre, mi ambicion quedará satisfecha. Que no sean Grecia y Roma solamente las únicas que puedan gloriarse de haber llevado la poesía hasta su último cielo, de haber producido una Epopeya.

Aceptad, pues, con benevolencia este patriótico cuadro, en que cada español tenemos nuestra pincelada, si no en gracia de su mérito, al menos de la pura intencion con que lo compuso y os lo dedica vuestro compatriota

E. O.

## CANTO I.

Ya pulso, Apolo, de tu heróica lira  
Las cuerdas de oro que temblando toco;  
Tu sacro númen, tu deidad invoco;  
Dame tu entonacion; el labio inspira,  
Y de mi patria por el ancho suelo  
Resonarán los cánticos de ira,  
Resonarán los cánticos de duelo.  
Cantaré de la odiosa tiranía  
Las tumbas ¡oh baldon! de sangre llenas:  
Y el ¡ay! agudo de la patria mia,  
Al bárbaro crugir de las cadenas.  
De su opresor combatiré la saña,

Y hasta en los hondos antros del abismo  
Perseguirá mi voz al despotismo,  
Que mi labio al cantar en llanto baña.

Y acechado del rudo fanatismo,  
En sordos ecos al disorde tono  
De mi proscrita lira, en tierra estraña  
De aquel baron celebraré la hazaña,  
Que con la clava en la robusta mano  
Rompió los hierros que forjó el tirano,  
Y dió la ansiada libertad á España.

Al pueblo altivo que triunfante un dia  
Teñido en sangre, en polvo revolcado,  
La frente al cielo levantaba osado,  
La tierra que pisaba estremecía.  
De monte en monte la orgullosa hueste  
Delante de él despavorida huia:  
Solo el hierro mortal con ceño fiero  
Vibra allá en derredor fuerte guerrero.  
Y era el bravo Anteon, y era el gigante,  
Que con el grande Alcides peleando,  
Insultaba á los dioses arrogante,

Los destinos del orbe disputando,  
Pero entre el fuego y el clamor y el polvo,  
Como en oscura tempestad el rayo,  
Brilló la clava, y Anteon rugiendo  
Cayó á su golpe, el mundo estremeciendo.

Sobre las ruinas de la incauta Iberia  
Huesos y escombros con pavor hollando,  
Las rotas huestes sin su jefe huyendo,  
Hacia Pirene corren, invocando  
De la heróica Lutecia el Dios tremendo!  
Allá en la arena el arrogante Anteo  
En su sangre al morir se revolvía,  
Y por el Tajo Alcides sus legiones  
Con la muerte en la clava perseguía.  
El carro de los triunfos destrozado  
Junto al cadáver de Anteon se via,  
Y acá y allá las densas humaredas  
De la cabaña y la ciudad que ardia.  
De Iberia el fértil delicioso suelo,  
De ruinas, muerte y destruccion poblado,  
Del universo entero aniquilado,

La imagen espresando en hondo duelo,  
Mas que del hombre cuna y alegría,  
Vasta tumba del mundo parecia.  
En vez de las espigas y las flores  
Que los fértiles campos matizaban,  
Cuando del hombre el brazo y los sudores  
Su seno germinal desarrollaban,  
En desierto espantoso hoy convertidos,  
De su colono al pasajero ostentan  
Los blancos huesos con furor partidos.  
Tal vez la fiera ó el reptil entre ellos  
Al sol retoza, y removiendo cráneos,  
Chocan y crugen, y al crugir agudo  
El solitario entre las ruinas vuela,  
Y la tímida liebre se recela.

De noche ahullando las sangrientas sombras,  
De collado en collado errantes vagan  
Al débil rayo de menguante luna:  
La patria invocan que salvar quisieron:  
Venganza! claman, y venganza hubieron.  
Al clamor generoso los decretos



Romper osando del fatal destino,  
Se estremeció la tumba de Jovino.  
La lápida feral entre el estruendo  
De recios estallidos se quebranta,  
Y entre las sombras pálidas gimiendo  
El Genio de las luces se levanta.  
Una mirada lánguida en silencio  
Sobre las ruinas lanza, y conmovido,  
¡Ay! suspirando esclama, ¡patria mia!  
¿Eres tú aquella, aquella que mis glorias  
Fué, y mis delicias en mas fausto dia?  
¿Qué se hicieron tus timbres y victorias?  
¿Dónde tu pompa y esplendor son idos?  
¿Qué es de tantos varones señalados,  
Para honra tuya por su mal nacidos?  
Cayeron ¡ay! La mengua y el oprobio  
Al honor y la gloria sucedieron:  
Cayeron, sí, y errantes, perseguidos,  
Del trono mismo cuyo orgullo fueron,  
Cubiertos de ignominia y de amargura  
Al fondo del sepulcro descendieron.

La torpeza, el error y la impostura  
El vacilante trono rodearon.  
El crimen y el escándalo triunfaron;  
Y tu seno leal con fé perjura  
Estranjeros puñales desgarraron.  
¡Pero qué acento generoso y noble  
De libertad, de pueblo soberano,  
Sobre las torres de Gadir suena,  
Y allá en las rocas de Pirene truena!  
¡Patria feliz, varones inmortales!  
Reconozco mi obra, la bendigo,  
Y aplaudo desde aquí. Mas ¡ay! que el astro  
Que entre sangrientas nubes al Oriente  
Se eleva brillador, estoy mirando  
Eclipsarse al pasar sobre tu frente.  
Y ¡oh cuánto de sudor, cuánto de luto!  
¡De sangre cuánto lago, aunque con fruto!  
Dijo, y se hundió: mas otras todavía  
Que en los altos collados se elevaban,  
Cual vapor que en la nube se perdía,  
Silenciosas las ruinas contemplaban,

Y el polvo, el humo, y llamas que lanzaban  
De todas partes la nacion que ardía;  
Una nacion que en el volcan se hundía;  
Cien huestes que á la vez se destrozaban.  
Pero la oliva descendió, y los himnos  
Al fin España de victoria entona:  
Marte enfrenó los ímpetus crueles,  
Nace la flor, y brotan los laureles  
Por los gloriosos campos de Belona.

Entre tanto en Gadir, del triunfo llenos  
Osiris y la pública Asamblea  
La nacion admirando que salvaban,  
En el sublime alcázar de Minerva  
Su rescatado príncipe esperaban.  
Del templo entre soberbios pabellones  
Se anuncia en rica pompa alto trofeo.  
Sobre grupos de insignias y pendones  
Y de armas rotas del gigante Anteo  
La enseña que condujo á la pelea,  
El estandarte de la patria ondea.  
Salpicado de emblemas en el centro,

Dosel pomposo de brillante siro  
Sobre ricas alfombras se elevaba,  
Y el oro en anchas franjas relevaba,  
Tu púrpura real, célebre Tiro.  
En el fondo la imágen de la patria  
Sobre un carro triunfal aparecía,  
A quien el génio liberal tendiendo  
Sus blancas alas de dosel servía.  
Desierto el trono solo se veía  
En medio de las pompas militares,  
Y en derredor en pública Asamblea  
De la patria los génios tutelares.  
Cuando entre el ruido y popular aplauso  
Del rey que al grito liberal responde,  
Del templo toca Gerion las puertas,  
Solo hasta entonces para el pueblo abiertas.  
Su mano toma el generoso Alcides,  
Y á la augusta Asamblea le presenta;  
Donde libre despues, la voz alzando,  
Con noble dignidad, en grave tono  
Desde las gradas del sublime trono,

Empieza así, la agitacion calmando:  
Nobles ancianos, bravos campeones,  
Pueblo invencible, generoso y grande,  
Ancha cuna de honor, ya en vuestro seno  
Al príncipe teneis por quien dejásteis  
De sangre el suelo y de venganzas lleno.  
Del soberbio Anteon los escuadrones  
En medio de sus triunfos arrollásteis;  
Sus inmensas é indómitas legiones  
De vuestras lanzas al furor cayeron,  
Y sus reliquias con pavor delante  
De vuestra noble indignacion huyeron.  
Del audaz invasor al golpe rudo  
Las murallas fortísimas cayeron;  
Ciudades y provincias populosas  
Al hierro y á las llamas sucumbieron.  
Los altos capiteles cuyas frentes  
Sobre el rayo y la nube descollaban,  
Y á sus plantas el trueno y la tormenta  
Rodar bramando con desden miraban,  
En sus escombros hoy yacen hundidos

Con la cabaña humilde confundidos.  
Todo fué entonces soledad y espanto;  
Todo fué luto; solo entre las ruinas  
Las silenciosas alas bate incierto  
El pavoroso Génio del desierto.  
Mas la sangre, esa sangre que á torrentes  
Por los campos corrió de honor y gloria,  
Los laureles regó de la victoria,  
Que ciñen hoy vuestras altivas frentes.  
Esos montones de quebradas lanzas,  
De escudos rotos, yelmos y pendones,  
Vuestro nombre inmortal, vuestras venganzas  
Dilatarán por todas las naciones.  
Ellos serán eterno monumento  
De lo que puede un pueblo aunque sin reyes:  
Pero aun es mas glorioso el de las leyes  
Que en medio del feroz sacudimiento  
Osásteis sancionar: ¡raro portento!  
Ellas la patria y príncipe salvaron:  
Ellas los pueblos conmovier supieron:  
Ellas la lucha sostener hicieron,

Y ellas del mundo y de Anteón triunfaron.  
Este es pues, Gerion, este es el trono  
Que con su sangre y lágrimas bañado  
Hoy te ofrece tu pueblo, del encono  
Del terrible Anteón libre y vengado.  
Pero sabe también que há en estas tablas  
Sus fueros y derechos consignado,  
Que á costa de su sangre y de su vida  
Su digna libertad ha recobrado.  
De la bélica trompa al sordo estruendo  
Juró ser libre: el invasor tremendo  
Cayó, sus glorias y potencia inmensa  
Al denodado grito sucumbiendo.  
Este es el trono que te ofrece Iberia,  
Y estas las tablas de sus dignos fueros:  
Aceptale, y con él gobierna y rige  
Un pueblo grande que por rey te elige.  
¿Cómo pudiera, generoso Alcides,  
Esclama Gerion, los sacrificios  
De un pueblo tan magnánimo y valiente  
Su príncipe olvidar? De las ciudades

La inmensa ruina, los desiertos pueblos  
Aquí en medio del triunfo ásperamente  
A la vista del trono aun me devoran:  
Aun aquí siento el fiero desconsuelo  
De la viudez y la orfandad, que lloran  
Sobre las tumbas en perpétuo duelo.  
Yo entre el silencio y soledad al paso  
Contemplé inmóvil de provincias bellas  
La atroz desolacion, la inmensa ruina  
De los que pueblos florecientes fueron,  
Y en mi defensa aniquilar se hicieron.  
Pues ¿qué exigir de Gerion pudiera  
Un pueblo tan bizarro y generoso,  
Que á su amor Gerion no concediera?  
Este trono, este cetro, esta corona  
Por este pueblo ceñiré contento,  
Que al mundo todo admiracion inspira;  
Y vuestros fueros conservar ilesos  
Por los manes de Salduba y Gadira  
Juro, y del Tajo por los blancos huesos.  
Dijo; y las manos alargando entonces



Al bravo Fóscar, al anciano Osiris,  
Al libre Orfan y al venerable Arpando,  
Tierno abrazó cual sus libertadores  
A los demás ilustres senadores.  
Tifon, cual sumo sacerdote entonces,  
La diadema real ciñó á sus sienes;  
Y entre la fausta aclamacion alzado  
Sobre el régio pavés, de todo el pueblo  
Por su señor y rey fué proclamado.  
De diez atletas en los fuertes hombros  
Fué por las calles de Gadir llevado  
Hasta su alcázar al compás sonoro  
De las canciones, que en alternos vivas  
Las masas agrupándose festivas  
Cantan en torno en delirante coro.  
Así embriagadas de placer las gentes  
Hasta los patios de palacio entraron,  
Alzando al trono las altivas frentes,  
Donde orgullosas á su rey sentaron.  
La corte en tanto, en públicos festejos  
La jura de su rey solemnizaba,

Cuando el luciente Venus sus reflejos  
Por el oscuro Ocaso derramaba.  
Vistosa variedad de luces bellas  
Su esplendor por la corte difundia,  
A cuyo brillo opacas las estrellas  
Y pálida la luna parecía.

Pero entre tanto que de gozo llena,  
Entre vivas y músicas marciales  
La inmensa multitud se atropellaba  
Por calles de laurel y arcos triunfales,  
La voraz llama de sangrienta ira,  
Devorando á Tifon, á oculta cuadra,  
Con el monarca incauto se retira.  
Frenético al entrar torció la llave,  
Y á Gerion volviéndose, así esclama  
Como inspirado con acento grave:  
¡Gerion! ¡Gerion! escucha y tiembla.  
¿No oyes el trueno sobre tu cabeza  
Rodando retumbar? ¿Del rayo rojo  
El surco inmenso, del celeste enojo  
Terrible vengador? Ya con fiereza

Allá rasgarse las esferas miro,  
Y anchos globos de fuego vomitando,  
La ensangrentada tierra ir devorando:  
Trocarse de la luna el tardo giro:  
El sacudido mar irse elevando,  
Las altísimas rocas sumergiendo,  
Y con ronco bramido irse estendiendo  
Por los imperios que se va tragando.  
¿No ves cual estas bóvedas recrugen?  
Que retiembla la tierra so tu planta  
Profana... criminal... ¿No ves que se hunde...  
Que se abre... que te traga... y... te confunde?

Gran sacerdote, esclama de rodillas  
Todo aterrado Gerion cayendo:  
¿Cuál mi delito fué? Silencio breve  
Sucedió entonces, que con ronco estruendo  
La pavorosa voz rompió diciendo:  
¿Cuál tu delito fué? ¡Desventurado!  
La voluntad del Cielo soberana  
¿No te elevó sobre la especie humana,  
Y te dió un pueblo á tu carroza atado?

Y de un poder tan alto y absoluto,  
Príncipe criminal, ¿cuál uso has hecho?  
Lanzar, ingrato, sobre el pueblo bruto  
Los pedazos del ídolo deshecho;  
El ara de tu Dios cubrir de luto,  
Y consagrar audaz con torpes ritos  
De la nefanda libertad los mitos.  
Tu juramento criminal, de Iberia  
La libertad y fueros sancionando,  
Desde las nubes la deidad de Astarte  
De horrible indignacion oyó temblando.  
Él alzar hizo la abatida frente,  
Y el vano orgullo de la osada plebe  
La cerviz sacudiendo delincuente,  
Las coyundas rompió que la apremiaban!  
Él destrozó los sacrosantos lazos  
Con que el altar y el trono encadenaban  
Del rudo vulgo los feroces brazos.  
Las sacras aras, los augustos tronos,  
A su golpe brutal caerán crugiendo,  
Entre sus ruinas por la vez postrera

Sacerdotes y reyes envolviendo.  
Osarlo todo nuestra union podia;  
Mas rotas las fortísimas lazadas  
Que del pueblo enfrenaban la osadía,  
Y en las que mutuamente reforzadas  
Nuestro imperio y poder se sostenia,  
¿Quién á salvarnos bastará? ¿A qué parte  
Tu ídolo santo, tu sagrado culto  
Llevar podremos, veneranda Astarte?  
Y tú el primero, Gerion, tú mismo  
Pronto verás tu sólio destrozado.  
Por las calles y plazas arrastrado  
Serás del pueblo con insulto y befa,  
Y á su puñal caerás, rey descreido,  
Mordiendo el polvo, en sangre reteñido.  
¿Juzgas, rey criminal, que ha sido el pueblo  
Quien en el trono infausto te ha sentado?  
En ese trono que al subir dejaste  
Con tu debilidad vilipendiado?  
No: jamás, Gerion, jamás llegaras  
A ocupar este sólio derribado,

Ni de las huestes de Anteon triunfaras,  
Si el sacerdote al Númen irritado  
No aplacase, cubriendo desmayado  
Con inocentes víctimas sus aras.  
Porque ¿qué es el mortal, qué cuando el Cielo  
La vista aparta del infando suelo  
Que á su deidad y adoracion insulta?  
¿Ni qué podrá contra el potente Númen  
Que los imperios en la mar sepulta,  
Y envuelto entre la nube, á los mortales  
Lanza sentado en las soberbias torres,  
Do con mas sordo estrépito revienta  
La muerte, el rayo, el trueno y la tormenta?  
¡Feroz orgullo! la faccion impía  
De haber triunfado de Anteon se jacta:  
De haberte dado un reino se gloria:  
Y en recompensa de un deber cumplido,  
De tu poder el pueblo apoderado,  
Un vano nombre solo te ha dejado.  
Pero... y nosotros, sumos sacerdotes,  
Altos ministros, soberana Astarte,

De tu deidad suprema, ¿cuál el fruto  
Fué de tanto sudor, de tanto luto  
Y de tanta afliccion? El estandarte  
Nosotros solos tremolar hicimos,  
Que la hueste primera á la pelea  
Condujo desigual: la feroz tea  
De la guerra nosotros encendimos  
Al santo fuego de la sacra pira,  
Junto á la pura víctima que hiriendo  
El sagrado cuchillo en tu holocausto,  
Sobre tus aras palpitando espira.  
Nuestros himnos los Dioses aplacaron,  
Y nuestros votos con placer oyeron:  
Sus celestes cabezas inclinaron:  
El laurel y la oliva descendieron,  
Y nuestras huestes de Anteon triunfaron.  
El templo fué el escudo en que la lanza  
Se rompió de Anteon, no la bravura  
Del fuerte Alcides, no la atroz matanza  
Que nuestras gentes en su gente hicieron.  
¿Qué fuera, Gerion, hoy de tu trono,

Y de ese orgullo que infestando el suelo  
Emponzoña al mortal que lo respira,  
Si á nuestros votos conmovido el Cielo  
No desplegara su potente ira,  
Las huestes de Anteon desbaratando,  
Su gigantesco jefe derrocando?  
¿Y aun Hércules se atreve: aun su osadía,  
La frente entre los Reyes levantando,  
Insulta su poder, y su orgullía  
Hasta los Dioses sin pudor llevando,  
De su libertador hoy se gloria?  
¡Insensato mortal! en su demencia  
Leyes al trono y al altar dictando,  
Huella lo mas sagrado; y su impudencia  
Los fascinados pueblos imitando,  
Siguen su jefe, á tan horrendo crimen  
Triunfo de la razon apellidando.  
¡Soberbia pretension! Ya en otro tiempo  
El celestial alcázar de los Dioses,  
Cuya sublime inmensidad abraza  
Los universos todos, delirante



Osó escalar la gigantesca raza.  
Tan sacrílego crimen hoy renueva,  
A los templos y tronos peligrosa,  
La razon detestable y ominosa,  
Que en nuestro daño con furor se ceba.  
Hundamos su cabeza en el abismo;  
A su cuello pongamos cien cadenas;  
Y á sus secuaces entre horribles penas  
Las tumbas reduplique el despotismo.  
Sus idólatras caigan criminales;  
Y hasta en los hijos que aun la luz no vieron,  
Rasgadas las entrañas maternas,  
Estirpemos las razas liberales.  
Gerion, Gerion, ó ser tirano,  
O esclavo vil de un pueblo soberano.  
Sagrado Nuncio del celeste Númer,  
Esclama Gerion, tu santo lábio,  
Trono de la verdad, me abre la senda  
Que impracticable la maldad fingia:  
Mi error detesto; á voluntad del Cielo  
Mi torpe planta vacilante guia.

Si ofendió al Númen indiscreto celo,  
Al Númen vengaré: si seducido  
Hice á la Patria un juramento infausto,  
De la sacra Deidad en holocausto  
Verá mi furia tan nefando suelo  
De sangre criminal enrojecido.  
El templo que erigieron sus mayores,  
Con sacrílega mano derribaron;  
El trono de mis padres ¡impostores!  
Con mentidos alardes derrocaron,  
Y so el régio dosel los seductores  
En nombre de la Patria se sentaron.  
Los que temblando ayer, de pavor llenos,  
Al trono de mis padres se acercaban,  
Hoy la alfombra real vanos hollaban,  
De orgullo henchidos los traidores senos.  
Pero mañana... ¡tiemblen! Sus cabezas  
Destroncadas á hierro, semivivas,  
Rodarán á mis piés ensangrentados,  
Y desde aquí mis manos á la plaza  
Los miembros lanzarán contaminados.

A espacio Gerion!... Una violencia  
Comprometer pudiera tu corona.  
Del bravo Alcides la sagaz prudencia,  
El fuerte brazo, la robusta clava  
¿Quién resistir podrá? ¿Quién sus enojos?  
Si vuelve al trono sus airados ojos,  
El trono lanzará en el hondo abismo,  
Y en pedazos tras él á su rey mismo.  
No, Gerion, á Alcides separemos:  
Propongámosle empresas y conquistas,  
Y con él los mas bravos heraclistas  
A otro mar, á otras playas arrojemos.  
Y puesto que al festin la corte toda  
Que mañana en tu obsequio se dispone  
Concurrirá sin duda, allí de Alcides  
Diestramente el ardor provocaremos,  
Y á sus jefes con él alejaremos.  
Mas mientras lucen tan felices dias,  
Cautos nuestra intencion disimulemos;  
Suframos, Gerion, sus demasías  
Hasta que el tiempo y la ocasion logremos.

A España Gerónimo. Un violento...  
 Compromiso...  
 Del pago...  
 El fuerte...  
 Oñón...  
 Si vuelve...  
 El trono...  
 Y en...  
 No, Gerónimo...  
 Propongo...  
 Y con...  
 A otro...  
 Y puesto...  
 Que mañana...  
 Concurrir...  
 Distinguido...  
 Y a sus...  
 Mas mientras...  
 Cientos...  
 Súltimos...  
 Hasta...

## CANTO II.

Ya los collados y las quietas ondas  
El sol doraba del siguiente día,  
Y las nocturnas músicas y danzas  
Por las calles giraban á porfía.  
Junto á la tierna vírgen el mancebo  
El pecho henchido de ilusion y gozo,  
Con el nocturno trage todavía,  
A la ribera de tropel corria.  
Festivos grupos á la playa en tanto  
Por todas partes de Gadir venian,  
Que en populares himnos respondian  
De patria y libertad al grito santo,

Y en el alto tumulto se perdian  
Entre el sordo gritar de marineros,  
Y el ronco son de remos y remeros.  
El mar cubierto de pintados barcos  
De fausto llenos, juventud y bellas,  
Las ondas calma, y su risueña frente,  
Y su mirar fascinador, ardiente,  
Su tez de rosa dibujando en ellas,  
Tal vez del agua diosas las creia,  
Tal vez sirenas que Triton cogia.  
Parte la flota entre el crugir del remo,  
Gritos y cantos, algazara y risa,  
Hinchendo el seno de la parda lona  
El lento soplo de la blanda brisa.  
Sobre la concha de bruñido nácar  
La frente Tétis celestial alzando,  
De ricas perlas y coral ceñida,  
Marcha delante el rumbo señalando,  
De delfines y focas precedida,  
Y de las ninfas de la mar seguida.  
Así de Eritia á la florida isleta,

Que en los puros cristales se retrata,  
Cual esmeralda en círculos de plata,  
Se acerca ya la juventud inquieta,  
Saltando alegre por la blanca arena,  
Y del jardín y el bosque entre las flores  
Las bellas giran por la sombra amena,  
Cogiendo lirios y cantando amores.  
Entre tanto cien bellas, no tocadas  
De la mano del hombre todavía,  
Sobre los verdes céspedes alzadas  
De los laureles por la calle umbría,  
Las mesas van de frutas sazonadas  
Cubriendo los extremos á porfía;  
Ricos manjares en el centro humean,  
Y en derredor los vinos centellean.  
Junto á Tifon, de rostro descarnado,  
Sienes hundidas, pómulo eminente,  
Ojo reptil y deprimida frente,  
Se dejan ver del venerable Osiris  
Las canas apacibles y serenas,  
De honor y gloria y esperiencia llenas.

Sobre floridos céspedes en torno  
De la espléndida mesa se sentaron,  
En medio de los bravos campeones,  
Que de la patria alzando los pendones,  
Las huestes de Anteon desbarataron.  
Gratos manjares y doradas conchas  
Sirve con profusion mano opulenta,  
Y en plácidas cuestiones recordando  
Los duros casos y fortunas varias  
De la lucha mas bárbara y sangrienta,  
Cada guerrero sus hazañas cuenta.

A Hércules vuelto Gerion entonces,  
Así prorumpe: generoso Alcides,  
Ilustre capitan, fuerte guerrero,  
Tú que de tantas y tan grandes lides  
El furor y la rabia presenciaste,  
Y en todas ellas tu gloriosa frente  
De inmarcesibles lauros coronaste;  
Dígnate referirnos las hazañas,  
Las heróicas empresas, los varones,  
Que combatir sin esperanza osaron



En tan sangrienta y desigual pelea,  
Y de la lucha atroz y la victoria  
El fiero estrago, la tremenda gloria.

Jamás Alcides sin hacerse agravio,  
Dejar tus votos de llenar podría;  
Pero ¿qué lengua sin temblar, qué labio  
Tantos combates, tan gloriosos triunfos,  
Tantas derrotas, tan tremenda lucha,  
Bastará á referir? ¿Quién la osadía,  
El denodado esfuerzo y bizzaría  
De tantos y tan ínclitos varones  
Debidamente celebrar sabría?  
¿Quién del pueblo las fieras convulsiones,  
De su disolucion terrible amago,  
A decir bastará? ¿De tantas gentes  
El fúnebre clamor, el ancho estrago?  
Pero pues es forzoso, aquí en presencia  
De tantos señalados campeones,  
Que honor del siglo y de la patria fueron;  
Aquí á la faz del pueblo y las naciones,  
Que nuestro triunfo con asombro vieron,

De tan tremenda y espantosa lucha  
El eco solo de la sombra escucha.  
No bien mi padre, el venerable Osiris,  
De Isis el culto y venerando rito,  
Las misteriosas y terribles pruebas  
Ordenó, dando al sumo Sacerdote  
Y al gran colegio instituciones nuevas;  
Cuando conmigo y con Tifon de Menfis,  
Gloriosa cuna de sublimes ciencias,  
Partió, llevando sus preciosos dones  
Por apartados climas y naciones.  
Las seductoras artes enseñando,  
La religion sublime y la cultura,  
Levantaba ciudades arrancando  
Al hombre agreste de la selva oscura;  
Cuyo instinto feroz domesticando,  
A su razon en sombras sepultada  
La venda del error pasó rasgando.  
Huye á su voz del hombre la fiereza;  
El bravo toro, la cerviz doblada,  
Sembró el campo de gracia y de belleza:

Frutos llevó la tierra cultivada;  
Y de su labio recibió humillada  
Su poderosa ley naturaleza.  
Tifon del culto y la moral al pueblo  
Los sublimes preceptos inculcaba,  
Y yo del oprimido las cadenas  
Y la mano opresora destrozaba.  
Sembrando así la risa y el contento  
Por fin tocamos la Tirrena playa:  
Aquella playa que en mas fausto día  
Fué de los Dioses ornamento y gala,  
Cuando los hombres que el amor unía,  
Y la naciente sociedad iguala,  
La paz gustaban en union sincera,  
Y las delicias de la edad primera.  
En libertad robustos cazadores  
Trepaban tras la fiera en la montaña,  
Y en el prado pacíficos pastores  
Conducian la grey á la cabaña.  
Acá y allá mancebos y doncellas  
La danza llevan y los himnos cantan,

Pisando flores en sencillo coro  
Sobre diamantes entre arenas de oro.  
Por la ciudad con simples atavíos  
Su carro de oro la abundancia lleva,  
Y de sus gracias la beldad sencilla  
La natural simplicidad releva.  
Así las horas del placer volaban  
Del pueblo jóven por la faz serena,  
Cuando en las altas rocas de Pirene  
La ronca trompa de la guerra truena.  
Y era el bravo Anteon; y era el gigante  
Que sobre Iberia, vencedor del mundo,  
Su carro aterrador volvió triunfante.  
El domador de reyes y naciones,  
El génio de la guerra y la victoria,  
El gigante Anteon, cuya memoria  
Volará sobre mil generaciones,  
Después de hacer del orbe todo entero  
Estruendoso teatro de su gloria,  
Cubiertas de laurel sobre el Ibero  
Hizo tornar sus armas vencedoras.

De orgullo henchidas sus inmensas huestes  
Triunfadoras del mundo que oprimian,  
Desde las altas rocas de Pirene,  
Que sus soberbias águilas cubrian,  
La vista audaz cual devorada presa  
Por la llanura ibérica tendian,  
Seguras en su loca omnipotencia  
De no encontrar en ellas resistencia.  
En su embriaguez, del mundo al señorío  
Creyeron solo que faltaba Iberia,  
Y que aun sin armas, de la bella Esperia  
Beber podrán el fabuloso río.  
Así tambien los mundos lo creyeran,  
Y hasta los altos Dioses lo temieran.

El régio alcázar infestado en tanto,  
Monarca augusto, ilustres campeones,  
Hijos de Sidye, pueblos y naciones  
Que atentos me escuchais, de denso velo  
Permitidme cubrir los desvaríos  
Que en torno del dosel con torpe celo  
Giraban sin pudor; los estravíos

De aquel planeta audaz cuanto azaroso  
Al astro mismo que eclipsó ominoso;  
El vergonzoso cuadro de los vicios  
Que el tálamo y el trono mancillaron,  
Y del antiguo imperio de los celtas  
Las altas glorias la virtud hollaron.

So color de aliadas, las legiones  
Del gigante Anteon, de orgullo henchidas,  
Por ciudades y pueblos esparcidas  
Tremolaban los pérfidos pendones.  
El dulce Bebrix, complaciente esposo,  
De escasas partes para rey dotado,  
El timon de la nave abandonado  
Dejó á un valido para el pueblo odioso:  
Cuya altivez, audacia y poderío  
No de otro modo sostener pudiendo,  
De los reyes de Iberia el trono hundiendo,  
Cedió á Anteon su imperio y señorío;  
Dejando en la indiscreta confianza  
De fementidos pactos de alianza,  
Desierto el trono y el dosel vacío.

El pueblo en tanto del fatal valido  
Indignado arrastraba las cadenas:  
Rompiólas con estruendo, y las ajenas  
Oprimieron su cuello embravecido.  
La heroica Mántua que entre agudas penas  
Tascaba el freno humillador con ira,  
Dió el primer grito que sonó en Pirene,  
Y resonó en las playas de Gadira.  
Grito feliz de independencía y guerra!  
Si la sangre por tí corrió á torrentes,  
Si inmolaste millones de inocentes,  
Tambien diste á la patria la victoria;  
Tambien tu voz celebrarán las gentes,  
Y de tus bravos las bizarras frentes  
De eternos lauros ceñirá la historia.  
El ilustre Velar, el bravo Danci  
Al grito de la patria respondieron:  
Las lanzas toman: libertad gritaron:  
Independencia ó muerte proclamaron,  
Y los escudos con furor batieron.  
Al primer grito nacional de guerra

Estalla la esplosion con el estruendo  
Del volcan que revienta estremeciendo  
Los últimos imperios de la tierra.  
De su inícuo poder gozoso entonces  
El pérfido Mutar, alarde haciendo,  
Al frente de las huestes invasoras  
Se arroja sobre el pueblo: el pueblo amigo,  
El pueblo generoso destrozando,  
Cien cadalsos en medio levantando.  
Teñida en sangre de sus hijos Mántua  
Las manos y el clamor levanta al Cielo;  
Con el manto real el rostro cubre,  
Y hundida yace en silencioso duelo.  
Al sacro bosque entonces penetrando,  
Corre Tifon en busca del Druida;  
De oscura senda estrecha y retorcida  
El misterioso horror atropellando,  
Del gran colegio divisó la torre  
Y hácia sus muros rebramando corre.  
Los sacerdotes, pálido el semblante,  
Todos al grito de Tifon volaron:



Sobre su frente al grito de gigante  
Las largas cabelleras se erizaron.  
Horrorizados al infausto nuncio,  
Embargada la voz se estremecieron,  
Con el manto los rostros ocultaron,  
Y en gritos luego de furor rompieron.  
La imágen tosca en altos alaridos  
De los Dioses del bosque conmovieron,  
Y por pueblos y campos esparcidos,  
De independencía, de venganza y guerra  
Los juramentos resonar hicieron:  
El sacro escudo con furor batieron,  
Y al fatídico son tembló la tierra.  
A la mágica voz del sacerdote,  
Cual por encanto de repente armado,  
El pueblo se levanta, el pueblo fiero,  
Sañudo en frente, en ademán guerrero.  
Huestes y huestes del Pirene en tanto  
Por la ríscosa falda descendían,  
Que cual señores de la incauta Iberia  
Por los amigos pueblos discurrían.

Desde este punto imperceptible apenas  
Del ancho globo en los tendidos climas,  
Al ver brillar las águilas ajenas  
De sus montañas por las altas cimas,  
Grita un Astur: ¡independencia! ¡guerra!  
Y al ronco grito retendió la tierra.  
El eco sordo por el aire vago  
Llevó el asombro á todas las regiones:  
Rugen de sierra en sierra los leones;  
Y el cometa en el Cielo enrojecido  
Al mundo anuncia mortandad y estrago.  
Sordos clamores, cual confuso ahullido,  
Por los templos de noche resonaron,  
Y en sus urnas del Pelias y del Cido  
Los sacros esqueletos se agitaron.  
Confuso el mundo la arrogancia admira  
De tan oscuras y apartadas gentes;  
La vista en torno de la tierra gira,  
Y apenas halla el pueblo de valientes,  
Que el grito de la guerra en su honda ira  
Osó mezclar al son de los torrentes,

Y en el pecho del águila altanera  
Clavó el dardo mortal con saña fiera.  
Ultrajado el ibero en lo mas santo,  
En la deidad que con delirio adora,  
En la fé y el honor, del falso Anteo  
Juró arrancar la lengua engañadora,  
Y clavada en las picas por trofeo  
Arrojarla á los buitres del Leteo,  
Audaz se lanza á la terrible lucha;  
De Anteon en su cólera sangrienta,  
Ni el poder mide ni las huestes cuenta:  
Solo la voz del patriotismo escucha;  
El grito solo de su orgullo fiero,  
El grito nacional le arma guerrero.  
Nada ve, nada escucha; el patriotismo  
Es su Dios, es su todo; á él solo rinde  
Culto y adoracion; es fanatismo:  
Es un delirio que su ser trasforma;  
Un frenesí de gigantesca forma.

Abandonados campos y talleres,  
Los pueblos corren por las plazas; gritan:

En pelotones hombres y mujeres,  
Niños y ancianos con furor se agitan.  
Independencia, libertad ó muerte  
Es la mágica voz, el grito santo,  
El eco vengador que ronco y fuerte  
Resuena en toda Iberia con espanto  
Del extranjero audaz; de las legiones  
Que atados llevan los ineptos reyes  
A su carro triunfal, de cien naciones.  
Desaparece el orden y las leyes,  
La justicia y el crimen; nadie piensa  
Mas que en salvar la Patria, sus hogares,  
Su libertad, su honor, su independencia,  
Su religion, sus dioses tutelares,  
Su nombre nacional y su existencia.  
Arrecia el huracán: cual un torrente,  
Por el pueblo el tumulto se derrama:  
Cual una chispa eléctrica la llama  
Del patriotismo brilla, y de repente  
Iberia toda cual un gas se inflama.  
En confusion esposas y doncellas,

Suelto el cabello, en lágrimas bañadas,  
Al templo augusto levantando corren  
El pavoroso grito consternadas:  
Sus clamores las bóvedas rompian,  
Abrazando los dioses tutelares,  
Y los pechos rasgándose vertian  
Lágrimas de dolor por los altares.  
En tanto Isbela que al esposo mira,  
Llegando á casa en sangre reteñido,  
Roto el arnés, abierta la rodela,  
Sobre el umbral caer desfallecido,  
Y que los ojos revolviendo espira,  
Despavorida á socorrerle vuela;  
Y al estender el desmayado brazo  
De acerbo llanto y palidez cubierta,  
En medio cae de la azarosa puerta.  
En derredor alzando el alarido  
Los tiernos hijos inocentes gritan;  
Sobre ellos arrojándose se agitan,  
Y á su infantil desgarrador gemido  
La compasion y cólera se escitan.

Míralos el guerrero conmovido  
Besar del padre la amarilla frente,  
Y de su pecho con clamor doliente  
Bañar en llanto el corazón partido.  
Vélos con susto la aterrada gente  
En la sangre empapados de su padre,  
Arrojarse á los labios de su madre,  
Bebiendo en ellos el sollozo ardiente,  
Que despidió al salir del paroxismo.  
En su primer mirada errante y vaga,  
La vista fija en el cadáver mismo  
Del que esposo llamó, y en hora aciaga  
Arrebató el destino en sus furores  
A su esposa, sus hijos, sus amores.  
Y en torno luego de los Dioses Lares,  
Cubierto de cenizas el cabello,  
Corre agitada, suplicante gira,  
Reclinada en las aras tutelares  
Su nombre vano, su poder implora,  
Los tiernos frutos de su amor abraza,  
Y su orfandad inconsolable llora.

La compasion los ánimos concita:  
La humanidad la cólera provoca:  
Llora la vírgen y la esposa grita,  
De los guerreros cuya saña irrita;  
La generosa proteccion invoca;  
Y de venganza, independencia y guerra  
El grito aterrador de boca en boca  
Sonó en Iberia y conmovió la tierra.

El pueblo en tanto hácia el palacio augusto  
En espantosa agitacion corria,  
Y cual bravo huracán soplando el susto,  
Iberia toda en convulsion ardia.  
En el enorme escudo de Belona  
La airada lanza con furor batia;  
Los fieros, los clamores y trompetas  
En estruendosa confusion mezclados,  
Derramando el terror, de espanto llenas,  
Retemblando escucharon las almenas  
Que coronan las torres y murallas;  
Arrojado á las armas el guerrero  
Corre invocando el dios de las batallas.

Sin jefe el pueblo que sus iras rija,  
Cual las ondas del mar embravecido,  
Van y tornan rugiendo por la playa;  
Así el desórden rebramando gira.  
Cunde el furor: levanta el alarido;  
Y redoblando el áspero bramido,  
De Marte invoca la tremenda ira.  
El vulgo en tanta agitacion y susto,  
La espantosa cabeza levantando,  
Que ciñen con horror pardas serpientes,  
Amarilla ponzoña vomitando  
Por su semblante rústico y adusto,  
Ya por las calles el desórden lleva;  
Ya por la plaza en conmocion se agita;  
Ya concitando los rencores grita;  
Ya sin que alguno á su furor se atreva,  
Cual de quebrada roca audaz torrente,  
Se precipita impune y delincuente,  
Y á todas partes el espanto lleva.  
Por las ciudades, pueblos y cabañas  
Así el terror y el susto se difunden;



El honor y la infamia se confunden,  
Y en llanto, Iberia, de dolor te bañas.

Pero en medio de tantas aflicciones,  
Cuando su frente en hondo abatimiento  
El infelice Ibero sumergia;  
Cuando en medio de tantas convulsiones  
Caer la Patria sin honor veia,  
En medio de los públicos clamores,  
Del comun alarido y del quebranto  
Se escuchan resonar, no sin espanto,  
De Patria, libertad, muerte, venganza,  
Gloria y honor, los gritos seductores.  
Y cual bravo leon que en la espesura  
Del furor de la fiebre devorado,  
La guedeja erizando corajoso,  
Sacude la cerviz, y por las selvas  
Ruge y corre las fieras espantando,  
Y redil y pastores destrozando;  
Tal así por Iberia arrebatada  
La brava juventud se precipita.  
Unos la negra espada que colgaron

En el hogar antiguo sus abuelos,  
Trofeo votivo de galantes duelos,  
De entre los Dioses Lares alcanzaron:  
La lanza y chuzos rotos y oxidados,  
De escondido rincón otros sacaban;  
Otros ballestas y hondas preparaban,  
Y en desórden corrieron denodados  
Al campo del honor y la victoria,  
Si no á triunfar, á perecer con gloria.  
Al son del caracol y la bocina  
Redil y choza dejan los pastores,  
Y colgando los rudos labradores  
Yugo y coyundas de la antigua encina,  
Abandonando estevas y cabañas,  
Corren del bravo Astur á las montañas.  
Desde el Cinesio á las tirrenas playas,  
Desde el riscoso Calpe hasta Pirene,  
A un tiempo el grito vengador resuena,  
Y allá en la nube sobre el Éter truena.  
Aquí los pueblos que te adoran, Iber,  
Cantándote su dios por tu ladera,

Los que los montes Idubeos coronan,  
Los que del Tajo ocupan la ribera,  
Y los que el Bétis deleitoso abonan;  
El que del Tirio abrió la margen bella,  
El sufrido Calibe, el Caucasiano,  
El que los montes de la plata huella,  
El aguerrido Celta, el Tartesiano,  
En confuso tropel de sierra en sierra  
Saltan gritando independencía y guerra.

Desde las ágrías crestas de Pirene  
Admiraba Anteon tanta osadía,  
Y su arrogante y generoso esfuerzo  
Henchido de altivez compadecía.  
De la arrojada juventud en tanto  
Acá y allá reunida en pelotones,  
Hueste inesperta popular mancebo  
Forma arrogante, que á los montes guía  
Cual rugiente manada de leones;  
Y al poder que arrolló tantas naciones  
Desde las altas cumbres desafia.  
¡Gallardo capitán, gentil gerrero!

Tú saltando veloz de sierra en sierra  
Destrozaste su carro, fuerte Ibero,  
Y esparciendo el terror, fuiste el primero  
Que hizo temblar al génio de la guerra.  
Y descendiendo audaz á la llanura,  
Cual silboso huracán que retorciendo  
La erguida copa el robledar arranca,  
Sobre el campo enemigo derrocado  
Se despeñó el tumulto atropellado.  
Entonces Anteón, cuyas falanges  
Cien montes con sus águilas cubrían,  
Corre á las armas, y la lid se traba.  
Mil y mil bravos á la vez caían,  
Y el estruendo mortal y los clamores  
Los montes del contorno estremecían.  
El arrogante Istér, nervudo jóven,  
En la esteva y la caza endurecido,  
Con cien fuertes honderos discurría  
Por el campo contrario embravecido;  
Cuando á Cerán miró que hacía él venía,  
A Cerán el gallardo, el aguerrido:

La roja pluma sobre el casco de oro  
Al combate, meciéndose, provoca;  
Al hondo valle así desde alta roca  
Se desprende mugiendo bravo toro.  
Enorme piedra Istér á la honda entonces  
Lleva, y el nervio en derredor girando,  
Veloz la lanza, suena el estallido,  
Y cae muerto Cerán, el casco hundido.  
En la profunda márgen del torrente  
Licon el bravo, el de belludo pecho,  
De fosca vista y de tostada frente,  
Rota la lanza y el arnés deshecho  
Solo con diez contrarios peleaba.  
Cuando allá desde un grupo de peñascos  
Que de la acción el campo dominaba,  
El bravo Fóscar su peligro advierte;  
La espada aprieta en la sangrienta mano,  
Y deslizado por la peña gruesa,  
Cual águila veloz sobre la presa,  
Rodando baja del creston al llano.  
Grita y corre á Licon cuando Calcates

Viene á su encuentro, la orgullosa frente  
Alta con el laurel de cien combates:  
Pero Fós-car le holló: diestro y valiente  
Pasándole el costado con su espada,  
Le echó espirando al fondo del torrente.

Sin arte así la juventud ibera  
Las ordenadas huestes rechazaba:  
De mil hondas á un tiempo el estallido  
Por los valles y montes resonaba,  
De mil lanzas y petos el chasquido  
Los bravos escuadrones aterraba:  
Crugiendo saltan al encuentro rudo  
Desvaratado el yelmo y el escudo.  
La ciega multitud sin disciplina,  
Ya á una parte ya á otra se arrojaba,  
Y ya retrocediendo repelida,  
En su mismo tropel se embarazaba.  
Como del mar que en tempestad las ondas  
Su furor en las rocas estrellando,  
Roncamente mugiendo retroceden,  
Con las que vienen su furor mezclando

Chocan y se confunden rebramando:  
Tal sobre sí con paso atropellado,  
En confuso desórden el tumulto  
Se revuelve y envuelve rechazado:  
Unos sobre otros apiñados ruedan:  
Un monte de cadáveres en medio  
Formaban los iberos que caian,  
Y el lamento y gemidos moribundos  
Desde su centro despedir se oian.  
Pero viendo Anteon que su bravura  
Crece á la par que la matanza crece,  
Avanza y los acosa: ruge Ibero,  
Y en sangre tinto hasta el penacho fiero,  
Al frente de sus bravos batallones  
Un grito lanza, que aterrando ahuyenta  
Por la escarpada roca los leones.  
Su voz fué la del trueno; cual el rayo  
Su espada brilla, las columnas caen:  
Las líneas rompe, que aterradas ceden,  
Y en desórden abiertas retroceden.  
Sobre el campo fatal de duelo llena

Tendió la noche sus medrosas alas;  
Anteon á su tienda consternado  
Los restos del combate conducia:  
El fuerte Ibero su rabiosa pena  
Feroz entre los montes escondia.  
Aquí á seguir la principiada guerra  
Los belicosos pechos conjuraba,  
Y dividido en grupos derramaba  
La muerte en el torrente y en la sierra.  
La noche en tanto, el ruido y alboroto  
De las ciudades sosegado habia,  
Y el eslabon de la existencia roto,  
Hasta la pena, hasta el amor dormia.  
Sombras, silencio, soledad es todo:  
Toda á tu ley universal la tierra  
Cede, ¡oh noche fatal! pero no cede  
La trompa estrepitosa de la guerra.  
Silenciosas las guardias y avanzadas  
De Anteon vigilaban los reales:  
El fuerte Ibero en la escabrosa sierra  
Concitaba los ánimos marciales:



Y desde el campo de la acción el eco,  
Al débil rayo de naciente luna,  
Repite por el cóncavo profundo  
El ¡ay! consternador del moribundo.  
Fama es que entonces el gigante Anteo  
Con el laurel las sienes coronando,  
Que en su frente abrasándose lucía,  
Entre el clamor que el eco confundía  
Con el himno triunfal del fiero bando,  
Del Sícoris la márgen fatigando  
Sobre floridos céspedes dormía.  
Sangriento grupo en derredor de sombras,  
Que hondo ahullido á lo lejos esparcía  
Sobre las tintas ondas revolando  
Ve aproximarse, ó ver le parecía,  
Augusto aspecto de gigante en medio  
Coronado de torres y murallas,  
Cual inmenso cometa se veía:  
Creyérase que el Dios de las batallas  
En su armadura reluciente ardía.  
Enorme lanza en la robusta diestra,

Sobre el pardo peñon alza ceñudo,  
Y un denegrado formidable escudo,  
Cual cóncavo collado en la siniestra.  
Parado en frente del gigante Anteo,  
Con el eco del trueno que de Atlante  
Haciendo estremecer la base eterna  
Devuelve al valle lóbrega caverna,  
Así le dice: célebre gigante,  
Todo contigo, tronos y laureles,  
Arrastra el hado al fondo de la nada.  
¿Qué es de tanto poder, de tanto orgullo?  
¿Qué es de la inmensidad de tu grandeza?  
Mira abierta á tus pies acá la tumba:  
Mira allá el rayo sobre tu cabeza,  
Y el trueno que á lo lejos ya retumba.  
Sículo soy, de tus progenitores  
Gefe y progenitor: sobre estas rocas  
Juntos cazamos, juntos dividimos  
En paz la presa sobre aquel collado,  
Que tu diestra feroz sin fruto hoy deja  
De sangre y de cadáveres poblado.

Desde aquí juntos en ligero pino  
Al borrascoso mar nos arrojamos,  
Y ciudades y torres y murallas  
En estrañas regiones levantamos.  
Hijos y amigos, religion y patria  
Prendas de eterna union, aquí dejamos.  
De nuestra estirpe, vástago azaroso,  
Héroe al mundo fatal, ser prodigioso,  
Sicano eres tambien: respeta el deudo:  
Vuelve la planta atrás: mira las palmas  
Que arrebatara rugiendo aquel torrente;  
Mira el sol que se eclipsa en Occidente,  
Pérfido amigo, ilustre aventurero,  
Despierta y reconoce al genio Ibero.  
Dijo; y tocando con la aguda lanza  
La frente altiva del fatal guerrero,  
Los gloriosos laureles que ceñía  
Rompe, y se envuelve entre la sombra fria.  
Mal despierto Anteón ruge, y la mano  
En el acero por instinto puesta,  
De un salto se levanta, el hierro en vano

Vibrando en derredor con ira presta.  
Del Lidio en tanto la arrogante cresta  
El primer rayo de la aurora baña,  
Cuando el aviso despreciando Anteo,  
La derrota siguió por la montaña.  
Sus victoriosas huestes hácia el Iber  
Movió á la aurora el fúnebre caudillo,  
Delante de él despavorido huyendo  
El pueblo inerme cual el viento frío  
Que á la niebla precede; cual el trueno,  
Nuncio de la tormenta en el estío.  
Aterrados delante los guerreros  
Por el bosque las armas arrojaban,  
Y con planta veloz á sus hogares  
El susto llevan y el clamor alzaban,  
Gimiendo en torno de los Dioses Lares.  
Renuévase el lamento y gritería,  
Y la madre en sus brazos desmayados  
Estrechando los hijos adorados,  
En alaridos fúnebres rompía.  
Sus hogares el pueblo abandonando,

En montes y cavernas se escondia.  
Aquí el enfermo desde el lecho en vano  
Los moribundos brazos estendia:  
Allá con grito trémulo el anciano  
El hijo llama que su voz no oia.  
La sangre al eco de las trompas corre  
Por toda la península á torrentes:  
Arden los pueblos, se hunden las ciudades.  
Al peso de las huestes delincuentes.  
Hacia Gadir con pavor huyendo  
Los pueblos entre tanto confundidos  
Por los anchos caminos se atropellan,  
Y en el tropel sus pies despavoridos  
El tierno niño y el anciano huellan.  
Aquí se vé de la inocente vírgen  
Desfallecer la delicada planta;  
Aquella planta que en la danza un dia  
Festejada de gracias y de amores,  
Era del mundo encanto y alegría  
Y en el festin de tiernos amadores.  
En busca de su esposo fatigada,

Allí sin fuerzas la amorosa madre  
Cae con el hijo que en sus brazos lleva,  
Y en vano al Cielo su perdido padre  
Los tristes ojos y el clamor eleva.  
Así también como ellos aturcidos,  
Los numerosos pueblos que encontraban  
Huyendo de tropel desavoridos,  
Las clases y los rangos confundidos,  
A los recintos de Gadir volaban.

En esta agitación, cuando el gobierno,  
Cuando el pueblo abatido desfallece;  
Cuando oprimida la nación entera  
Se encorva el huracán, heis que parece,  
Como en deshecha tempestad el Iris,  
Mi anciano padre el venerable Osiris.  
La humanidad y la razón holladas  
Su protección unidas invocaron:  
Su noble grito conmovido escucha,  
Y á sostener la principida lucha  
Con Tifon parte, y á Gadir llegaron.  
Yo á las quebradas márgenes del Iber

Parto á encontrar al formidable Anteo.

Subiendo al paso á la escarpada roca

Que sobre el alto Idúbeda se eleva,

De la guerra observé el feroz torrente

Que cien ciudades por delante lleva.

Desde su altura los errantes ojos

Volviendo en derredor por las regiones

Que á lo lejos confunde ancho horizonte,

Miro allá el combatir de las legiones;

Acá de sangre el anchuroso lago;

Allí pueblos correr de monte en monte;

Aquí del fuego el horroroso estrago.

De cien ciudades por el aire vago

Las llamas suben, y las nubes de humo

Se alzan y estienden por el Éter sumo.

El fúnebre clamor, el alarido,

El grito universal desde la tumba

Se eleva en ronco son, y el sordo ruido

Bajo la oscura bóveda retumba.

Cual el Ártabro audaz sobre la roca

Del promontorio Céltico elevado,

Del trueno y del relámpago cercado,  
Por el mar ancho en tempestad deshecha  
La vista tiende al son de los torrentes;  
Que el negro seno de la nube hendiendo,  
Mira al rayo cruzar cual roja flecha,  
Al través de huracanes remujientes,  
Incendiando las naves al estruendo  
De la recia tormenta y de las gentes;  
Así del humo entre la densa nube,  
Las dilatadas fértiles regiones  
Al oscuro esplendor del vasto incendio,  
Ví destrozár, y pueblos y regiones.

Yo por instinto casi arrebatado,  
Corriendo al grito que venganza clama,  
De un salto me lancé precipitado,  
Donde mas recio el huracán rebrama.  
Las invasoras huestes á mi vista  
Despavoridas por el campo huyendo,  
Las armas tiran y á los montes trepan,  
En sus cavernas el terror hundiendo.  
Desde Salduba Osfal la independencia



Y el honor de la patria sostenia:  
Del invasor dos veces la violencia  
Desde sus muros rechazado habia,  
Cuando por ellos penetré resuelto,  
En los misterios de la noche envuelto.  
De ódio y venganza, honor y patriotismo  
En fuego en tanto la ciudad ardía:  
El despecho con formas de heroísmo  
Por las plazas alzándose crecía;  
Y el grito de venganza del abismo  
Los ámbitos sin fondo estremecía:  
Ruge como un leon cada guerrero,  
Brama como la mar un pueblo entero.  
La ciudad se ilumina; las antorchas  
Reflejando en las armas centellean,  
Y en los dorados estandartes brillan,  
Que desplegados sobre el muro ondean.  
Por todas partes de hachas y azadones  
El golpe destructor medroso suena:  
De humildes casas y altos torreones  
Rueda entre escombros la soberbia almena.

No hay mano ociosa; en fuertes pelotones,  
Niños, mugeres, jóvenes y ancianos,  
Piedras, maderos con ardor transportan:  
Otros con minas, fosos, murallones,  
El paso estrecho de las calles cortan;  
Uno manda; otro corre; otro derriba;  
Otro levanta: de armas y guerreros  
Golpes, caballos, carros, caballeros  
Que en fuertes grupos por las calles cruzan,  
Lejos el ruido estrepitoso cunde;  
Y parece que Salduba se hunde.

Negro barron de nubes al Oriente,  
Présago infausto del medroso día,  
Las fatídicas tintas de repente  
Toma de un mar que el fuego enrojecía;  
Y era la aurora: sobre el muro alzado,  
Hirió mi clava el formidable escudo  
Consagrado á Neton: corre exhalado  
A las armas el pueblo; el eco rudo  
De la bocina y caracol mezclado,  
Confunde del metal el son agudo,

Y el pueblo al muro de tropel se lanza,  
Gritando en ronca voz, muerte ó venganza.

Por el campo tomando posiciones  
Las huestes enemigas se cruzaban,  
Y marchando en opuestas direcciones,  
El débil muro con desdén cercaban.

A su imponente multitud y aspecto,  
Mi valor casi vacilar temía:

Las márgenes del Iber, las llanuras,  
Los pueblos, los collados, las montañas,  
Cuanto la vista examinar podía,  
El formidable ejército cubría.

De su triunfo seguros, los despojos  
Partían ya entre sí los invasores,  
Y al ponzoñoso dardo en sus furores

Destinaban la víctima sus ojos:  
Cuando su gefe Verdider al frente

De cien columnas se adelanta al muro  
Sobre su carro de marfil; la espada  
Blandiendo bravo, la visera alzada,  
Y con voz blanda y corazón perjuro

La rendicion intima: impunemente  
Gritó Calvar, de Salduba los bravos  
Nadie ha insultado; y en el arco puesta  
Encomendó á una flecha la respuesta,  
Digna de un hombre libre á los esclavos.  
Sonó un silbo, un gemido, y la caída  
Del orgulloso gefe que rodando,  
La aguda punta en la garganta hundida,  
Las riendas del corcel mordió espirando.  
Ronco alarido el Éter conmoviendo  
El campo todo en derredor levanta,  
Al débil muro de tropel corriendo  
El sitiador; mas su arrogancia loca  
En él se estrella, cual en firme roca  
Del borrascoso mar la onda rugiente.  
Desde el muro Calvar cual un torrente  
Grita y el Númen de Neton invoca  
Y se traba la lid: mil y mil flechas  
En el aire cruzándose silbaron:  
Mil y mil hondas con fragor deshechas  
Las armaduras de metal dejaron;

Y en sangre tintos mil y mil guerreros  
Muerden muriendo el polvo que insultaron.  
Redóblase el furor; muchos Iberos  
Tendidos yacen por el ancho muro  
Que osaron defender: entre los fieros  
Contra el usurpador, contra el perjuro,  
El crugir de las mallas, y estallidos  
De hondas y piedras, dardos, alaridos  
Tropel y gritos; entre el fiero embate,  
Sobre el clamor confuso del combate  
De Moncerey se escuchan los bramidos.  
¡Las escalas! gritó: y rápidamente  
De nuestras armas á cubierto, empiezan  
A echarlas y trepar: toda la gente  
En trance tal á defender el muro  
Corre veloz: cien filas de guerreros  
Por cien escalas suben: y cien bravos,  
Cadáveres y piedras y maderos  
Sobre el mas elevado arrojan fieros,  
Que de la escala los torcidos cabos  
En récia convulsion suelta muriendo,

Y hácia atrás desplomándose, derriba  
Cuantos suben tras él la escala arriba.  
Del Ibero el coraje se renueva:  
Aquí un peñasco por la escala arroja  
Que cien contrarios por delante lleva:  
Y otros suben y caen, y vuelven otros;  
Y en derredor del muro aun palpitando  
Se hacinan los cadáveres rodando.  
Sobre un monte de cuerpos otros ciento  
La escala por allá suben trepando;  
Al asirse el primero de la almena  
Los brazos le divide un rudo tajo,  
Y el mutilado tronco con los otros  
Envuelto rueda por la escala abajo;  
Y otros suben y caen desvaratados,  
Y vuelven y revuelven destrozados.  
De tanta furia, de hechos tan atroces  
La noche vino á suspender la ira,  
Separando los ánimos feroces,  
Que aun combatir sin conocerse mira.  
El bravo Lanseron cuyo ardimiento

Superaba del rayo la violencia,  
Y cuyo esfuerzo y corajoso aliento  
En el mundo no hallaba resistencia,  
Del Ibero contempla la bravura,  
Y de sus armas el destrozo viendo,  
A la afrenta, al estrago, á la matanza  
Meditaba indignado alta venganza.  
Sus talentos guerreros desplegando,  
Mil medios á la vez rápidamente  
Vuelve y revuelve en su agitada mente.  
A la perfidia apela y al engaño,  
Y al fin dispone una profunda mina,  
Por donde fácil sin temor de daño  
Penetrar en la plaza determina.  
Dánse luego las órdenes, y al punto  
Se dá principio á la atrevida empresa:  
Su ardor y actividad en breve tiempo  
Dió á su proyecto fin, sin que la traza  
Llegára á conocer la incauta plaza.  
Al primer rayo del tremendo día,  
Del muro marchan al opuesto punto

Las columnas en raudo movimiento;  
Con torvo ceño el iracundo Marte  
Dá la señal fatal, y en el momento  
Restallando su látigo sangriento,  
Corre feroz por una y otra parte.  
Renuévase el furor; los combatientes  
Al muro y á la muerte se arrojaban,  
Y el asalto y los gritos semejaban  
Al espantoso son de cien torrentes.  
Sobre este punto con horrible estruendo  
Se avalanzan las huestes sitiadoras:  
Desde el muro las tropas defensoras  
Yelmos y escudos con furor rompiendo,  
Armas y fuegos, troncos y peñascos  
Sobre ellas lanzan con fracaso horrendo.  
Aquí el furor y saña desplegando  
Con ciego ardor se enciende la batalla:  
Los Iberos de toda la muralla  
Corren aquí su furia redoblando.  
El brazo de terror los golpes rudos  
Va á todas partes á la vez cargando:



El muro vuelven á escalar trepando  
Por montes de cadáveres y escudos.  
Crece el comun aprieto: las almenas  
Que el rayo de la muerte defendia,  
Se dejaban ya ver de escalas llenas,  
Cuando entre pardas nubes sobre el campo  
La noche el manto lóbrego tendia.  
En este trance de afliccion y apuro,  
Cuando el valor y el brazo desfallece,  
Cuando ya todo sucumbir parece,  
De lonas cargo y de alquitran el muro.  
El fuego entonces con voraz porfía  
En las materias combustibles prende:  
Se alza la llama que arrojada luego  
El campo todo en derredor enciende.  
Abrasado y envuelto en humo y fuego  
El fuerte Moncerey rabioso brama,  
Discurriendo feroz por el combate.  
El furioso Aquilon silbando bate  
Sobre su frente la espantosa llama,  
Que por el campo el susto y el desórden

En remolinos férvidos derrama,  
El fuego por los vientos agitado  
Se eleva aquí feroz; allá cedia;  
Cruge y ondea y vuelve arrebatado,  
Y hasta el humo que en ráfagas ardia,  
Cual las ondas del mar así rugia  
En armas y cadáveres cebado.  
En tanto, alto rumor de roncadas voces  
Viene súbito á herir nuestros oídos:  
Entre ayes y clamores confundidos,  
Dentro de la ciudad al punto opuesto,  
Se dejan percibir gritos atroces,  
Y las gentes allá corren veloces.  
Una densa humareda al mismo tiempo  
Que por todo aquel punto se estendia,  
Se levanta en furiosos remolinos;  
Y la llama voraz sobre las torres  
Se alzaba en retorcidos torbellinos.  
Todos allá con prontitud volamos,  
Cuando ya de invasores ocupada  
Y al furor de las llamas entregada

Una gran parte de la plaza hallamos.  
Aquí el aprieto; aquí la gritería;  
Aquí el estrago fué y carnicería.  
Brazo con brazo, escudo con escudo,  
Se encuentran y destrozan las legiones;  
Cruzan; y rotos con el choque rudo  
Amontonados caen los batallones.  
El ronco estruendo de armas y alaridos  
A lo lejos la tierra estremecía;  
Y el viento con horrísonos silbidos  
El fuego y el coraje enfurecía.  
No bien las calles de armas erizadas  
Y de guerreros llenas aparecen,  
Cuando en el mismo instante desaparecen  
Como de golpe eléctrico tocadas.  
Cada casa es un fuerte: cada pecho  
Es un muro de bronce: cada calle  
Un campo de batalla: cada techo  
Medrosa tempestad; á paso, á palmos  
Se disputa el terreno tropezando  
En sangre y mortandad: los edificios

Al impulso del fuego reventando,  
Pedazos de pared, piedras, maderos,  
Amigos y enemigos destrozando  
Sobre el combate lanzan estallando.

Tu grito agudo sobre el alto estruendo,  
Desventurado Efira, se elevaba:  
Semi-hundida en las ruinas sus clamores  
Entre el polvo y las piedras levantaba,  
Los rotos brazos alargar queriendo  
A los hijos que el fuego devoraba.  
La tierna vírgen, la matrona ilustre  
Ya á nuestro lado airadas combatian;  
Ya por las calles, casas y terrados  
Al enemigo sin piedad herian.  
Todo linage de armas suministra  
El corajoso ardor, la rabia insana;  
El encorvado viejo, el débil niño,  
La intacta vírgen, la temblosa anciana  
Troncos ardiendo, hierros y peñascos  
Lanzan por el balcon y la ventana.  
El coraje se enciende; arde la ira;

Nadie el estrago indiferente mira.

De los vientos al áspero silbido,

Que las sonantes llamas enfurece,

Responde de los techos el chasquido

Que las calles hundiéndose estremece.

Y porque nada que afligir pudiera

Al pueblo en trance tan ansioso reste,

Un Dios sin duda á su destino adverso,

Sopló en sus muros corrompida peste.

Las madres y los niños apiñados,

Los ancianos, los débiles y heridos

Yacen con los cadáveres mezclados,

En las mas hondas bóvedas hundidos.

Los álitos que al viento emponzoñados

Exhalaban los centros corrompidos,

Por la atmósfera infesta se estendian

Y las huestes tragándolos caian.

Los esposos, los hijos y los padres

Uno en pos de otro ó á la vez morian:

Abrazadas las vírgenes y madres

Y familias enteras sucumbian.

Entre tanto clamor tu aguda queja,  
Bella Urbel, hasta el cielo levantando,  
A tu seno estrechabas de tus hijos  
El mas querido, el último espirando:  
En tu regazo, de dolor transida,  
La cineráica faz examinabas;  
Cuando al soplo fatal viste sin vida  
Caer la frente que á besar alzabas.  
Volviendo entonces al gritar los ojos,  
Cuatro guerreros ves que á paso lento  
A tu esposo Iperion todo sangriento,  
Traen moribundo sobre el roto escudo.  
Del pecho destrozado un grito agudo  
Urbel al verle horrorizada lanza,  
Y el reciente cadáver despidiendo,  
En convulsion horrible se levanta  
Hácia Iperion los brazos estendiendo,  
Cuando muerta cayó; cual de alta roca  
De nieve un peloton; cual hermosura  
Que el sueño divujó; cual sombra vaga;  
Cual fátuo fuego que al brillar se apaga.

Entre las nubes de la noche oscura.

Dijose entonces que con triste ahullido

Su fatídica sombra el aire hendiendo,

Por los combates sin cesar giraba

¡Venganza! ¡Alta venganza! repitiendo.

Levantado el laurel sobre el combate

La victoria indecisa revolaba,

Y del mar semejante al fiero embate,

Así el valor cedia ó avanzaba.

Cuando delante al rayo de la guerra,

Al resplandor que el fuego despedía,

Al formidable Moncerey diviso:

Él solo ya el combate sostenía,

Y la muerte en su espada y la venganza

En sus ojos sangrientos relucía.

La clava entonces apreté, y de un salto

En medio me arrojé de la matanza:

Levanto el brazo, y á mis plantas cae

La gloria de Anteon y la esperanza.

La espada lejos y el escudo ruedan;

Y entre sangre y cadáveres envuelto,

Cual bravo toro de la muerte herido,  
Bramando lanza el postrimer gemido.  
Al moribundo grito consternadas  
De pavor llenas las columnas huyen,  
Empero combatiendo aun destrozadas.  
Así en desórden á la mina llegan,  
Do su esperanza y salvacion ponian:  
¡Mas cuál su espanto fué cuando advirtieron  
Que las ruinas y llamas que encendieron  
La boca toda en derredor cubrian!  
La afliccion en despecho degenera:  
El espanto en furor cambia la suerte;  
Y repetido de venganza y muerte,  
El sordo grito de las huestes era.  
De la lid con horrenda vocería  
Se desplegan de nuevo los horrores:  
Ya un ejército y otro sobre montes  
De muertos y de heridos combatia,  
Entre el fuego que de una y otra parte  
Los edificios devorando ardia,  
Que se desplomaban con fracaso horrendo,



El muro y la ciudad estremeciendo.  
Sobre el combate por un lado y otro  
Ondeando las llamas se cruzaban  
En forma de espantosos pabellones,  
Y con silbos horrísonos lanzaban  
De humo y de fuego enormes pelotones.  
Alguna vez las ondulantes llamas  
Se inclinan devorando los airones,  
Y sofocados caen los batallones.  
De este modo corrimos peleando  
Las calles que á la mina conducian,  
Las huestes invasoras destrozando,  
Que aun muriendo en el polvo combatian.  
Todos á nuestro brazo sucumbieron:  
Todos contigo, Moncerrey, cayeron.  
Los que en el campo el éxito esperaban,  
Y nuestro grito triunfador oyeron,  
No bien clavada en las almenas vieron  
Del formidable gefe la cabeza,  
De un pánico terror sobrecogidos  
Huyen acá y allá despavoridos.

La puerta entonces de la plaza abriendo  
Su alcance todos mis guerreros siguen;  
Crece el desórden; todos se atropellan;  
Tiran las armas, ruedan los escudos;  
Unos al puente corren y se estrellan  
En el tumulto que se agrupa, y vuelven,  
Y á lanzarse en el Iber se resuelven.  
Cúbrese de guerreros la corriente,  
Que con raudo furor los arrebató:  
Precipitados desde el alto puente  
Descienden otros, y armas y guerreros  
En sangre tinto revolcó el torrente.  
Pocos se salvan, carros y caballos,  
Cadáveres y sangre por tres días,  
Banderas y despojos militares  
Solo tributa el Iber á los mares.

**CANTO III.**

Saciados ya de sangre y de matanza  
A la ciudad tornaron los guerreros,  
Donde el llanto y los ayes lastimeros  
Concitan el ódio y la venganza.  
En sus escombros bárbaros hundida,  
De lo que fué cual otra se presenta  
Esta ciudad brillante y populosa!  
Esta ciudad que ayer tan opulenta,  
Tan magnífica, altiva y poderosa,  
Del veloz Iber las delicias era,  
Y orgullo y esplendor de su ribera;  
Convertida en cenizas, derruida

Hoy de su pompa los estragos llora  
La que del tiempo se creyó señora.  
¡Qué terribles escenas! Aquí el padre,  
El cadáver del hijo idolatrado,  
Regaba con su llanto: allí la madre,  
El cuerpo del esposo destrozado,  
Estrechaba en su seno: allá la vírgen,  
Al lado de su amor, desfallecía;  
Y al espirar, la moribunda mano  
Sobre el cadáver lánguida tendía.  
Con torpe planta el venerable anciano  
Buscando el hijo y los perdidos nietos,  
De su vejez consuelo y alegría,  
Cadáveres y miembros revolvía.  
En tanto ya cual rápido torrente,  
Que su márgen rugiendo desbarata,  
Y por los anchos campos se dilata  
Rompiendo el dique, derribando el puente,  
Que cabañas y pueblos arrebató,  
Y llevando el terror de gente en gente  
Por bosques y campiñas va bramando

Fuertes muros y torres derrocando:  
No de otro modo las inmensas huestes  
Ni con furia menor el extranjero,  
Desplegando su cólera, ocupaba  
Las regiones del Celta y del Ibero.  
Cual rápido relámpago del Iber  
Anteon por las márgenes corriendo,  
A pavesas los pueblos reducía,  
Las ciudades sicanas invadiendo.  
Desde la roca el invasor tremendo  
Desparecer miró, en su sangre tinto,  
La descendencia ilustre de Zacinto,  
Tu noble stirpe, populosa Zante.

El valiente Yutan sobre Ulisea  
Por las regiones célticas caía,  
El terrible Dupen de sangre y llanto  
Las faldas del Oróspeda cubría:  
La destrucción, el fuego y la matanza  
A las bárbaras haces precedía,  
Que cebando su rabia y su venganza  
En los bravos, que fueron algun día

De la patria el escudo y la esperanza,  
Arrollan cuanto á su poder se atreve,  
Cual soberbio huracán arista leve.  
Mas cual las ondas que las altas nubes  
En la tormenta rebramando azotan,  
Se hunden y rompen en la frágil playa,  
Así del Bétis en la márgen bella  
De su poder la inmensidad se estrella.

Por los campos de Túrbula sus haces  
Derramando el terror Dupen movía:  
En medio de una selva de laureles  
Al ruido de sus triunfos se adormía;  
Cuando el diestro Castan sus batallones  
Por las llanuras Túrdulas tendía;  
A su presencia inquieto el extranjero,  
Su poder todo, todas sus legiones  
Reunió hácia el Bétis el fatal guerrero.  
Desde su orilla á la encumbrada roca  
Del escabroso Oróspeda tendido,  
El numeroso ejército aguerrido  
Nuestra inexperta juventud provoca.

Riden entonces, gefe mal sufrido,  
El número y pericia despreciando,  
De su escogida juventud seguido  
Se lanzó al enemigo rebramando.  
La lid se traba: en raudo movimiento  
De las tendidas filas los airones  
Se van meciendo en todas direcciones,  
Cual selvas de laurel que agita el viento.  
Arrastrado Riden de su ardimiento  
Intrépido hasta el centro penetrando,  
En medio del tropel que le acosaba,  
Solo le vimos huestes destrozando,  
Sobre las pardas colas de los tigres  
El penacho de cisne levantando.  
Gorvin en esto al desigual combate  
Con sus legiones de tropel venia,  
Cuando el prudente Abidas sus falanges  
Al mismo punto impávido movia.  
En tanto yo, columnas destrozando,  
Sangrienta senda hasta Riden me abria,  
Y el terror por el campo derramando

A su lado corriendo combatía.  
La lid entonces con horrible estruendo  
Por todas partes reventando estalla:  
El crugir y el clamor de la batalla  
Del Oróspeda el centro estremeciendo,  
A lo lejos retumba en son horrendo.  
Sobre el tumulto y confusion el grito,  
El ronco grito de Gorvin se oia,  
Que en sangre tinto al frente de sus tercios  
Nuestras hileras con furor rompía.  
Riden le observa: al punto arrebatado  
Vuela á su encuentro: cual un firme roble  
Gorvin le espera en el fatal collado,  
Ya en otro tiempo infausto á la doncella  
De la tostada faz, hija de Libia,  
En corazon fogosa, en ojos bella,  
Y aquí arrastrada de funesta estrella.  
Los aceros se cruzan: la cuchilla  
De Riden sobre el casco centellea  
Del soberbio Gorvin, que la rodilla  
Retrocediendo dobla y titubea;



Pero su rabia toda recogiendo,  
Vuelve sobre Riden enfurecido:  
Sobre él descarga, y por el hombro herido  
La sangre salta, el polvo enrojeciendo.  
Riden entonces con terrible grito  
Sobre Gorvin se lanza: al rudo tajo  
El yelmo cruge; salta la visera,  
Y sin dejarle reparar traspasa  
La aguda punta su garganta fiera:  
Vuelve Gorvin los ojos, y cayendo,  
Bajo su peso la armadura cruge,  
El polvo muerde, y espirando ruge.  
En tanto yo que en medio del combate  
Por todas partes á Dupen buscaba,  
Allá á lo lejos, al través del polvo  
Ví su carro cruzar: sobre él alzaba  
En sangre tinta su orgullosa frente  
El guerrero fatal: en nuestra gente  
El terror y el espanto derramaba.  
A su alcance volé: llegué, y el golpe  
Evitando Dupen, la fuerte clava

Sobre el carro cayó, que destrozado  
Saltó en pedazos, y volcando al gefe  
Entre el polvo y cadáveres, bañado  
En su sangre le encuentro sin sentido  
De los caballos y la rueda hollado.  
Sobre su frente el brazo desarmado  
Generoso tendí al verle rendido;  
Cuando por el combate encarnizado  
Se alza un sordo clamor y alto alarido;  
Y los caballos eran, que espantados,  
Entre las huestes por la falda arrastran  
Las reliquias del carro desbocados.  
Por el campo la indómita cuadriga  
Rompiendo hileras el pavor derrama,  
En tanto que del monte despeñado  
Sobre el combate el huracán rebrama.  
Senda espaciosa en la espesura abriendo,  
Del alto bosque la frondosa rama  
Con horrísonos silbos retorciendo,  
Desgarra, arrastra, y árboles y escudos  
Y bélicos despojos por el aire

En anchos caracoles revolviendo  
Las columnas de polvo alzan rugiendo:  
Del huracán la rabia y el bramido  
Del combate redobla el fiero estruendo.  
El contrario en desórden aturdido  
El ancho estrago de sus huestes viendo,  
Desmaya, cede, y por el campo huyendo  
Corre de acá y de allá despavorido.  
Los pueblos siguen la feroz derrota,  
Su hogar, su patria y religion vengando;  
Y los restos sangrientos de esta rota  
Hasta Pirene llegan humeando.

Desde aquí cien legiones arrollando,  
Parto á encontrar los bravos campeones,  
Que reuniendo los rotos escuadrones,  
Por las regiones célticas marchando  
De Masdan corren á enfrenar la ira,  
Sobre las altas torres de Gadira.  
Por toda Setubalia ya Belona  
Su sangrienta carroza paseaba:  
La negra rueda por inmensos lagos

De lágrimas y sangre volteaba,  
Y sobre ella gozosa en los estragos  
Su cabeza de tigre levantaba.  
Delante huyendo de tropel los pueblos  
A los montes y grutas se acogian,  
De sus guaridas con pavor lanzando  
Las fieras, que el desierto abandonando,  
En soledad por la ciudad rugian.  
De humo y de polvo el sol oscurecian  
Las densas nieblas que en el aire alzaban  
Diez mil huestes que á un tiempo combatian;  
Diez mil ciudades que á la vez ardian.  
Sobre el carro feroz Mavorte vaga,  
De mil fuertes guerreros las hileras  
Revolcando en el polvo: haces enteras  
La hambrienta tumba pavorosa traga.  
De cadáveres llenos mil torrentes  
En sangre tintos á la mar corrian,  
Que largo trecho el agua enrojecian.  
¡Horrenda situacion! Desde Pirene  
Hasta las anchas playas de Gadira,

Desde el mar de Tirrenia hasta Ulisea,  
El carro solo de la muerte gira,  
Al través de la nube en que la llama  
Del vasto incendio universal ondea.

En esto ya de la inocente Iberia  
El ancho suelo con pavor cubria  
La inmensidad de formidables huestes,  
Que el soberbio Anteon do quier reunia.  
De todo el mundo, de la tierra toda  
La redondez inmensa parecia,  
Que todo su poder la raza entera  
Contra el gran pueblo conjurado habia,  
Que cual gigante audaz, con frente fiera,  
De combates nutriéndose crecia.  
El mar, las playas, rocas y llanuras  
Enrojecen de sangre anchos torrentes:  
Devora el fuego pueblos y ciudades;  
Desplómense los muros, y las gentes  
La muerte encuentran de la muerte huyendo  
Espavoridas entre el sordo estruendo,  
Y el grito de un millon de combatientes.

El choque es general; á un tiempo mismo  
Cien mil espadas brillan, y en el suelo  
Cien mil guerreros con la muerte luchan;  
Y cien mil votos de venganza al cielo  
Las huestes alzan; y de cien ciudades  
Brilla el incendio entre la parda nube,  
Y el sordo grito á las regiones sube  
De las sombras, del trueno y las deidades.  
De las montañas á los hondos valles  
Se despeñan de sangre cien torrentes,  
Cadáveres y fieras y rebaños  
Con ímpetu arrastrando las corrientes  
Delante del pastor, que desmayado  
Ve su esperanza para siempre hundirse;  
Las naciones en torno destruirse,  
Y el hogar de sus padres arrasado.

Yo animando á los bravos combatientes  
En todas partes á la vez me hallaba:  
Del Tajo las riberas ocupaba,  
Del soberbio Masdan rota la ira  
Cuando el peligro me llamó á Gadir.

De combate en combate y riesgo en riesgo  
Téspar, Ispal, Orfan y yo marchamos  
Cuando ya toda Iberia sucumbia  
Y encorvada so el yugo ignominioso  
El cuello fiero con horror tendia.  
Por todas partes la orfandad y el duelo  
El rayo aterrador lanzan con ira:  
A su golpe feroz la patria espira,  
Y por las ruinas de su yermo suelo  
La errante sombra solitaria gira.  
Al divisar la populosa corte  
Ya con efecto las llanuras veo  
Erizadas de lanzas y de airones,  
Que cual campos de espigas ondeaban  
Sacudidos de airados Aquilones.  
Allá en el centro al rededor del muro  
Entre caballos, lanzas y ginetes,  
Alzan la punta las movibles torres  
Oscilando á su lado los arietes,  
Y de terribles catapultas llenas,  
Prontas á destruir huestes y almenas.

Ocultamente desusada senda  
Las puertas nos abrió, que ya cerraban  
Del valiente Sullén los escuadrones.  
Ya las bélicas trompas resonaban  
Del muro por los altos torreones.  
De guerreros cubiertas las murallas  
Al rayo de la luna relucian.  
Largo tiempo la seña del combate  
Esperaban las haces impacientes,  
Cuando en silencio aproximarse vimos  
Del sitiador las armas delincuentes.  
Los dardos, el estruendo y los clamores  
A un tiempo con espanto resonaron,  
Y al muro y á la muerte se arrojaron  
Con fiera intrepidez los invasores:  
Pero en mis bravos su arrogancia loca  
Feroz se estrella y repelida cede,  
Cual rugiendo la onda retrocede  
Del mar embravecido en firme roca.  
Toda la noche sin cesar la muerte  
Devorando las huestes combatientes



Al bárbaro esterminio presidia,  
Y su vista feroz la luna huyendo  
Sus trémulos reflejos escondía.

La aurora en tanto pálida y sombría  
De oscura nube la ceñuda frente  
Llorosa ciñe en el medroso Oriente,  
Nuncio funesto del tremendo día.  
Levántase de nuevo el alto estruendo  
Del combate feroz; por todas partes  
Se escucha solo con pavor horrendo  
Silbar los dardos, restallar las hondas,  
Romper lorigas, quebrantar escudos,  
Y entre sangre y clamores confundido  
De mil y mil el postrimer gemido.  
Las columnas marchando á la muralla  
Vienen y desaparecen, y tendidas  
Sobre ellas caen mil otras que las siguen  
Del fiero rayo de la muerte heridas.  
Sobre montes de ejércitos caidos,  
Saltando otros ejércitos llegaron,  
Y en el recio crugir de la batalla

Al muro las escalas arrojaron.  
Donde el peligro nos llamó, veloces  
Todos al punto de tropel volamos:  
A destrozar escalas empezamos  
Con ímpetu feroz; las roncas voces  
Del valiente Sullén sobre el estruendo  
Reanimando el combate resonaban,  
Pero en vano: el terror y el desaliento  
Sobre sus altas águilas volaban.

El soberbio Sullén en su despecho  
De sus falanges el estrago viendo,  
Nuestra atención llamó á la opuesta parte  
Por el mar con su escuadra acometiendo.

Era la noche; sus medrosas alas  
Sobre el combate con pavor tendia,  
Cuando hácia el mar con sorda gritería  
El muro empiezan á cubrir de escalas.  
Con Téspar y otros á la puerta vuelo  
Del Arenal que el brazo defendia  
Del bravo Fóscar, cuando ya el contrario  
Los altos muros escalado habia.

En su recinto estrecho sorprendidos  
Sin poder combatir á un tiempo todos,  
Se atropellan y envuelven confundidos,  
De mis valientes por do quier batidos.  
Yo á los unos me arrojo descargando  
Con la clava fatal golpes atroces:  
Otros lanzo á las ondas, que violenta  
Contra el muro una bárbara tormenta  
Estrellaba con ímpetus feroces.  
La mayor parte destrozado habia,  
Y los pocos que restan aterrados  
La horrenda suerte inevitable huyendo  
Se arrojaron al mar precipitados,  
Que los traga y los lanza embravecido,  
Y contra el muro, y naves, y peñascos,  
Los estrella con áspero rugido.

Entre tanto la nave en que vinieron,  
Del furor de las ondas agitadas,  
Al embate fatal se desafierra,  
Y acá y allá cual dardo despedido  
La revuelven las olas irritadas.

Las demás naves que inmediatas luchan,  
Contra el raudo huracán mal defendidas,  
Empiezan á gritar despavoridas;  
Cuando elevada sobre un monte de olas  
La suelta nave se lanzó sobre ella  
Con la rabia del rayo y el estrago.  
La Capitana su feroz amago  
Rápida elude, y al virar se estrella  
Con la que el diestro Asténide regía;  
Asténide que al viento y á los mares  
Ley con la mano en el timon ponía.  
Al ver su nave Asténide deshecha,  
De un salto se lanzó á la Capitana  
Desde el buque que en raudo remolino  
Tragan las ondas: ¡diligencia vana!  
Que ya sobre ella en recio torbellino  
La errante nave cae con furia insana,  
Y pasando por cimá, entre las olas  
Sepultó la arrogante Capitana.  
Tres con furia en el muelle se estrellaron:  
Nuestros caballos otras apresaron.

Al saber el naufragio de su escuadra  
Sullén del campo en derredor rugiendo,  
Hace arrastrar hasta el sangriento muro  
Las máquinas de guerra en ira ardiendo:  
Crece la confusion: las fuertes ruedas  
Al peso de las máquinas crugiendo  
Hunden al voltear la firme tierra,  
Rechinando á lo lejos con estruendo,  
Las torres de armas y de gentes llenas  
Al muro igualan: el ariete oscila,  
Las catapultas barren las almenas:  
De piedras, dardos y de flechas rojas  
Nublan el sol las recias andanadas:  
Caen los guerreros como caen las hojas  
Que arranca el huracán: huestes y huestes  
En el sangriento muro desaparecen;  
Y otras tras ellas, y otras aparecen,  
Que caen cual todas; cede la bravura  
Desierto el muro, al golpe del ariete,  
Desde el hondo cimiento á las almenas  
Las gruesas piedras, las enormes masas

Caen demolidas cual monton de arenas!  
De la atroz catapulta el largo alcance  
Por la ciudad la muerte difundia:  
Silban al aire las candentes flechas:  
El alto techo y el palacio ardia;  
Y hasta en el templo de la ley, augusto,  
Y en medio de la pública Asamblea  
Caen los venablos: cual ardiente tea  
Un dardo cruza junto el rostro adusto  
De Beceran que proclamando estaba  
La ley de salvacion con firme acento,  
Y que mirando con desden el dardo  
Siguió tranquilo así desde su asiento.

«La libertad del hombre y las naciones  
Es la suprema ley de su existencia.  
La santa libertad es don del cielo,  
Que con el hombre descendiera al suelo;  
De ventura y poder raudal fecundo,  
Rayo de la virtud, alma del mundo.  
De tan sagrada facultad en uso  
En sociedad los hombres se reunieron;

Y á evitar de la fuerza el torpe abuso  
Reglas y modos de vivir se dieron.  
Señores de sí mismos, soberanos,  
Se dieron fueros, se impusieron leyes,  
Gobierno, jueces, lo ordenaron todo,  
No empero alzar sobre el pavés los reyes.  
Estos despues los trajo la ignorancia,  
La guerra, la ambicion, las malas artes,  
Del pueblo jóven la inocente infancia  
Fascinando el error por todas partes.  
Seducidos entonces consintieron  
En elegirse reyes ciudadanos:  
De fuertes lazos su poder ciñeron,  
Que despues ellos con furor rompieron,  
Haciéndose absolutos ó tiranos.  
Los dioses mismos de la tierra entonces  
Los celestiales ojos apartaron  
De tal vileza y deshonor sentidos,  
Viendo los hombres á un Señor vendidos,  
Como corderos que al redil echaron,  
O que á servir cual bestias condenaron

Y los pueblos imbéciles y rudos  
A su propio destino abandonaron.  
De tantos siglos de ignominia y duelo  
Fué para Iberia la nefanda noche:  
Mas ya la aurora su radiante coche  
Lleva esparciendo luz por nuestro suelo.  
Si de una casta el privilegio odioso  
Pudo cual bestias á su carro atarnos,  
Y en el mercado, de otro poderoso  
Al antojo vendernos ó cambiarnos,  
Hoy que, cual hombres la coyunda rota,  
De nuestro cuello el yugo sacudimos,  
Démonos un gobierno, ciudadanos,  
Digno de un pueblo y de hombres soberanos;  
Démonos un gobierno...» Aquí llegaba  
El firme Beceran, cuyo discurso  
De cuándo en cuándo el proyectil cortaba,  
Que al caer, la Asamblea y el concurso  
Con un ¡viva la Patria! saludaba,  
Cuando impreviso estrepitoso estruendo  
Que estremeció del templo las columnas,



Los castillos y torres conmoviendo,  
Bien como el trueno ó el volcan que estalla,  
Por Gadir retumbó, y fué que el ariete  
Derribó un fuerte trozo de muralla.  
Yo hácia aquel punto, prevenido el caso,  
Todas las fuerzas concentrado habia,  
Y de la brecha practicable el paso  
No bien al campo sitiador abria,  
Cuando jugar las máquinas haciendo,  
Sobre el derribo las tortugas subo  
Preñadas de hombres, de alquitran y breas,  
De armas y de hachas y encendidas teas.  
Las máquinas con ímpetu impelidas  
Sobre las ruinas entre el polvo ruedan,  
Y de los fuertes techos protegidas  
Sobre las torres con furor cayendo,  
Sus gruesas tablas de alquitran hirviendo  
Mis bravos cubren: con veloz anhelo  
Otros aplican la inflamada tea;  
Y hácia la brecha rápidas volviendo  
Sobre las ruinas giran: hasta el cielo

La llama se alza; por el aire ondea:  
Cada torre es un horno; el grito agudo,  
Grito desgarrador que desde el centro  
Las guarniciones entre el humo alzaban,  
Y hasta el cielo abrasándose lanzaban;  
El estallar de los trabados pinos,  
El crepitante estruendo de las llamas,  
Del viento silbador los remolinos  
Que del sacro laurel tuercen las ramas:  
El confuso clamor, el movimiento  
Del aturdido campo, de las armas,  
Caballos y hombres el chocar violento,  
Tan alto estruendo confusion y estrago  
Formaban á la vez, que parecia  
Que la tierra al tropel se estremecia,  
Que del mundo llegaba el fin aciago,  
Que el campo todo en derredor se hundia,  
O que el infierno á nuestros pies se abria.  
Yo del contrario aprovechando entonces  
La ciega confusion y aturdimiento,  
Con todo mi poder por brecha y puertas

Sobre él me arrojé en tan feliz momento:  
El terror, de las huestes se apodera:  
El desaliento y el desórden cunde:  
Las armas tiran; en veloz carrera  
Atropellado el campo se confunde:  
Ninguno el grito de su gefe oyera:  
Ninguno el golpe de mi clava espera.  
    Sullén la fuga contener queriendo,  
Delante del tropel ronco gritaba,  
La espada al aire con furor blandiendo,  
Que el terror en tumulto atropellaba.  
Recobradas en fin entre las rocas  
Rehacer logrando las deshechas huestes,  
Puesto de pié en el último collado  
Sobre los muros de Gadir los ojos  
Por la postrera vez vuelve con ira,  
Y al Lete con los míseros despojos  
De sus inmensas huestes se retira.  
    Con rumbo incierto errando por la esfera  
La estrella de Anteon, perdido el brillo,  
Cual sangriento cometa paso á paso

Desde el cenit en que cual sol luciera  
Desciende lentamente hácia el ocaso.  
Conmoviendo su imperio el fuerte Atlante  
Al mismo tiempo por la Libia, ufanas  
Sus huestes lleva y por do quier triunfante  
Las fértiles regiones transfetanas  
Corrió, del pueblo la ansiedad calmando;  
Y el trono de Anteon desmoronando  
En sus escombros bárbaros se sienta  
Cual sobre el Atlas lóbrega tormenta.

Por la region del Celta á la Beturia  
En tanto yo los pueblos libertando,  
Corrí del Tajo á la riscosa márgen  
Ejércitos y muros arrollando.  
Aquí el valiente Costadan las huestes  
De toda Iberia convocado habia:  
La gloria ó la ignominia de la patria  
A una batalla aventurar queria,  
Y de salvarla ó perecer con ella  
Por sus Nayádes juramento hacia.  
Todos los gefes en mi tienda al punto

De tantas huestes convocados fueron,  
Para informar y resolver conmigo  
Los medios de batir al enemigo.  
Por razon de su edad y circunstancias  
De bravo gefe y de prudente anciano,  
Tomó la voz y dijo Costadano.

«Hijo de Osiris, tantos capitanes  
Gloria y escudo de la patria mia,  
Como en tu tienda convocados veo,  
El honor nacional une este día  
Contra el poder del formidable Anteo.  
El bravo Astur, el hijo de la roca,  
El ligero y festivo Turdetano,  
Los que del Iber crecen en la vega  
Y los que el Tajo caudaloso riega,  
El Celtíbero astuto, el Edetano,  
Todos aquí defenderán sus Lares,  
Sus fueros y sus dioses tutelares.  
De todas partes Anteon convoca  
Hacia este punto todos sus guerreros;  
Y seis dias hace que á la opuesta márgen

Llegando están ejércitos enteros.  
A su cabeza el formidable Anteo  
La muerte y el terror soplando viene:  
Sin nuestro brazo la inmortal Gadira  
Caerá; y su acero inmolará la patria  
A las deidades lívicas con ira.  
Tal vez mañana al férvido torrente  
Se arrojarán del Tajo sus legiones:  
No hay que esperar ya mas que la victoria,  
O sobre el campo perecer con gloria.»  
Dijo: y despues á los demás oyendo  
Concertamos el plan de operaciones:  
Todos los gefes al rayar la aurora  
Marchan á disponer sus escuadrones,  
Y yo á un collado próximo de Anteo  
A examinar la fuerza y posiciones.  
Desde allí descubrimos asombrados  
La inmensa multitud de sus legiones,  
Y los pueblos sin fin, y las naciones,  
Y los carros y reyes destrozados.  
Cual denso robleदार sus batallones

Ocupan la estension de cien collados.  
Del sol naciente los primeros rayos  
No bien las armas fúlgidas doraban,  
Cuando marchando en diferente giro  
Los soberbios penachos ondeaban.

De tantas huestes la fiereza enfrena  
Del turbio Tajo la corriente braba:  
De sus orillas en la ardiente arena  
Los destinos del mundo dibujaba,  
Y por su márgen de esperanzas llena,  
Risueño en torno el porvenir volaba  
Del mundo todo: se estremece el suelo,  
Y la hora fatal suena en el cielo.  
Escúchala Anteon, y entre el crugido  
De mil remos y mil, de la ribera  
Los barcos llenos, en veloz carrera  
Del combate marcial al alarido  
Parten cortando el rápido torrente.  
Cubierto del arnés, su altiva frente  
Anteon sobre todos levantaba;  
Cual circundado de armas y de gente

Guarnecido castillo, descollaba.  
Los Heraclistas en la opuesta orilla  
Esperan firmes el feroz combate.  
La muerte el ala por las ondas bate,  
Al aire lejos el acero brilla.  
Doy la señal, y al punto densa niebla  
De piedra y dardos con silboso estruendo  
Oscurece la luz, sobre los barcos,  
Bien cual granizo con furor cayendo.  
Mil y mil bravos traspasado el pecho  
Revuelca en sangre, la corriente, tintos;  
Y un eco solo de ecos tan distintos  
Del rayo acaba en la region deshecho.  
Mas de mil barcos la corriente arrastra,  
De heridos, sangre y moribundos llenos:  
Y mil y mil cadáveres descenden  
Del turbio Tajo á los profundos senos,  
Enrojeciendo al descender las ondas  
Que en torno saltan; y armas y guerreros  
Arrebata el torrente embravecido,  
Unos lanzando gritos lastimeros,



Al morir otros prorumpiendo en fieros.

El destrozo es igual: por la ribera

Caen las columnas, como caen las mieses

Al vasto incendio de espaciosa era.

Un ejército entero destrozado

El Tajo traga, como frágil roca

Que trastorna el volcan en hondos mares,

Dispersando por ellos chozas, fieras,

Troncos sin vida y palmas seculares.

Sobre las aguas Anteon bramaba

De sus guerreros el destrozo viendo;

Carbas le comprendió; y á un lado y otro

Torciendo fiero la ceñuda frente,

«Seguidme» grita: y apretando el remo

Cual dardo cruza la veloz corriente

De los suyos seguido, cual bandada

De advenedizas grullas: en la arena,

De heridos, muertos y de sangre llena

Saltan los invasores: el combate

Mis valientes falanjes sostenian:

Cuando á los montes de los dos collados,

Consumando los planes concertados,  
Ispal y Costadan retrocedían.  
Las dos alas por una y otra parte,  
Libre la playa, sobre mí cayeron.  
Voy cediendo también y por el valle  
Penetré con mi gente en retirada.  
Toda la fuerza entonces concentrada  
Sobre mí se arrojó: mil batallones  
En ala el valle y las laderas cubren,  
Acosando de cerca mis legiones.  
Cuando empeñado ya en mi seguimiento  
El enemigo por el valle entraba;  
Ispal y Costadan que entre los montes  
La ocasión esperaban impacientes,  
Sobre el contrario con fracaso horrendo  
Se arrojan, y la rabia y el estruendo,  
Y el choque aterrador de cien torrentes.  
De su furor al ímpetu tremendo  
Rodando en la ladera, al hondo valle  
Ejércitos enteros descendían:  
Los clamores y el grito moribundo

Que los cóncavos montes repetían,  
Y el crugir de las armas, el profundo  
Y estrecho valle en torno estremecían.  
De su furor cediendo á la violencia,  
Arrollados los fuertes escuadrones,  
Bajan atropellando las legiones,  
Que en el valle arrogantes combatían.

Yo que por todas partes las naciones  
Desarrollarse y confundirse veo,  
Y que el combate solo sostenían  
Sus bravos gefes y el terrible Anteon,  
La clava empuño y con furor me arrojo  
Donde el fiero Anteon con sus guerreros  
El terror y el espanto derramaba.  
Al enemigo con furor marchaba,  
Rompiendo por los fuertes escuadrones,  
Que atropellados á mi vista huían,  
Destrozando los bravos campeones  
Que á disputarme el paso se atrevían.  
Al golpe horrible de mi enorme clava  
Los principales gefes perecían:

Cuando descubro al formidable Anteo,  
Que en mis huestes su cólera cebaba.  
A sus golpes tremendos y feroces  
El rayo de la muerte acompañaba,  
Y el furor de sus ímpetus atroces  
Ejércitos enteros destrozaba.  
Su terrible presencia imponente,  
Su esfuerzo sin igual, su valentía,  
Su bravura, su lanza aterradora  
Brillando entre las huestes que batía,  
El Dios de las batallas parecía.  
Cual en medio del mar soberbio escollo  
Que las naves de lejos amedrenta,  
De procelosas olas combatido,  
Surcado de los rayos, y ceñido  
Del relámpago rojo y la tormenta:  
Tal así firme el formidable Anteo  
De mil guerreros el furor burlaba,  
Cuyas armas y miembros destrozando  
En el polvo y la sangre revolcaba.  
El ancho estrago de sus huestes viendo,

El formidable Orbante se adelanta;  
Mas cuando bravo á la defensa corre,  
Le derriba Anteon, sobre él cayendo,  
Bien como el rayo sobre excelsa torre.  
En derredor de su triunfante carro  
Mil espadas á un tiempo se esgrimian,  
Que el carro y casco y el escudo hiriendo,  
Vivísimas centellas despedian.  
De su tremenda lanza al fiero encuentro  
Amontonados caen los campeones,  
Y mirando suspensas tanto estrago,  
Desde lejos temblaban mis legiones.  
Saltando de cadáver en cadáver  
Volé entonces sobre él, que desbocado,  
De destrozar cesando mis legiones,  
A encontrarme corrió desesperado.  
En medio de los rotos escuadrones,  
Que en derredor de Anteo combatian,  
Un ancho espacio descubierto estaba,  
Que mil y mil cadáveres cubrian,  
Y los guerreros con pavor huian.

Aquí fué el choque: en rededor turbados  
El combate las haces suspendieron.  
Al primer golpe de mi fuerte clava,  
El escudo y la lanza se rompieron  
Del valiente Anteon, que rebramando  
De cólera y furor el asta tira,  
Y su espada con ímpetu arrancando  
Cual rayo sobre mí vibró con ira.  
Mi clava en vano sus terribles golpes  
Sobre el arnés lucido repetía,  
Que por un Dios forjado, el fiero choque  
Cual un globo de acero repelia.  
Él mismo, ciego en el bruñido casco  
Dió arrebatado de su auriga un golpe:  
Salta la sangre el carro salpicando,  
Y sobre el polvo cae, suelta las riendas  
De los bridones al morir dejando.  
Libres entonces por el campo huyendo,  
Sin freno el carro desbocados tiran,  
Grita Anteon de cólera rugiendo,  
Y ellos bufando entre las huestes giran.

Yo voy siguiendo su veloz carrera,  
Y el eco de Anteón que el trueno imita;  
Su grito aterrador mas los irrita,  
Cuando enfrenarlos y parar quisiera,  
Hasta que ya, cual flecha, disparados  
Parten del Tajo á la fatal ribera;  
Y á las corrientes en su ardor lanzados  
Vuelcan y caen al fondo trastornados.  
Al agua entonces Anteón rugiendo  
Se lanza y gana la cercana orilla,  
Del arenal que se levanta en frente,  
En dos brazos el Tajo dividiendo.  
Tras él me arrojo, y la veloz corriente  
Domo, y parto á Anteón, que arrebatado  
Viene á mi encuentro prorumpiendo en fieros,  
Del fino arnés crugiendo los aceros,  
Y en soberbio ademan el brazo alzado.  
Impávido le espero, y de repente  
Cayó de un salto sobre mí: su espada  
Brilló como un relámpago en mi frente,  
Y dió en mi clava, que en el aire alzada

Sobre él descargo: mas el cuerpo hurtando  
El golpe burla, y en la arena dando  
Se undió la clava: en alto levantada  
Vuelvo sobre Anteón, que deslizado  
Los golpes eludiendo en torno gira:  
Ya acomote veloz, ya se retira,  
Sin que tocarle pueda un golpe airado.  
Yo, viendo su poder y resistencia,  
Su espada destrocé; arrojé mi clava,  
Y lanzado sobre él con la violencia  
Del huracán, le aprieto entre mis brazos,  
Y le vuelvo y revuelvo con presteza.  
Él, semejante á la soberbia encina  
Cuyo robusto tronco la fiereza  
Del Bóreas mira con desden, en tanto  
Que al soplo silbador la copa inclina;  
Firme en el suelo la robusta planta,  
El cuerpo gira en derredor y torna,  
Ya hurtándose se dobla, se levanta,  
Ya aparenta ceder, y en el momento  
Acomete mas rápido y violento.



De tan tremenda lucha fatigado  
Ya mi espíritu ardiente vacilaba,  
Y cada vez mi generoso orgullo  
Su fiero resistir mas irritaba.  
Mis esfuerzos redoblo; cuando veo  
Que su fuerte rodilla vacilaba,  
Y un súbito temblor se apoderaba  
Del fuerte campeón, del triste Anteo.  
Cede, cayó; y en sangre revolcado  
Se levantó tres veces, y otras tantas  
Me embistió con furor desesperado;  
Y otras tantas me vieron las naciones  
Darle la vida, hasta que ya irritado,  
A vista de sus mismos escuadrones,  
Hundí en su corazón el hierro airado.  
En sus fieras y horribles convulsiones  
Con la muerte tres veces reluchando,  
Se intenta en vano levantar; tres veces  
Sus esfuerzos inútiles probando,  
Tendió la vista sobre sus legiones,  
Su vergonzosa fuga detestando.

Así acabó el conquistador de Europa;  
El terror de los tronos y los pueblos;  
Cuyo nombre temido y respetado  
Escuchaban temblando los monarcas;  
Hoy en el polvo y sangre revolcado,  
A vista de los reyes y naciones  
Que su carro triunfal habían tirado,  
Yace con sus inmensos escuadrones  
En region estrangera sepultado.  
Sombra ilustre del héroe infortunado,  
Víctima infausta del furor divino,  
Si á mí te opuso el bárbaro destino,  
No inculpes, no, mi esfuerzo provocado.  
Yo en el combate te encontré enemigo:  
Yo admiré tu prudencia y valentía,  
Y del honor, y de la gloria mia  
Fuí arrastrado á combatir contigo.  
Si del Tajo la Náyade festiva  
En tu muerte entonó el himno de gloria,  
Hoy con Alcides de tu tumba en torno,  
Tu nombre vano y sombra fugitiva

Gira invocando el Dios de la victoria.  
Despareciste: lo ordenó el destino:  
Tras tí arrastrando un bosque de laureles,  
Que lejos, desgarrándose, retumba,  
Con estruendo caiste á su decreto:  
Los siglos al pasar sobre tu tumba,  
Inclinarán la frente con respeto.  
En los hondos silencios de la noche,  
De la luna á los trémulos reflejos  
El génio de la selva solitaria,  
Señalando tu losa desde lejos,  
Dirá al viajero, en misterioso tono:  
Junto á aquel pino, sobre aquella roca,  
Bajo aquel jaspe oscurecido y terso,  
Yace el Conquistador del Universo.

Una invocando el Dios de la victoria  
Despreciable: to ordenó el destino:  
Tas si arrastrando un peso de laureles  
Que lejos, hegarán los ruidos  
Con estruendo caído a su decreto:  
Los siglos al pasar sobre la tumba  
Inclinarán la frente con respeto  
En los hondos silencios de la noche  
De la luna á los trémulos reflejos  
El génio de la soledad solitaria  
Señalando la luz desde lejos  
Dirá al viajero, en misterioso tono:  
Junto á aquel pino, sobre aquella roca  
Bajo aquel jaspe oscurecido y terso  
Yace el Conquistador del Universo  
Yo en el mundo he estado y he vivido  
Yo he visto el mundo y he conocido  
Yo he visto el mundo y he conocido  
Yo he visto el mundo y he conocido  
Yo he visto el mundo y he conocido

## CANTO IV.

Alcides calla, y en honor las conchas  
Del ilustre guerrero circularon;  
Y celebrando su inmortal trofeo  
Por la mesa los brindis resonaron.  
Fingido entonces el traidor Tifeo  
Hércules, dice, el portentoso cuadro  
Que en breves líneas de trazar acabas,  
De pueblo en pueblo llevará tu gloria,  
Y envanecida copiará la historia.  
Por el Olimpo mismo las Deidades  
Sobre tu frente esparcirán laureles,  
Y por la tierra pueblos y ciudades

Columnas de oro erigirante fieles.  
Ni ¿quién condenará que un pueblo libre  
A su libertador erija altares,  
E incensando sus aras tutelares  
Debido culto, adoraciones preste?  
¡Mortal sublime, de estraccion celeste!  
¡Dulce amigo del hombre!... Tú eres solo  
Héroe sobre la tierra: tus virtudes  
El pueblo admirará, y de polo á polo  
Mejorarán las razas venideras.  
Gloria del siglo; cuando el golpe fuerte  
Tu poderoso brazo audaz descarga,  
No es, no, sin fruto para dar la muerte.  
Destruyan otros pueblos y naciones,  
Y orgullosos tremolen de la guerra  
Sobre su inmensa ruina los pendones.  
¡Héroe sin par! Alcides por la tierra  
Solo derrama sangre de tiranos:  
La libertad, el fausto y la opulencia  
A su carro preceden: la insolencia,  
La altivez de los déspotas insanos

Huyen delante, y á su paso flores  
Esparcen solo pueblos soberanos.  
Del despotismo el insultante orgullo  
Abatido á sus pies ruje con ira:  
Del carro odioso la triunfante rueda  
Pulverizando los escombros gira.  
De tu tremendo brazo cada golpe  
Lleva la libertad á un pueblo entero:  
Genio inmortal! Alcides! quién me diera  
De la remota Atlántida y de Europa  
Que las distancias acercar pudiera!  
Colmado entonces mi delirio fuera,  
Cuando el cetro de hierro que la oprime  
Despedazado entre tus manos viera!  
¡Cómo de tanto triunfo el ramo de oro  
De tu corona el esplendor subiera!  
Pero de tanto mar!... tan ancho espacio!...  
Recuerdos lisonjeros y perdidos!...  
Jamás mis votos se verán cumplidos.  
Gran sacerdote, lo serán. Guerreros,  
Hércules dice, bravos campeones;

De mis glorias rivales, compañeros,  
Los riesgos y laureles de esta empresa  
Quién con Alcides á partir se atreve?

No ; interrumpe Tifon: ¿quién la esperanza  
De mil generaciones osaria  
Aventurar del austro á un soplo leve?  
Del mar inmenso á tan lejana costa  
Casi ignorado el rumbo todavía,  
¿Quién los peligros evitar sabria?  
No: entre nosotros el glorioso fruto  
Goza, Alcides, en paz de tus victorias:  
Basta de lides ya, basta de glorias.  
¿Cómo bastar de triunfos y de guerra  
Mientras no esparza del postrer tirano  
Los corrompidos miembros por la tierra?  
Los peligros, Tifon, no me intimidan.  
A la Atlántida voy: donde está el riesgo  
Allí Alcides está: allí está la gloria:  
Allí crece el laurel de la victoria.  
Allí me invoca un pueblo de oprimidos:  
Mas ¿qué importa, Evenor, que le esclavices,



Si Alcides solo al combatir los m<sup>o</sup>nstruos  
Cifra sus triunfos en hacer felices?  
Los peligros, ¿qué son? El mar, los vientos,  
El sol, la tierra, el universo, el rayo  
Domina el hombre: hasta el Olimpo mismo  
Cede á su voz, y calla el fatalismo.

Dijo; y al punto mil y mil guerreros  
A seguirle se aprestan denodados,  
De la oprimida Atlántida esforzados  
Las cadenas romper, jurando fieros.  
Tifon su arrojo y noble bizarría  
Reprobar y aprobar á un tiempo mismo,  
Con dudoso semblante parecia:  
Mas de su pecho en el horrendo abismo  
Circulando oprimido fiero gozo,  
Cuando sus planes consumados via,  
En su bárbara trama se aplaudia.

Titán tendiendo sus cabellos de oro  
Entre celages de brillante grana,  
Ya medio hundido en el ocaso ardia,  
Cuando alzadas las mesas disponia

Retornar á Gadir la corte ufana,  
De la infelice Atlántida el gemido,  
El bárbaro crugir de sus cadenas,  
Por las ondas y márgenes amenas,  
De Hércules hiere el compasivo oído.  
A la empresa resuelto, siete naves  
Las mas veleras de Sidon apresta;  
Y ya la gente, señalado el día,  
Llena los buques á partir dispuesta.  
Sobre la playa la engañada corte  
Se despidió del bravo navegante:  
Levaron anclas, y las altas velas  
Hinchó tranquilo el plácido levante.  
Desde la torre del nocturno faro  
Viendo partir la escuadra el grande Osiris  
Así prorumpe con acento grave,  
«¡Feliz arribes, generosa nave!  
De la oprimida Atlántida remota  
Feliz arribes á las rocas de oro,  
Y de su cuello la cadena rota,  
En risa cambies su indignado lloro.

De sus ninfas, cual Diosa de las playas,  
Al saludarte, presidiendo el coro,  
De tu pintada prora las Deidades  
Cubra de flores, la gentil doncella:  
¡Feliz arribes á su costa bella!  
El Númer tutelar respete Eolo  
Que por todos los climas y regiones,  
Los hierros quebrantando, á las naciones  
La libertad llevó de polo á polo.  
Jamás el noto por tu corva quilla  
Sople entre escollos remugiendo, azares:  
Ni el rumbo tuerza en procelosos mares  
Siniestro influjo de enemiga estrella.  
Jamás de tu costado el sacro pino  
Azote con furor onda violenta,  
Ni el cable estalle, ni los remos rompa  
El viento mugidor, ni la tormenta.  
En tu seno el orgullo y la esperanza,  
La libertad del Universo llevas;  
Conserva al héroe ilustre, y las naciones  
Por los templos colgando tus reliquias

Darante culto, ofrecerante dones.  
Aquí llegaba el venerable Osiris,  
Cuando imprevisto delinciente bando  
De asesinos feroces, ¡fuera! ¡fuera!  
¡Muera la libertad! ¡Osiris muera!  
Aldabones y puertas derribando,  
A la torre subió de la escalera  
Por el oscuro caracol gritando.  
Su aspecto fiero, su brutal presencia  
No del anciano el corazón turbaron;  
Que á castigar tan bárbara violencia  
Sancando corre con su mano helada  
Del cinto de oro la luciente espada.  
En vano; ¡ay triste! ¡inútil resistencia!  
Los años roban el vigor al brazo,  
Y oprimen ya su pié con torpe lazo.  
Tormin, que la caterva acaudillaba  
Del vulgo atroz, Tormin el alevoso,  
Por sus enormes crímenes famoso,  
El golpe para con desden, al suelo  
Al venerable anciano derribando:

Y asiendo de su blanca cabellera,  
Tira con rabia atroz, por la escalera  
El venerable Osiris arrastrando,  
De la bárbara turba así cercado  
Entre el insulto, befa y gritería,  
Del ancho patio al álamo sagrado  
Al sin ventura anciano conducia,  
Cuya queja el tumulto confundia.  
Apoyado en el tronco á alzarse prueba,  
Cuando Tormin, el crimen consumando,  
El hierro matador hunde en su pecho,  
Los negros planes de Tifon colmando.  
El venerable Osiris suspirando  
Cae al golpe mortal: al cielo mira:  
Los ojos vuelve á su lejana Menfis,  
Y revolcado entre su sangre espira.  
Entre tanto que el crimen por la playa  
La rabia y el furor desencadena,  
Cubriendo el agua de espumosa sangre  
Y de inocentes víctimas la arena,  
Ya por la corte el bárbaro Druida,

Difundiendo el terror corre agitado,  
La túnica sangrienta desceñida,  
Y del sacro cuchillo el brazo armado.  
A su grito fanático responde  
A su pesar el pueblo consternado:  
Del rudo vulgo delincuentes bandas  
Tras él discurren por las anchas calles,  
A su grito fanático cediendo,  
Mil crímenes horrendos repitiendo.  
Así á la plaza del palacio llegan,  
Las ilustres cabezas de los héroes,  
De los tristes Heráclidas pidiendo.  
Tifon entonces de la inicua plebe  
El criminal furor calmar fingiendo,  
Se presenta orgulloso, el vulgo calla,  
Y á su imperiosa voz se postra y turba,  
La sediciosa turbulenta turba.

«Sagrados sacerdotes, que á los Dioses  
Sin cesar dando reverencia y culto  
Temblando vísteis irritar los cielos,  
Del indigno mortal el torpe insulto,

Profanando los templos y las aras  
Que alzaron en su honor vuestros abuelos;  
Vuestra cólera es justa: yo la aplaudo;  
Aunque no igual á tan enorme ofensa,  
Que á inmenso crimen no hay venganza inmensa.  
Pero acaso... tal vez nuestros delitos  
Sobre vuestras cabezas insolentes  
Los celestes enojos atrajerón,  
Porque á tiempo sus tramas delincuentes,  
No vuestras iras prevenir supieron.  
Primero este delito ante las aras  
Del venerando Dios de vuestros padres,  
Del antiguo Endovélico expiemos:  
Las víctimas sobre ellas consultemos:  
Y con pura intencion y santa mano  
El celestial decreto ejecutemos.  
Dijo; y la multitud que prosternada  
Oye y tiembla á su vista, cual al viento  
Pálida caña, de su ronco acento  
Hasta el sagrado bosque es arrastrada.  
Allá en el centro, entre elevados pinos,

De montones de piedra informe cerco,  
Que el musgo cubre, del reptil guarida,  
De las infaustas víctimas manchado,  
Con la espumosa sangre denegrada,  
Fábrica tosca, rústica y deforme,  
Que antes que templo ruinas parecía,  
Hoy solo al vulgo estúpido se abría.  
Sobre el manchado altar la estatua informe,  
A rústica columna semejante,  
Del Dios se eleva, cual peñasco bruto,  
O de confusa forma alto gigante.  
De sus ministros bárbaros seguido,  
Tifon se acerca al ara ennegrecida,  
El blanco manto al aquilon tendido,  
El pié desnudo y la cabeza erguida,  
De la verbena mágica ceñida.  
También del templo los ministros llegan;  
Tirando hasta el altar de un negro toro:  
De un negro toro, aunque sin mancha alguna  
De blanca estrella ni menguante luna  
Puesto junto al altar, del cinto de oro



El sagrado cuchillo desnudando,  
Prorumpe así Tifon, el brazo alzando.

«Endovélico santo, cuya mente  
De Turdetania los destinos rige;  
Acoge de tu pueblo reverente  
El voto fiel que á tu Deidad dirige.  
Muéstranos tu querer: sobre estas aras  
De su existencia ó esterminio el fallo,  
Sellarse mire con la sangre de Apis,  
El pueblo infiel, el bando de Serapis.»

Dijo; y en su cerviz el hierro hundiendo,  
Salta la sangre salpicando el brazo;  
Y desplomada cual del rayo herida,  
Sobre el altar la víctima rugiendo,  
Debate el ara, rebramando espira,  
Y el laurel estalló en la sacra pira.  
Del terror religioso poseída,  
Ni alienta apenas, ni los ojos mueve  
La estupefacta delirante plebe.  
Su vista aterra: no es tan repugnante  
Ni de reciente tumba el aire infecto,

Ni de la muerte el cineráico aspecto.  
Tifon entonces, «Dios de Turdetania!  
Pues te agrada esta víctima, esta sangre,  
Tus decretos venero: que se vierta:  
Que se vierta á torrentes: sí, ya miro  
La nube abrirse, retumbar el trueno,  
Caer Osiris, relucir el rayo,  
Y de su bando el pálido desmayo.  
Caiga: desaparezca ante tus aras:  
Caiga... ay de tí! que allá el leon rugiendo  
Desciende al valladar de la montaña,  
La erizada guedeja sacudiendo.  
Vé, corre, vuela, enviste la cabaña:  
No haya la grey contra tu rabia escudo:  
Chozas y redes por delante lleva:  
Devora al Irocan: el diente agudo  
En el torpe redil sangriento ceba:  
Que se huye allá el pastor: corre sin calma:  
Bébele envuelta con la sangre el alma.»  
Aquí llegaba el fiero sacerdote,  
A la venganza el vulgo concitando,

Cuando Tormin corriendo desde lejos  
Viene hácia el templo con furor gritando,  
«Soberano Pontífice! en el cielo  
Arde el fuego de cólera: temblemos:  
De Endovélico el brazo desarmemos,  
Sobre nuestras cabezas levantado,  
Víctimas pide el Númen irritado;  
Acabó Osiris: en la playa, ahora,  
Su pecho el rayo vengador devora.»  
«Oyes!... pueblo infeliz, vulgo profano!  
Tifon esclama; débiles ministros!  
Caiga sobre vosotros la venganza,  
Que provocais del irritado cielo,  
O bien seguidme derramando el duelo  
Con el comun estrago y la matanza.  
El cuchillo sagrado en sangre tinto  
Hoy sobre el ara celestial inmole  
Del Heráclida infiel la infanda prole.»  
Dijo; y el brazo levantando armado  
Del cuchillo fatal, al cielo invoca  
El vulgo que antes en silencio, inmóvil

Los sagrados misterios contemplaba,  
A la voz del Pontífice, la frente  
Entre el confuso ahullido levantaba.  
Tal al furor de bárbaro accidente  
Cuando el enfermo en calma parecía,  
La horrenda basca vuelve de repente,  
Se hierde y tuerce la espumante boca,  
Muerde la lengua, saltan los tendones,  
Y el músculo vibrátil encrespando,  
Destroza cuanto con la mano toca,  
Los afechados dientes rechinando;  
Así la plebe el grito levantando  
Con basca no menor, arrebatada,  
Las negras furias del averno evoca,  
Del agudo puñal la diestra armada.  
Tifon del templo con furor se lanza,  
Seguido de la turba; cual tormenta  
Que á la noche precede, así venía  
Sobre Gadir: la rabia y la venganza  
En sus ojos de sierpe relucia;  
Su ronco acento, de la ruda plebe

Emponzoñando el pecho, derramaba  
Entre el tinte de hiel sobre su rostro  
La sangre que antes el terror helaba.  
A su tremenda vista estremecida  
La ninfa de Gadir con mano yerta  
A cerrar corre la azarosa puerta.  
En vano ¡ay triste! del puñal herida  
Cae suspirando, y el terror y el duelo  
Ya de la noche entre la parda sombra  
Por Gadir alzan su espantoso vuelo:  
Crecen los grupos; el desórden crece:  
De calle en calle las feroces bandas  
Precedidas del crimen se desbocan,  
Tiñendo en sangre cuanto al paso tocan.  
Con roncós gritos, con furioso estruendo  
Los hierros saltan: la segur violenta  
A lo lejos resuena en son horrendo,  
Las anchas puertas con furor rompiendo.  
La ley, la libertad desaparece,  
Los palacios y casas se atropellan;  
Y al ver la Patria que las turbas huellan

El Heráclida triste empalidece.  
Por las calles y casas á torrentes  
La sangre liberal corre humeando  
Bajo la inmunda planta, salpicando  
Del vulgo atroz las ominosas frentes.  
De entre los brazos de la tierna madre  
La feroz turba arrebatando el niño,  
En el suelo lo estrella, y sobre el padre  
Ya moribundo con furor lo arroja.  
El triste padre en su mortal congoja  
Aun parece tender el brazo helado  
A socorrer el hijo idolatrado.  
De horror la madre, el corazón partido,  
La torva vista, los errantes ojos  
Despavorida clava en sus despojos:  
Tiende los brazos, y cayendo entre ellos  
A vista del tumulto enfurecido,  
Juntos exhalan el postrer gemido.  
Acá se escucha el fúnebre lamento  
De hijo y esposa que de esposo y padre  
Sobre el cadáver aun caliente llora.

Allá el anciano en torno de los Lares  
Abrazando sus plantas tutelares  
Su nombre vano, su deidad implora.  
Espavoridas sin saber á dónde  
Huyen y tiemblan del terror seguidas,  
Mil familias á un tiempo perseguidas  
Del tumulto feroz que las oprime:  
Allá la madre tímida se esconde:  
Acá la vírgen grita resistiendo  
El insolente audaz que la atropella:  
Ya desmayada, del intacto pecho  
La toca rasgan, estampando en ella  
Su infanda mano; su ominosa huella  
Del trono del pudor, del casto lecho  
Con sangre imprimen en el blanco lino.  
¿Qué penas guardas, bárbaro destino,  
A crimen tan atroz, si en la inocencia  
Se estrella tu rigor con tal violencia?  
La pobreza su horror burlando ríe:  
Solo su ruina inevitable lloran  
La virtud, el honor, y la opulencia.

Jactándose del crimen la insolencia,  
En su mano fatal mostrando viene  
De oro del Tivar la costosa joya;  
La pura plata que corrió en Pirene,  
La rica alfombra, el opulento estrado,  
De su dueño y señor la seda, el oro  
Con la inocente sangre salpicado.

En tanto que por patios y salones  
El terror y la muerte revolaban,  
Los altos y dorados artesones  
Al grito de las calles retemblaban.  
Por ellas de tropel bandas á bandas  
Destruyendo y matando se suceden  
Al Heráclida inerme: de palacio  
Las avenidas Elivan ocupa,  
De la plebe la rabia concitando,  
Cadenas y venganza proclamando.  
Con risueño semblante en los balcones  
Autorizando Gerion la ira,  
Tranquilo espectador de tanto estrago,  
De la sangre patricia el ancho lago.



Y la ruina comun contento mira,  
El bárbaro Tifon de rabia lleno,  
El tumulto y desórden presidia,  
Bañando en sangre el corrompido seno  
Que la serpiente del error roia.  
Los venerables Padres de la Patria  
No bien el grito sedicioso oyeron,  
Cuando al augusto templo de Minerva  
A sofocar la insurreccion corrieron.  
De la Patria, del ídolo sagrado,  
Que ya sobre ellos desplomarse vian,  
Con firmeza y valor, la inevitable,  
La estrepitosa ruina contenian.  
¡Esfuerzo inútil! el lejano estruendo  
Del torrente feroz, ya mas cercano  
Se deja percibir; el grito horrendo  
De muera el pueblo, muera el ciudadano,  
Suená á las puertas ya: ¡trance funesto!  
Ya audaces entran las feroces bandas,  
De su deidad el Númen invocando,  
Y de Minerva en sangre ¡atroz delirio!

Las venerandas aras salpicando.  
Los Padres de la Patria imperturbables  
Del trono augusto, de la ley en torno  
La turba audaz inermes esperaron;  
Que á tan sublime y venerable vista,  
Ocupada de un mágico respeto,  
Suspendió el golpe del fatal decreto.  
El generoso Tarvillan entonces,  
Tarvillan cuyos timbres peregrinos,  
Cuyo saber profundo de la Patria  
Gobernó tantos años los destinos,  
Tarvillan junto al trono se levanta.  
Las venerables canas apartando  
De su semblante impávido y sereno,  
Sin susto mira la agitada plebe,  
Y así prorumpe de amargura lleno.  
«¿Qué vas á hacer? ¿Qué intentas, vulgo iluso,  
Vulgo feroz, aleve y fementido?  
¿Quién tu mente inconstante ha seducido.  
Y en tu mano fatal las armas puso?  
¿Quién á este sitio venerable y santo,

Tu sacrilega planta ha conducido?  
Este trono, este s6lio, estas Deidades,  
Esta Patria, estos hijos predilectos,  
Que t6 invocabas en mejores dias,  
¿Serán, dí, el blanco de tu horrible saña?  
Ven, llega, el hierro en nuestra sangre baña:  
En la sangre de aquellos que aplaudias,  
Cuando de muerte 6 servidumbre el yugo  
Que á tu abatido cuello amenazaba,  
Su mano, horrendo mónstruo, destrozaba:  
Cuando tú mismo, esclavo, envilecido,  
Llegaste aquí arrastrando las cadenas,  
Y «sálvanos» dijiste, y te salvamos.  
La gloria, el ser, entonces te prestamos,  
Que hoy como don de iniquidad condenas.  
Todo cuanto eres; libertad, honores,  
Independencia, fueros y riqueza  
Con mano liberal te prodigamos,  
Y á tu prosperidad, y á tu grandeza,  
Leyes que siempre te honraran, dictamos.  
Y este vulgo, este vulgo que ayer mismo

Nuestros altos decretos bendecia,  
Será el mismo que miro en este día  
Cadenas proclamar y despotismo?  
Será aquel cuya vida tantas veces  
Nuestro escudo salvó sobre Pirene,  
El mismo que hoy á destrozarnos viene?  
Execrable maldad! Minerva santa!  
Tú que los votos de mi pecho oiste,  
Y en mi labio anunciadas las verdades  
De tus decretos celestiales viste;  
Y vosotros, ilustres campeones,  
Mártires de la Patria, bustos santos,  
Sombras insignes, ínclitos varones,  
Pardillan, Maldoren, Bravor, Acurba  
De renombre inmortal, que los pendones  
De la Patria en Iberia tremolásteis,  
Y en su defensa perecer jurásteis,  
Sostened nuestro aliento: en las mansiones  
Mas allá de la tumba hoy nuestras sombras  
En lazo eterno se unirán contentas.  
Y tú, infeliz, desventurada Patria,

Que destrozada y moribunda veo,  
Quién cerrará tu herida, esclavizados  
Los triunfadores del gigante Anteo!  
Y tú insensato, corrompido vulgo,  
Que tu rabiosa, tu brutal venganza  
En el desórden y el tumulto cebas;  
Que á todas partes la discordia llevas,  
El duelo universal y la matanza:  
¡Pueblo de maldicion! Acaba, acaba  
De derrocar el triste monumento  
Que ya de Patria y libertad te resta;  
Tu diestra criminal en sangre y llanto  
De una Patria infeliz airado baña,  
Que hoy de orfandad y vilipendio llenas.  
Caiga la Patria, sí; tu adusta saña  
Acabará, y tu cuello al tiempo mismo  
Encorvarás so el yugo y las cadenas:  
Con triste acento nuestro nombre entonces  
De monte en monte en soledad llorando,  
Tu labio temeroso irá invocando.  
Mañana, sí, mañana entre cadenas

Detestarás tu torpe desvarío,  
Tú, que haces hoy de servidumbre alarde,  
Y nuestra sombra invocarás, mas... tarde.»

Iba diciendo, y el feroz semblante  
Ya mas sereno de la turba mira:  
Depuesto ya su aspecto amenazante  
Ve del tumulto vacilar la ira:  
Cuando Tifon por medio atropellando,  
Cobardes, dice, ¿qué os detiene? El Cielo  
Hoy de estos mónstruos la matanza ordena:  
Caigan; su muerte á vuestro brazo fia,  
Y vuestra vil debilidad condena:  
Caigan, y caiga su profano templo;  
Vengad los Cielos, imitad mi ejemplo.  
Dijo; y el dardo emponzoñado arroja  
De Tarvillan á la serena frente.  
El venerable anciano suspirando  
Cae junto al sòlio, y en su misma sangre  
Las respetables canas revolcando,  
De la Patria la imágen abrazando,  
Volvió á Minerva al espirar los ojos.

A los patricios con horrible furia  
La turba entonces se arrojó gritando.  
El estrépito y fúnebre gemido,  
Por las sagradas bóvedas resuena:  
El eco aterrador los aires llena,  
Con los mueras atroces confundido.  
Los Padres de la Patria en sangre tintos,  
Abrazaban, cayendo, los altares:  
Y al espirar de su inocente Patria,  
Invocaban los Dioses tutelares.

La luna se ocultó: su negro manto  
La oscura noche con pavor tendia,  
Y el desórden, el crimen y el espanto,  
A su sombra fatídica crecia.  
El horrendo destrozo y la matanza  
Entre nubes miró desde el Oriente  
La infausta aurora de tan triste dia,  
Y aun desnudo en la mano la venganza  
El cuchillo mortal vibra con ira;  
Pero la faltan víctimas: entonces  
En sangre reteñido por Gadira

El himno aterrador cantando gira  
El tumulto feroz marchando al templo.  
Sacrílego por él la osada planta  
Lleva, y propicio suponiendo al Cielo,  
Las manos hácia el ídolo levanta,  
Mostrando en ellas con rabioso celo  
La sangre liberal, que en holocausto  
Tributaba en su error á un Dios infausto.  
Hollando el sacro altar con pié profano  
Del ídolo feroz cuelga Tifeo  
El sangriento cuchillo por trofeo:  
¡Voto de execracion! La odiosa mano  
Tendiendo entonces sobre el ara santa  
Así el grito fanático levanta.  
«¡Endovélico santo, á cuyo soplo  
El sol y las estrellas se eclipsaron!  
En noche oscura, al son de las tormentas,  
Los rayos de tu cólera brillaron.  
Tus sacerdotes del puñal se armaron,  
Y por calles y plazas se estendieron;  
Los gritos de venganza resonaron,



Y torrentes de lágrimas corrieron:  
Los muros de Gadir se desplomaron,  
Y las columnas de Hércules se hundieron.  
Dios de Gadir; el pueblo Turdetano  
Del Heráclida infiel la sangre impura  
Ofrece á tu Deidad en holocausto.  
Su insolente delirio llevó infausto  
Sobre el altar el duelo y la amargura,  
Y tus ministros largo tiempo fueron  
Arrastrando el oprobio y desventura.  
Mas tú del sacerdote el brazo armaste;  
Y sentado en la nube, al son del trueno,  
Su esterminio y venganza decretaste.  
En su infiel corazón empedernido  
El rayo de tu cólera clavaste:  
En el polvo su frente revolcaste,  
Y la sangre corrió del descreído.  
Sobre tumbas, cadáveres y escombros  
Brilló tu espada de venganza llena:  
¡Tiemble la tierra cuando el Cielo truena!  
A su vista terrible sucumbieron

Las bandas Heraclistas que acabaste:  
El sagrado cuchillo de esterminio  
Que ceñido á mis plantas arrojaste,  
Reteñido en su sangre hoy te devuelvo:  
Y ¡ay del mortal, si á descolgarle vuelvo!

## CANTO V.

Cual con sordo rugido la tormenta,  
Del Austro al soplo amontonando nubes,  
En medio del Atlántico rebienta,  
Lanzando con furor de playa á playa,  
Entre altas sierras de aguas y de arenas,  
Arboles rotos, pueblos destruidos,  
Naves deshechas, miembros confundidos  
Y pedazos de rocas y ballenas;  
Así furiosas por la triste Iberia  
Las tormentas políticas bramaron,  
Y familias sin fin de polo á polo,  
Y pueblos y ciudades arrojaron.

De negras gasas Orelinda en tanto  
Cubriendo el rostro de jazmin y rosa,  
Suspende al hombro virginal llorosa,  
Con broches de oro el enlutado manto.  
Con sus esclavas en silencio marcha  
Las anchas calles de Gadir cruzando;  
Al regio alcázar tímida se acerca  
Y atravesó sus pórticos temblando.  
Del palacio real por los salones  
Así penetra: las miradas fija:  
Levanta el velo y reconocen todos  
Del noble Arpando la piadosa hija.  
Sobre su blanca frente el negro rizo  
El Dios vendado susurrando agita,  
Como la abeja el cáliz de las flores;  
Dispara el arco, y so el dosel de amores  
El corazon del Príncipe palpita.  
El veneno mortal de vena en vena,  
Inflamando los nervios circulaba;  
Suspira Gerion, y sobre el trono  
Dulcemente agitado retemblaba.

La tímida Orelinda al regio sólio  
Con vacilante paso se adelanta,  
Y así prorumpe en suplicante tono,  
Doblando la rodilla junto al trono.  
Soberano Monarca, árbitro augusto  
Del pueblo bravo que triunfó de Anteo,  
Cuando esparció la destrucción y el susto  
Desde el alto Pirene al Eliseo:  
Perdona, si hay delito en sus acciones,  
Del fiel Arpando el generoso celo:  
A tu trono sus puras intenciones  
Jamás pudieran inspirar recelo.  
Tu nombre, tus derechos invocando,  
Tus pueblos supo conmover entonces  
Mi anciano padre, el venerable Arpando;  
Sus consejos rompieron tus cadenas,  
El trono de Anteon pulverizando.  
Con letras de oro en mármoles y bronce  
Esculpió su heroísmo la victoria,  
Y este trono salvó, que dignamente  
Ocupas hoy ceñido de su gloria.

La feroz proscripcion no obstante en premio  
Su ancianidad estrella entre las rocas:  
Solo y errante por los montes vaga,  
Exhalando su queja lastimera,  
Al lado del reptil, junto á la fiera.  
¿Y posible será, que su heroísmo,  
Sus virtudes intactas, su civismo,  
Que jamás degradó torpe infidencia,  
Deslealtad y traicion hoy se apelliden?  
¿Que ria á su desgracia la impudencia,  
Y que tú sus errores autorices?  
¡Ah! no: los reyes á los Dioses  
Solo se igualan en hacer felices.  
Del rayo que la cólera dispara,  
El estrago suspende, el golpe para:  
Del venerable Arpando aparta pio  
La atroz desolacion, el triste duelo;  
Toquen tu corazon el llanto mio,  
Mi temprana orfandad y desconsuelo.  
Muévante á compasion... En su transporte  
Arrebatado Gerion del trono

Turbado baja: en medio de su corte  
La blanca mano de Orelinda toma,  
Y alzándola la dice en blando tono.  
Virgen del Betis, de tu hermosa frente  
La tempestad que la anubló serena;  
No de tu rostro el brillo refulgente  
Marchite el llanto ni azarosa pena.  
No así, Orelinda, á la voraz congoja  
Tu destrozado corazon entregues;  
Ni de tus ojos en el llanto anegues  
El blanco seno, que el destino enoja.  
Halaguen, sí, fantasmas seductores  
Las tiernas gracias que al no ser condenas,  
Cuando principian á brotar apenas  
De tu temprana juventud las flores.  
Por tí hoy no solo volverá á la corte,  
Sino á mi lado y á mi gracia Arpandó.  
Sobre su frente tenderé mi cetro,  
Arbitro del perdon y la venganza:  
Seguro torne, y este anillo sea  
Prenda de mi amistad y confianza.

Moren entonces de furor bramando  
¡Señor!.. iba á decir: pero ceñudo  
El rey le mira, y con airado tono,  
Vuelva, repite, á mi amistad Arpando;  
Yo quiero, y basta: y como rey, lo mando.  
Dijo; y airado levantó la audiencia.

Llena Orelinda de esperanza y gozo,  
Atropellada en busca de su padre  
La corte cruza; suspirando empero  
Entre el duelo comun, entre el destrozo  
Que el bárbaro Tifon esparce fiero.  
Negros cadalsos por do quier se elevan:  
Resuena el azadon de tumba en tumba;  
Sobre el hueco la lápida retumba  
Cayendo acá y allá; de frente en frente  
La deshonra y la muerte inciertas vagan  
Y mil ilustres víctimas se tragan.  
En una mano con furor desnuda  
La espada vibra la discordia insana,  
Y la tea feroz sopla ceñuda,  
Desde las torres de Gadir ufana.



Huyendo su furor de monte en monte  
Los Heráclidas corren confundidos:  
La mayor parte por el ismo errantes,  
Vagan acá y allá despavoridos.  
Del inviolable bosque de Eritea  
Se ocultan unos en la sombra hundidos;  
Y mil y mil en multitud confusa  
Corren al Atlas, otros á Ampelusa.  
Arpando y mil del fabuloso Calpe  
Por los horrendos bosques penetrando,  
Vedados al mortal, la roca cruzan,  
Su misterioso horror atropellando.  
La feroz proscripción mil y mil otros  
Lanza por los jardines Eliseos,  
Desde Eritia hasta Calpe difundidos,  
Y hoy de los mares con furor sorbidos.  
Que antes que airado su feliz barrera  
Rompiendo con furor el Océano,  
Con el Tirreno mar se confundiera  
Dando nombre al estrecho Gaditano.  
En medio entonces de sus bravas olas

Se alzaba el ismo con que el suelo Hispano  
Naturaleza uniera al africano.  
El monte Venus de delicias lleno  
Por la Atlántica costa se estendia,  
Y su falda del férvido Oceano  
Veneraban las ondas todavía.  
Humillado besaba el mar Tirreno  
Del alto Calpe la robusta planta,  
Que sus ásperos ímpetus domando,  
Sobre su playa altivo se levanta.  
Hacia el ismo en su falda se elevaba  
Entre hermosos jardines Elisea;  
Y sobre ella entre nubes descollaba  
El sacro monte de Saturno y Rea.  
En su cresta la reina de las aves  
Sobre el rayo del sol vuela y se sienta,  
Mirando con desden bajo su planta,  
El relámpago, el trueno y la tormenta.  
Aquí contino su luciente pluma  
Con espantoso estruendo rebramando,  
(Aun cuando leve por la quieta espuma

Del manso mar tranquilo se desliza)  
Siempre el levante resilbando riza.  
Antigua selva de robustos olmos,  
Gruesas encinas y elevados cedros,  
Cuya soberbia magnitud asombra,  
Por la roca y peñascos pavorosos,  
Cubiertos de reptiles ponzoñosos,  
Difunde con horror lúgubre sombra.  
Su confuso ramage por el suelo  
La lobreguez esparce de honda cueva,  
Y el vapor denso, cual de infesta tumba  
En pestilentes hálitos se eleva.  
De parda tempestad cubre su cima:  
El trueno en torno del Peñon retumba:  
Su cumbre surca el encendido rayo,  
Que desde lejos aterrado mira  
El pueblo lleno de mortal desmayo.  
Los siglos por aquí con torvo ceño  
De destrozados árboles los ramos  
Y corpulentos troncos hacinaban,  
Que con verdor sombrío cobijaban

La cicuta, mandrágora y beleño.  
Yerbas fatales, que á coger venia  
Trémula mano de engañosa vieja  
Con hoz de cobre, desgrenaada y sucia,  
Sola, de noche, y en menguante luna,  
Junto al tronco en que el fósforo lucia,  
A su reflejo pálido arrancadas  
Y á misteriosos usos consagradas.  
En grupos por aquí piramidales  
Alzando las cabezas, y alargando  
Sulcadas lenguas entre agudos dientes,  
Gruesos troncos en roscas espirales,  
Rodeaban silbando las serpientes.  
Allí cruza el dragon: aquí la dipsa  
De acónito mortal las hojas muerde:  
Acá ruge el leon; allá la yena,  
Y las yerbas el áspid envenena.  
Jamás penetró aquí la voz humana,  
Ni de planta mortal huella profana:  
Por su copa jamás ave inocente  
Llevó sus hijos, ni tendió su vuelo.

Aquí era fama que en silencio y duelo  
Las almas de los muertos revolaban,  
Cuyo cadáver fétido insepulto  
Sobre la tierra corromper dejaban  
Las esposas y deudos: sus gemidos  
Por las hondas tinieblas resonaban,  
La luz huyendo entre el ramaje hundidos  
En tanto que de sombras por la boca  
De la caverna que á levante mira,  
Pálido enjambre penetrando, gira  
Por los inmensos antros de la roca.  
En su profundo cóncavo el averno  
La fabulosa antigüedad ponía:  
Aquí el Cocito por el ancho infierno  
Sus verdinegras aguas revolvía,  
Y la fatal estigia por quien Jove  
Solo en su indignacion jurar solía,  
Y el Olimpo, jurando, estremecía,  
Aquí su trono entre el terror y duelo  
Levantaba Pluton inexorable,  
Castigando del crimen execrable

El fatal triunfo que con torpe anhelo  
Persiguió la virtud, oprimió el suelo;  
El récio vendaval que fiero siempre  
Del soberbio peñón la cresta azota,  
Se precipita al cóncavo rugiendo,  
Por mil taladros de la cumbre rota;  
Retemblando el pastor oye de lejos  
Rugir sobre la roca la tormenta:  
El viento silbador, que en son horrendo  
Por sus cavernas lóbregas rebienta,  
Con estruendo espantoso rebramando,  
Por los oscuros antros se difunde:  
Ya á lo lejos parece se confunde;  
Ya rebotar de cerca retronando,  
Mil gritos fingen los discordes ecos  
Por las cavernas y conductos huecos.  
Aquí cual trueno sin cesar retumba:  
Allí á la vez resuenan cien ladridos:  
Acá exhalar parece sus gemidos  
La pavorosa sombra de la tumba:  
Allá resuena un grito furibundo:

Aquí apenada queja; y allí á pausas  
El lento suspirar del moribundo.  
Al ronco son de tan discordes ecos,  
Por los oscuros antros asustadas,  
De la luz y los hombres ignoradas,  
Nocturnas aves en silencio vuelan,  
Que la ignorancia espíritus fingiera  
Cuando aquí el reino de Pluton pusiera.  
Incierta senda en retorcido giro,  
De oscuridad y precipicios llena,  
Por caracoles y ásperos rodeos  
Lleva el Ocaso, y á la luz serena  
De los floridos campos Eliseos.  
Por esta puerta las felices sombras  
Salir del gozo á las mansiones gratas  
Del triste reino de Pluton, un día  
La fabulosa antigüedad fingia.  
No sin razon: en su dintel sentado,  
Por el cuadro mas bello y suntuoso  
La vista tiende el hombre enagenado.  
Desde esta roca por el ismo bello

La errante vista en soledad fijando,  
Tan grandioso espectáculo en silencio  
Contempla inmóvil el proscrito Arpando.  
Al perderse la roca en la llanura  
Entre plátanos, palmas y laureles,  
Descuellan los pintados capiteles  
De la ciudad mas bella y populosa,  
De la corte del ismo á inmensa altura.  
En sus plazas las artes y las ciencias  
Levantaban magníficos trofeos,  
Y el fausto y esplendor brilla en los campos  
Que se dijeron de Elisea, Eliseos.  
De Calpe á Venus, de Ampelusa á Tarsis  
Los bosques desde aquí se descubrian,  
Que tanto asunto de la antigua gente  
A los sublimes génios ofrecian,  
Cuando por su llanura eternamente  
Las almas justas discurrir hacian.  
Por aquí en los magníficos pensiles,  
Que el ismo todo de verdor cubrian,  
Esparcidos palacios y rediles,



Y cabañas y pueblos se veían.  
Acá entre bosques de laurel y mirto  
Ceñidas de arrayán la frente ufana,  
Se ejercitan las cándidas doncellas  
En las danzas y coros de Diana.  
Los mancebos allá de vigor llenos,  
Brotando juventud y lozanía,  
Los anchos lomos y el hijar oprimen  
Del soberbio bridon que ufanos rigen,  
Con galán gentileza y bizarría.  
Aquí un torrente de la inculta breña  
De cascada en cascada al fértil llano  
Con sonoro ruido se despeña  
En anchos golfos de cristal, de donde  
Por el prado tendiéndose tranquilo,  
Los floridos jardines fertiliza,  
Y blandamente entre el taray y el tilo,  
Entre verbena y rosas se desliza.  
Cual tersa zona de bruñida plata  
El fabuloso encantador Leteo,  
Torcido el curso en plácido rodeo,

Por el bosque de Venus se dilata,  
Por su orilla en estrecho maridage,  
Símbolo del favor, del olmo abraza  
La vid frondosa el bárbaro follage.  
La amante yedra, del laurel enlaza  
Con fuerte nudo la sagrada copa,  
Pompa y honor de triunfos y jardines,  
Que con gala gentil ciñen ufanos  
De corona inmortal blancos jazmines.  
Entre arrayanes, mirto y amaranto  
Brotan el blanco lirio y siempre-viva,  
Y confundida con el rojo acanto,  
Junto al clavel la tierna sensitiva.  
De Venus en honor por todo el bosque  
El pico de oro á cánticos suaves  
Despliegan solo las pintadas aves;  
Cuya vistosa variedad del Lete  
Puebla festiva la argentina espalda,  
Y el bosque umbroso, en que ostentando vuela  
Su variado matiz el esmeralda,  
Su rozagante airon el damisela.

De oro y de nácar la bruñida concha  
Venus ocupa, que las ondas hiende,  
Festejada de ninfas y de amores,  
Derramando placer, contento y vida,  
De ilusiones y encantos precedida,  
Coronada de rosas y de flores.  
El Génió entonces que preside al río  
De entre las ondas la cabeza alzando,  
De las hermosas Náyades festivo  
Los lazos de oro y de cristal desata,  
Diez bellas ninfas con nevada mano  
Cantando amores en alterno coro,  
De arpas y liras al compás sonoro  
El remo impelen de bruñida plata.  
Bajo un pomposo pabellon la Diosa,  
Donde en rica labor á competencia  
Ostentaban el fausto y la opulencia  
Púrpuras de Sidon, festones de oro;  
Sobre alfombras de Tiro reclinada,  
Entre jazmines, azucena y rosa  
Alza gentil la frente deliciosa,

De cupidos y gracias festejada.  
A manos llenas los pevetes sirven  
Otras diez ninfas, y en la tersa copa  
De blanco mármol sin cesar humean,  
Embalsamando la florida playa,  
Los perfumes y aromas de Pancaya.  
Reclinado el amor sobre su seno,  
Trono de la existencia, del delirio  
Y del deleite de los Dioses lleno,  
Con maligna sonrisa el arco tiende;  
Silba en los aires el arpon dorado,  
Y de la aguda punta el fuego airado  
En los mas tibios corazones prende.  
Si en el bosque las tórtolas se arrullan,  
Bajo los sauces y el jazmin florido  
Solo se escuchan plácidas querellas,  
Y el tierno suspirar desfallecido,  
Y el blando resistir de ninfas bellas.  
La fama aquí de todas las naciones  
Las apartadas gentes atraia,  
Donde ébria de placer y de ilusiones,

Al poder del encanto sus funciones  
Enagenada el alma suspendia.  
El que una vez por tan feliz ribera  
Quiso llevar la inadvertida planta,  
El que brindado en copa lisongera  
Bebió las aguas que el deleite encanta,  
Jamás la imagen grata y hechicera  
De lo mas caro que le fué otros dias  
A su turbada mente se ofreciera.  
En su memoria de existir dejaron  
Soberbias cortes, opulentos Lares,  
Hijos y esposas, leyes y costumbres,  
Religion santa y Dioses Tutelares.  
Por estas causas, á placer torcidas,  
El fabuloso griego seducido,  
Llamó estas aguas, aguas del olvido.  
Todo de Venus al imperio cede  
Por estos bosques, campo de batalla,  
Que de flores sembró naturaleza:  
Cubren la arena fuertes adalides;  
Suenan el suspiro, y en amantes lides

Triunfa el amor, y reina la belleza.  
Dejando en fin á su pesar el río  
Las floridas y mágicas mansiones,  
Donde entre flores la beldad suspira,  
Y late el corazón entre ilusiones;  
Su curso fácil hácia Calpe tuerce,  
Y deslizado por la verde falda,  
Desciende al llano entre arrayan y mirto,  
Cual serpiente de plata entre esmeralda.  
Del bosque amenizando los confines  
Discurre por aquí tranquilo y lento:  
Ya dividido riega los jazmines,  
De sus isletas plácido ornamento:  
Ya alborozado salta en los jardines,  
Donde al mortal el inmortal tesoro  
De las bellas Espérides se oculta:  
Ya por quietos remansos se dilata,  
Los verdes ramos y las pomas de oro  
Salpicando de perlas y de plata:  
Ya por la abierta horrible catarata  
De Calpe corre en el abismo á hundirse:

Desciende y ruge en la profunda tumba,  
Y el monte hueco con furor retumba.

Tan magníficos cuadros y contrastes  
Enagenado contemplaba Arpando,  
Desde la oculta puerta de la gruta:  
Tan sublimes y opuestas maravillas  
Su corazón sensible arrebatando,  
A su Autor digna adoración tributa.  
A sus espaldas la fatal montaña  
De sublime terror el pecho llena:  
Al frente mira y la feliz llanura  
Su acongojado espíritu serena.  
En dulce calma los floridos bosques,  
Que no supo imitar pincel profano,  
Atónito contempla: allá descubre  
Poniendo fin á la floresta ufana,  
Cual campos de cristal el Oceano:  
Sobre él cayendo el sol, su disco cubre  
Delgada nube de encendida grana,  
Y sobre el ancho mar, que el Euro mece,  
Se detiene al hundirse, ó lo parece.

En su transporte súbito el silencio  
Rompe exclamando así: Naturaleza,  
¡Cómo del hombre la altivez humillas!  
Tu inmensidad abisma la grandeza  
Del genio pensador: tus maravillas,  
¿A quién fué dado imaginar siquiera?  
¿Quién si no tú las inmutables leyes  
Con que los orbes y universos riges,  
Dictar pudiera? Cuando ufana brillas  
Sobre el nocturno carro que diriges  
Por el desierto, al rayo de la luna  
De magestad sublime circundada,  
El mortal, desde el bosque, reverente,  
Te aclama entre la sombra misteriosa  
De la nocturna pompa augusta Diosa.  
Si fijo el sol en su dorado trono  
Circular á sus pies los orbes mira,  
Y por su frente cual diadema bella,  
Rodar de Urano la brillante estrella;  
Si en derredor del polo el plaustro gira;  
Si la pomposa cabellera arrastran



Por el espacio inmenso los cometas;  
Si se despeña Arcturo entre planetas,  
Tú su modo de ser determinaste:  
Tú el movimiento ó la quietud dictaste:  
Tú del mar ancho en el profundo abismo  
Soplas la tempestad ó la serenas:  
Sobre la nube vuelas, y de espanto  
El universo retronando llenas.  
De destruccion imagen pavorosa,  
Horrorizas en Calpe, inculta Dea:  
Y toda tu beldad fausta y pomposa,  
Despliegas por los campos de Elisea.  
¿De dónde y cuándo tan sin par belleza  
Sacaste al existir? ¡Naturaleza!  
¿Es el decreto irrevocable acaso  
*Genio investigador, detén tu vuelo:*  
*Temerario mortal, no alces mi velo?*  
¿Cuál el origen fué de la materia?  
¿Dónde del hombre hallaste el gran modelo?  
¿Dónde de sus pasiones las semillas?  
¿Dónde de su razon las maravillas?

Del globo mismo el primitivo estado,  
¿Fué tal vez agua, ó líquido ignorado?  
¿O vapor denso, que encendido luego,  
Las diversas sustancias combinando,  
Reunir hiciera y disolver el fuego,  
Líquida pasta en combustion formando?  
¿Enfriarse despues acaso pudo  
Por cortezas ó lechos sucesivos,  
Que elevar y romper tal vez hicieron  
Del interior los fuegos expansivos?  
¡Génio sublime! Tu confuso caos  
¿Quién pudiera ordenar? ¿Será y ha sido  
De tantas cosas la existencia eterna?  
¿Por qué del sabio al generoso orgullo  
Misterioso te niegas? ¿Tus arcanos,  
De tus combinaciones el secreto,  
Jamás del hombre los esfuerzos vanos  
Arrancarte podrán? ¿Cómo creaste  
De las especies la primer semilla?  
¿Cómo la ley... ¡sublime maravilla!  
De su feliz reproduccion formaste?

¿En tan profundo abismo eternamente  
Se perderán los hombres confundidos?  
De órgano propio á tan sublime idea  
Carecerán sin duda; y sus sentidos  
A penetrar tus misteriosas obras  
Ni son bastantes, ni serán, ni han sido.  
¿Mas por qué de los mundos que creaste,  
La fatal destruccion al lado alzaste?  
¡Recuerdo de dolor! ¿Será posible  
Que tantos seres como ven mis ojos,  
Sucumbiendo á tu impulso irresistible,  
De la muerte serán tristes despojos?  
¿Que estos soberbios pueblos y jardines  
Acabarán, y acabarán con ellos  
El robusto mancebo, las doncellas,  
Que henchidas de vigor, por sus confines  
Hoy van bebiendo entre sus pomas bellas  
El aroma sutil de los jazmines?  
Pero ¡ay! qué mucho caiga la belleza,  
Cuando imperios y tronos desaparecen  
A tu impulso fatal, Naturaleza!

Ni los fuertes se libran, ni los héroes  
Que admiracion del universo fueron:  
Anteon acabó: brilló en los siglos  
Como nocturna exhalacion: cayeron  
Sus rivales tambien: Hércules mismo,  
Cual socavada roca del torrente  
Cae con estruendo en el inmenso abismo,  
Así caerá á tu brazo omnipotente.  
Nadie se salva: los sublimes Génios,  
Aquellos Génios que de tarde en tarde  
Sobre la especie inteligente elevas,  
Arrepentida de tu mismo alarde  
Pronto á tu seno por la tumba llevas.  
El primero que al mar en frágil leño  
Rompió atrevido las sonantes ondas:  
El primero que unció los tardos bueyes:  
El que inventó el compás dándote leyes,  
Cayó á tu soplo, y fué, cual si no fuera.  
Pero ¿qué mucho si el celeste Génio  
Arrastraste en el polvo con la lira,  
Que arrancando los hombres á las selvas

Los reunió en sociedad y les dió leyes  
Orden y libertad aunque sin reyes?  
Si los genios del canto, aquellos Genios,  
Que todo tu poder reuniendo un día,  
Sobre un gérmen feliz desarrollaste,  
Y en su labio el encanto y la armonía  
Con magnífica pompa derramaste;  
Los que tus glorias y esplendor hicieron,  
Y las delicias de los hombres fueron,  
¿Hundiste en el no ser? ¡Naturaleza!  
Tu mano ha impreso en la existencia toda  
*Muerte y reproduccion*: este es tu lema,  
Tú misma acaso de esta ley terrible  
Exenta no estarás: tal vez un día  
Llegará en que tú misma toda entera,  
De tantas leyes rota la armonía,  
Sobre tí misma con espanto horrendo  
Te desplomes feroz, globos y globos  
Tu inmensurable ruina confundiendo.  
Tu nuevo ser desarrollando entonces,  
Gérmenes nuevos, bajo formas nuevas

Brotarán, de otro modo combinados  
Los elementos que en tu ruina llevas.  
Y entonces, ¿qué serás? ¿Del caos inmenso  
Lanzaráse la luz? El ancho espacio  
De nuevos mundos poblarás y estrellas,  
Y si hay especies, ¿lo serán mas bellas?  
¡Genio de la creacion! ¿Tu augusto templo  
Dónde se eleva? Vírgenes del Tajo,  
Y tú entre todas la de negros ojos,  
De blanco pecho y encendido lábio,  
Portelina sin par! traedme aromas,  
Purpúreas flores, y fragantes gomaz;  
Que en todas partes le descubre el sábio:  
Do quier le adora el corazon sincero;  
Su templo es todo el universo entero.

## CANTO VI.

La escuadra en tanto plácida surcaba  
Del ancho mar las ondas bonancibles,  
Y las pomposas velas desplegaba  
Al soplo de los vientos apacibles.  
Alcides en silencio meditaba  
De la gloriosa empresa el riesgo grave,  
Y con la mano en el timon, la nave  
Observando los astros gobernaba.  
Un sordo ruido semejante en tanto  
Al de lejana tempestad que crece,  
Por el fondo del mar rodar parece.  
Como del Etna en los ardientes antros

Se anuncia por los cóncavos rugiendo  
La espantosa erupcion, que rebramando,  
Los montes del contorno estremeciendo,  
Rompe, y al cielo por el ancho cráter  
De humo y de fuego lanza altas columnas,  
Y de encendida lava y de peñascos  
Enormes masas que en la cima quedan,  
O por las faldas conmovidas ruedan,  
Y pálido el pastor aunque de lejos  
Las mira y tiembla, y huye á la cabaña;  
Así de aguas y espuma alta montaña  
En derredor las olas sacudiendo,  
A lo lejos alzándose revienta,  
Y de su centro con horrible estruendo  
Rebramando se empina alta tormenta.  
De oscura nube en derredor cercada,  
Por su frente las olas caen rodando,  
Por su frente del brillo coronada  
Del relámpago oscuro: horrendo mónstruo  
De informe inmensidad, cual alto monte  
Sobre montes y montes elevado,



Y por torrentes rápidos surcado,  
A lo lejos parece entre la nube,  
Al horrible través de su negrura,  
Se divisa aun mas negra al rayo escaso,  
Su inmensa boca, cual en noche oscura,  
Denso barron de nubes al Ocaso,  
Nubes son, si respira, sus alientos,  
Sus soplos son embrayecidos vientos,  
Sus ojos, cual dos soles eclipsados,  
El rayo lanzan de su rabia lleno,  
Y en su boca retumba el ronco trueno,  
Sus anchos brazos sobre el agua abriendo,  
Tiende de polo á polo, enormes ondas,  
Por las opuestas playas revolviendo,  
Naves, rocas y pueblos destruyendo,  
Ya á la escuadra se lanza embrayecida,  
Hierva la arena; ya de nube en nube,  
Las naves saltan; sobre montes de olas,  
Las blancas velas que destroza el rayo,  
A la luz del relámpago aparecen,  
Ya en el fondo del mar desaparecen.

Crece la oscuridad; el ancho ponto  
Recubre en derredor medrosa noche:  
Sucede el rayo al rayo; el polo truena;  
Brama el abismo; el áfrico violento  
Olas sobre olas empinando ruge,  
Rompe los cables y la nave cruge.  
Al crugido los bravos adalides  
Por la primera vez empalidecen;  
El remo helados sueltan los remeros:  
La voz entonces levantando Alcides,  
Aspera y ronca, grita: Compañeros,  
¿Qué es de vuestro valor, de vuestra audacia?  
¿No sois vosotros los que tantas veces  
Los peligros serenos provocásteis,  
Y con la muerte impávidos luchásteis?  
¿Pues por qué temblar hoy? Cuando la nave  
A tan deshecha tempestad sucumba,  
¿A qué el pavor? ¿Qué va de tumba á tumba?  
Al remo y al timon. En esto, ronco  
Bramar se escucha entre la negra nube,  
Que rápido se acerca: cuando airado

Enorme grupo de revueltas ondas  
Embiste, y rompe el mísero costado  
Del esquife que Dáclito regia,  
El arrogante Dáclito que en medio  
De la espantosa tempestad reía.  
Suenan un alto clamor; hondo silencio  
De repente sucede: la onda entera  
Se precipita por la abierta boca,  
Que un vasto lago resonando traga,  
Circula en torno y el bajel naufraga.  
De olas y nubes recio torbellino,  
Ancha bomba, ¡qué horror! cual alta torre,  
Cual soberbio huracán en remolino,  
Las turbias ondas retorciendo corre  
Sobre la espuma, que sorbiendo eleva  
Mas allá de las nubes y los rayos,  
Y á estraños mares las arenas lleva.  
El hórrido sifon rápido absorbe  
Del heróico Hipodar la fuerte nave:  
Cual soberbio huracán ligera rama  
Con furor sobre sí la envuelve y tuerce,

Los tablones fortísimos retuerce,  
Y en círculo espiral hecha pedazos  
Entre las focas por la manga sube,  
Hasta perderse entre la parda nube.  
Malhadado Hipodar, tu desventura  
Lamentarán del Alva las riberas,  
Y tus himnos cantando en la llanura,  
Te invocarán las razas venideras.

Las demás naves por las bravas ondas  
Acá y allá dispersas fluctuando,  
A la luz del relámpago rabioso,  
Se divisaban con pavor gritando.  
Roto el timon, de la del fuerte Alcides  
Resilbando una ráfaga destroza  
Las anchas velas, que la mar barrian:  
Los pinos quebrantándose crugian  
A los golpes de mar, cuando elevada  
Por cima de las nubes rebramando  
Una ola inmensa el buque levantaba,  
Con la esplosion del rayo reventando.  
Del mar abierto al espantoso abismo,

Cual á hondo valle de empinada roca  
Lanzada flecha, el barco se desboca,  
Y entre la arena se sepulta él mismo.

Batió la muerte las alegres palmas:  
¡Honor eterno á las heróicas almas!

Mas de repente la perdida nave,  
Que en la arena enclavó la onda violenta,  
Arranca con furor y alza á las nubes

Otra mas récia, brava y turbulenta;  
¡Oportuno furor que aterra y salva!

Desde la inmensa elevacion Alcides  
Observa ya una ráfaga brillante;

Cual de la aurora un rayo rutilante  
Entre la densa niebla á la mañana.

Un relámpago rojo al mismo tiempo  
Entre los rotos cables serpentea,

Y del último trueno el estallido  
Sobre la popa de la nave ondea.

Ya la calma se anuncia: el alto ruido  
Se oye lejano ya: al noto violento

Sucedo el sople del favonio lento:

Se abre la nube, y ¡rara maravilla!  
Sobre ella un carro en esplendor bañado,  
Por deliciosos céfiros tirado,  
De oro y de nácar fulgurando brilla.  
En forma humana celestial doncella,  
De inocente candor la sien ornada  
Y de brillantes plumas coronada,  
Sobre él con pompa y magestad descuella.  
De ancha lazada que en el hombro prende  
De toda una deidad alto tesoro,  
La rica aljaba y el carcax suspende,  
Brillando sobre el pecho el cinto de oro.  
De finísima piel corto vestido,  
Que enriquecen magníficos adornos,  
Suspende al talle reluciente hebilla,  
Ocultando los mórbidos contornos  
De la breve cintura á la rodilla,  
Y del alto coturno ancha lazada  
Sube á ceñir la blanca pantorrilla.  
Tuviéranla las hijas de Nereo  
Por la deidad del ponto soberana;

Y en los collados persiguiendo al ciervo  
Las Ninfas de las selvas por Diana.  
Su voz celeste resonó en el viento;  
Calma las ondas, y parando al buque,  
A Hércules dice con sonoro acento:  
Ilustre campeón, fuerte guerrero,  
Del pueblo Númen tutelar y escudo,  
Recibe el voto de mi fé sincero:  
Hércules, sé feliz: yo te saludo.  
Yo la Atlántida soy; sobre mi cuello  
Llevé el yugo opresor de cien tiranos,  
Regando con mi sangre las cadenas  
De horrenda esclavitud, de llanto llenas.  
Mas tu brazo potente aunque de lejos,  
Destrozó los odiosos eslabones;  
Ví la luz; la adoré; y á sus reflejos  
Gritaron libertad mis campeones,  
Y los tronos se hundieron con espanto.  
Libre cual fuera, soy; pero entre tanto  
Sucumbe Iberia; ¡fué la patria, Alcides!  
El puñal de Tifon se hundió en el pecho;

Se hundió en el corazón del grande Osiris, Y  
Y Osiris fué: los códigos cayeron:  
Sus nobles defensores sucumbieron  
Por las calles Tifon desenfrenado  
La corrompida plebe abanderiza;  
El Cielo invoca, y la terrible tea  
Del esterminio sacudiendo atiza.  
Vuelve, torna á Gadir: salva la Patria,  
Arranca de su cuello la cadena;  
De Iberia cierra la profunda herida,  
Que la venganza atroz rabiosa encona;  
Vuelve, vuelve á Gadir; triunfa y perdona.  
Dijo; y torciendo al Occidente el carro,  
Rápido gira, y en instantes breves,  
Tocando apenas en las ondas leves,  
Se aleja y pierde entre la blanca espuma.  
Reunir procura las dispersas naves  
Hércules vuelto en sí de la sorpresa,  
Y ya frustrada la arrogante empresa,  
Aunque dar fé á lo que escuchó rehúsa,  
A reparar la maltratada escuadra



El rumbo tuerce al puerto de Ampelusa.

De Osiris lamentando el triste caso,

Y del atroz Tifon la alévosía,

Tocó por fin la suspirada playa,

Que la tormenta aproximado había.

Cerca de ella en el suelo Transfretano,

En arrogancia, pompa y gallardía,

Donde hoy es Tánger, descollaba un día

La capital del bravo Mauritano.

El rey Atlante desde aquí en su imperio

La paz y la abundancia difundía,

Y las leyes y fueros sancionaba,

Que la esperiencia y la razón dictaba.

Del aura en parte popular gozando,

Su diestra mano liberal tendía

Sobre las frentes que la ley nivela:

Cuando la fama que de noche y día

En nube de oro por el éter vuela,

Llevando de los ínclitos varones

El renombre inmortal á las regiones

Del ocaso, del polo y de la aurora;

Que á las estrellas el valor levanta,  
Y la heróica virtud con voz sonora  
A las Deidades del Olimpo canta;  
En torno del dosel giró volando,  
La llegada de Alcides anunciando.  
Al fatal nuncio, el cauteloso Atlante,  
De Molcan la esperiencia consultando,  
Le llama al punto, su inquietud mostrando  
Trémulo el labio, pálido el semblante,  
¡Molcan! ¡Molcan! esclama vacilante,  
La diadema en su frente acomodando:  
De esa sagaz política el misterio,  
El doble rumbo, la dudosa marcha,  
Que del ser y el no ser el sello lleva,  
Los Dioses ponen á terrible prueba.  
Hércules hoy del puerto de Ampelusa  
Acaba de saltar en las arenas,  
Y mis playas de aprestos militares  
Están, y de armas y de gentes llenas.  
La corte toda de Gadir sin duda  
De mi amistad concebirá recelo,

Y de la estatua del misterio muda  
Rasgará este incidente el denso velo,  
Con que cubrió mi mano una alianza  
Que preparando al pueblo la cadena,  
De mis proyectos el objeto llena,  
Y de ambos tronos fija la esperanza.  
Acaso Alcides por el mar sabiendo  
Del triste Osiris el fatal destino,  
Veloz el rumbo hácia Gadir torciendo,  
Bien como el rayo por el aire ardiendo  
Del monte brilla sobre el alto pino,  
Así caerá sobre Tifon rugiendo,  
Las playas de Tartesia estremeciendo.  
Yo en lazo estrecho á Gerion ligado,  
De ambos tronos la causa hiciera mia;  
Pero de Alcides y del pueblo osado  
Mal reprimir podrá la simpatia,  
Sin tantos riesgos como canas peina,  
Quien para el pueblo, por el pueblo reina.  
Molcan turbado, del anciano Atlante  
Silencioso escuchaba las razones,

Cuando en su fuerte espíritu, cual rayo  
De la nube entre el seno turbulento,  
Una chispa brilló, y de las pasiones  
Desvanecido el vértigo violento,  
Responde así del susto recobrado,  
En voz sereno, en rostro sosegado.

Del retorno, Señor, del grande Alcides  
Disimular la gravedad no intento:  
Este accidente sorprendernos pudo,  
Mas no abatir nuestro arrogante aliento.  
El rayo brilla mas entre las nubes,  
Y el genio entre los riesgos y embarazos:  
A nuevas situaciones, nuevos lazos.  
Respetar y eludir con artificio  
El voto de los pueblos procuremos,  
Y el ídolo arruinar, si alzar osado  
El trono á todo su esplendor queremos:  
Que el éxito los medios califica,  
Y el triunfo las maldades justifica.  
De Alcides yo suspenderé los pasos,  
Y los transportes de su justa ira:

Daré á Tifon avisos y esperanzas:  
Y la guerra civil y las venganzas  
Llevaré hasta los muros de Gadir:  
Su pompa y su poder arruinaremos  
Y su fiera altivez humillaremos.

Ispal y Alcides por la costa en tanto  
Reparando las naves discurrían,  
Cuando entre el polvo en grupo acelerado,  
Los Turdetanos que á este suelo habían  
De su patria las iras arrojado,  
Hacia las naves de tropel venían;  
Y al divisar al Genio, al Dios de Iberia,  
En altos vivas de placer rompían.  
Calpe entre todos, ídolo de Libia,  
De elevada estraccion, de Avila amante,  
Saluda á Alcides, y á ofrecerle grato  
La amistad viene de su deudo Atlanteo.  
Siguiendo de Molcán las instrucciones,  
Cuyo secreto espíritu ignoraba,  
A su lado quedó tendiendo el lazo  
Que su pecho leal no recelaba.

Tambien con otros el anciano Arpando  
Llegó á abrazar al héroe generoso,  
Con mil demostraciones de alegría,  
Y á un tiempo Alcides, de saber ansioso,  
Por todo á todos preguntar queria.

Arpando entonces respondió: pluguiera  
Al justo Cielo que jamás mi boca  
Para suceso tan fatal se abriera,  
Ni que en mi labio resonar se oyera  
De Gerion la escandalosa historia.  
A su golpe feroz se hundió la Patria,  
Entre las ruinas de su inmensa gloria.  
Yo apenas nada ví: en tranquilo lecho,  
De mi tierna Orelinda acariciado,  
Me ocupó el sueño, de la paz velado,  
Y de tanta traicion ageno el pecho:  
Cuando el rumor y sorda gritería,  
Que los recintos de Gadir llenaban,  
Retumbó en mis salones con los golpes  
Que los quicios de bronce quebrantaban.  
Del lecho salto; mis turbadas manos

La espada tientan, cuando escucho apenas  
Mueran los pueblos: vivan los tiranos;  
Mueran los libres: vivan las cadenas.  
Mis domésticos huyen; yo á Orelinda  
Oculto en el jardin, y por las tapias  
Salto á escusada calle: de los gritos  
Los clamores y horrenda vocería,  
Que las medrosas sombras agitaban,  
Solo el lejano estruendo percibia.  
Mas de la noche y confusión valido  
Por las calles corrí precipitado,  
Cuando por todas partes, asustado,  
Ví el vulgo criminal enfurecido.  
Todo al torrente de su rabia cede:  
Yo de un tropel furioso perseguido,  
De antiguo templo en las medrosas ruinas  
Mi terror sepulté: llanto, gemido,  
Vivas de execración, mueras atroces,  
Gritos horribles, estruendoso ruido  
De armas, grupos, tropel, ayes y voces  
Tan solo hiere mi turbado oído.

¡Qué agitación! las sombras y agonía que en  
De la muerte me cercan: de salvarme  
Solo un medio restaba todavía.  
Le emprendo; y en efecto, atropellado  
Un grupo horrible de asesinos pasaron  
Proclamando la muerte furibundo:  
Pasa, y le sigo, y grito, y aterrado  
De las nocturnas sombras amparado,  
Entre la fiera turba me confundo.  
Alcides, ¡cuánto horror! de los patricios  
Las ilustres cabezas semi-vivas  
Acá y allá cayendo ensangrentadas,  
Ruedan á nuestras plantas convulsivas.  
Por las calles, los patios y palacios  
Corren de sangre ilustre anchos torrentes,  
Y el agudo clamor sobre el estruendo  
Se eleva de las bandas delincuentes.  
De destrozo en destrozo así corriendo,  
Del Oriente llegó á las altas puertas  
El malvado tropel, que al paso abiertas  
Anchas copas de vino repartiendo



Los soldados ocupan y las gentes,  
En tanto que los brindis delincuentes  
Ellos repiten, me deslizo osado,  
Y al campo en libertad vuelo exhalado.  
Corrí toda la noche; y á la aurora  
Sin fuerzas ya, me oculto fatigado  
En el antiguo bosque, que sombrea  
El venerando templo de Eritea.  
Aquí sumido en hondo abatimiento,  
Y agitado de horrendas reflexiones  
Permanecí gran rato: las traiciones  
Meditando del hombre; el fin sangriento  
De la flor de los libres allí veo;  
Y cómo el vil, el bárbaro Tifeo  
La cabeza de Osiris en la pica  
Sobre el pueblo elevando por trofeo,  
La plebe audaz feroz desencadena,  
Que superando su infernal deseo,  
De horror y muertes á Gadir llena.  
No fué ilusion: á su terrible golpe  
Cayó la Patria; su senado augusto

En hondos calabozos la cadena  
De esclavitud arrastra: en torno suena  
El grito aterrador: delante el susto,  
Marcha en silencio de la audaz cuadrilla  
Que Tifon agitándola acaudilla.  
Sobre la infausta tumba de los libres  
El trono del terror alza el tirano:  
Todo es perdido; libertad y Patria  
Fueron; y solo de su pompa y gloria  
Vaga ya por el siglo el nombre vano,  
La leve sombra, la fugaz memoria.  
En este tiempo multitud de Iberos  
Por el bosque se fueron acercando,  
Que su destino bárbaro llorando  
Abrazaban sus tristes compañeros.  
Reunidos ya en gran número partimos,  
Y por la ardiente arena tingitana  
Nuestro trémulo paso dirigimos.  
Yo de Atlante en la fé no bien creído  
Corrí á los bosques de la inculta rea;  
Y atravesando al rayo de la luna

Los deliciosos campos de Elisea,  
Penetré por las lúgubres moradas,  
De la planta del hombre antes no holladas.  
De una gruta las fieras arrojando,  
Me entré medroso por el seno oscuro;  
Que redobló el pesar desde él mirando  
De la esclava Gadir el triste muro.  
Así sumido en la tristeza y duelo  
Miré diez soles, cuando al fin mis penas  
Calmar le plugo al irritado Cielo.  
Cedió el enojo, y Gerion entonces  
O inocente creyéndome ó preciso,  
A su lado fatal llamarme quiso,  
Y á su lado corrí: cuando Tifeo  
Tal vez así alejarme procurando,  
Inventó una mision cerca de Atlante,  
Su importancia á mi celo confiando.  
Calló; y Alcides con despecho y furia  
El silencio rompió: Bravos guerreros,  
Venerables ancianos, que hoy unidos  
En mi presencia, con glorioso orgullo

Mostrais al mundo el funeral trofeo  
Del bando del error que aquí os estrecha,  
La imagen de la Patria aunque deshecha,  
Ya entre vosotros elevarse veo.  
La lanza del honor envilecida  
En la sangre del pérfido bañemos,  
Y de la Patria la mortal herida  
Con delicioso bálsamo cerremos.  
Nuestras fuerzas unamos, y de Iberia  
Por la ciudad, las torres y los techos,  
Nuestro pendon tremole, y nuestra mano  
Con la espada el terror clave en los pechos  
Del esclavo servil y del tirano.  
Al hondo calabozo descendamos,  
Do sepultados tantos libres gimen:  
Sus pesadas cerrajas descorramos:  
Las cadenas horrisonas rompamos,  
Que hoy su heróica cerviz crugiendo oprimen.  
En las ruinas de Iberia sepultemos  
Los autores de tanta desventura:  
Tras los dias de luto y amargura

Los de gloria y honor brillar haremos.  
Marchemos y vencamos; pero el modo  
De dirigir la empresa consultemos:  
No se diga jamás que Hércules solo  
Al peligro lanzó tantos varones,  
Tantos hombres ilustres: por lo mismo  
Vuestros votos oír, vuestras razones,  
Antes quisiera de pasar el ismo.  
Con torvos ojos y ceñudo aspecto  
Fóscar entonces se adelanta; Fóscar  
De las huestes terror, rayo de muerte  
En el combate; al acercarse cruge  
Su luciente armadura; bronco y fuerte  
Cual de fiero leon que herido ruge,  
Precedido de un vivo movimiento,  
Así en la playa resonó su acento.  
Mi voto siempre de sangrienta guerra  
Será, y desolacion: arda la tierra  
En fuego de esterminio; la venganza  
Del péfido en la sangre ponzoñosa  
Audaz retaña su funesta lanza.

El trono del terror á nuestras manos  
Con estrépito caiga; y confundidos  
Caigan con él esclavos y tiranos.  
Lancémonos sobre ellos; y esta raza  
De iniquidad y maldición hundamos  
En los profundos senos de la tierra,  
Do su execrable crimen confundamos.  
Lancémonos sobre ellos: de la guerra  
Antes que sientan el terrible amago,  
Caigan llorando el espantoso estrago.  
    Calló; y sereno Calpe el arrogante  
El ímpetu de Fóscar disculpando,  
Así habló, su opinion desaprobando,  
De Avila el jóven malogrado amante.  
Testigos sois, ilustres campeones,  
Del amor y la fé que os he jurado;  
Y con cuánto placer en vuestra herida  
El bálsamo mas puro he derramado.  
Hácia vosotros, hácia vuestra causa  
Me arrastró una secreta simpatía;  
Y aunque del Atlas habitante sea,

Vuestra causa es comun, y es tambien mia,  
La decision de Fóscar, la osadia  
Que en su arrogante corazon campea,  
Arrebata, electriza, eleva el alma,  
Mas no del triunfo afianzará la palma  
Bravos los libres son; pero son pocos;  
Y si vuestra altivez, si el noble orgullo  
Que vuestro pecho inflama no temiera,  
Invocar el poder del grande Atlante  
Seria mi opinion, mi voto fuera.  
De sus tostadas huestes solo el ruido,  
Solo la fama, el eco de su gloria,  
Sin combatir nos diera la victoria,  
Y un pueblo grande en sangre no teñido,  
Yo mismo el pecho inclinaré de Atlante,  
Que al grito popular prestará oido;  
Contad con toda Libia: el habitante  
Del desierto arenal, el cortesano,  
El sencillo pastor, el ciudadano,  
Todos conmigo volarán al triunfo,  
Y además de lo noble de la empresa,

Prendas serán de tantas esperanzas,  
Nuestro origen común, nuestras costumbres,  
Nuestros antiguos pactos y alianzas.

Aquí llegaba cuando el grave Arpando  
Símbolo del consejo, de su frente  
Las venerables canas apartando,  
Se levanta y habló de entrambos votos,  
Parte aprobando y parte reprobando.

Jamás sobre el collado el cedro altivo  
Cayendo con estrépito rodara,  
Si un oculto poder no preparara  
En la nube del rayo el fuego activo,  
Ni destrozada su soberbia frente  
El viejo torreón se desplomara,  
Si sus hondos cimientos lentamente  
La mano de los siglos no minara.  
El arrojo tal vez dá un día de gloria;  
Pero no siempre es suya la victoria.  
La senda de los triunfos despejemos,  
Y después con valor acometamos,  
Y no á un golpe en que todos sucumbamos.



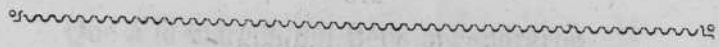
La suerte de la Patria aventuremos,  
Mas tampoco el influjo y poderío  
De ageno brazo mendigar debemos,  
Que nos dará la ley cuando triunfemos:  
Si tenemos prudencia, sobra brío.  
Reine en la Libia Atlante, el pueblo en Tarsis:  
¿Ni quién creerá en el ósculo del hombre  
Que libertad y Patria proclamando,  
Se hizo elevar al trono, y hoy perjuro  
Va libertad y Patria encadenando,  
El sacro pacto popular rasgando?  
Socolor de calmar agitaciones,  
Tal vez soñadas, se erigió en tirano:  
¡Pension humana! Por el suelo en vano  
El hombre buscará, ni la paz alma,  
Ni fé en el trono, ni en el pueblo calma.  
Entre el comun transporte y los delirios  
Del sin mancilla popular trofeo,  
Al alto sólío se elevó de Anteo,  
El héroe libre, el célebre gigante:  
Pero es monarca ya, ya no es Atlante.

Nosotros, si queremos, nos bastamos:  
Pues queramos: valor sobre la tierra  
Nadie cual yo detesta los horrores,  
Los funestos horrores de la guerra  
Yo desde aquí su furibunda diestra  
Con susto miro, y tiemblo, y aún temblando  
Hoy con despecho á mi pesar la invoco  
Mas dirijamos su terrible brazo  
Con sagaz artificio y con prudencia;  
Y no el arrojó y loca inadvertencia  
Oponga á nuestro fin, nuevo embarazo  
Ninguno ignora las solemnes fiestas  
Que en sacro honor de Venus Eritea  
Celebra el ismo, do las gentes cunden  
Y los inmensos pueblos se confunden  
De Gadir, de Tartesia y Elisea.  
Tambien sabeis que nadie de este dia,  
Sin incurrir en el celeste enojo,  
Puede turbar la pompa y alegría,  
Con el mas leve criminal arrojó.  
Nuestros hijos, hermanos, compañeros

Todos aquí se reunirán sin duda,  
Y nosotros también, nobles Iberos,  
Pues que el sagrado rito nos escuda,  
Tranquilos y seguros ir podemos,  
Y con ellos el plan combinaremos.  
De nuestro bando entonces el estado,  
Las armas y el poder mejor sabremos,  
Y del pueblo el espíritu agitado,  
Desde allí acaso conmovemos,  
La dilación obstáculos ofrece:  
Al peligro Tifón apercebido,  
Hallaremos tal vez, mas sus hileras  
Correrán á abrazar nuestro partido:  
Ceda el arrojo, escuche la impaciencia,  
La saludable voz de la prudencia.

Dijo; y Alcides aplaudiendo el voto,  
Así prorumpió: Venerable anciano,  
Siempre de tu razón y tu prudencia,  
De tu saber, cordura y esperiencia  
El consejo mejor no esperé en vano.  
Conforme con tus dignas opiniones

Me arrojare á la lucha sin recelo,  
Destrozando los hierros con que el Cielo  
Oprimió la cerviz de cien naciones.  
Imprimiéndose en toda la existencia,  
El Genio liberal, de polo á polo  
La vida soplará con faz serena,  
Como la luz que el Universo llena.  
Con prudencia el ardor, el ciego arrojo  
Refrenando del jóven arrogante,  
De Tifon romperé el soberbio muro,  
Sin invocar el brazo del perjuro,  
Del héroe popular, del rey Atlante.  
Y aunque estime en tan poco su alianza,  
No será el despreciarla el voto mio:  
Aceptemos el don sin confianza,  
Mas no le repelamos con desvío.  
No son los reyes, no, mis adalides:  
Yo mismo, siendo rey, no fuera Alcides.



## CANTO VII.

**E**ntre tanto del suelo tartesiano  
 Toda la juventud se disponia,  
 Y á las célebres fiestas de Eritea,  
 De fausto llena y esplendor corria.  
 Fuertes mancebos el ardor brotando,  
 Que su arrogante corazon inflama,  
 El fuego, altivos, del bridon domando,  
 Que del rayo del sol arde en la llama,  
 Junto á las tiernas cándidas doncellas,  
 Van bebiendo el suspiro de sus bellas.  
 Por los caminos la inocente vírgen,  
 Orgullo del amor y la belleza,

Alegre su pudor lleva al suplicio,  
Cual víctima florida al sacrificio.  
Ya del amor al eco misterioso  
Que allá en silencio el corazón devora,  
Ya de los ojos que el hechizo inflama  
A la mirada tierna y seductora,  
Se enciende el rostro de la intacta vírgen,  
Cual al rayo del sol el de la aurora.  
Rodeada de encantos Orelinda,  
Honor de la belleza turdetana,  
Viene alzando gentil la frente hermosa  
En medio de cien vírgenes ufana.  
En su labio encendido arde la rosa,  
Y el tímido pudor en su megilla;  
El aura apenas de su pecho toca  
Los blancos senos con que amor provoca;  
Como fresca azucena el cuello brilla,  
Y en los hechizos de su breve boca  
Las bellas alas suspirando agita  
Mágico augurio que el deleite irrita.  
Del magnífico carro ocho bridones,

Que á la márgen del Betis engendraron  
En la raza del sol los aquilones,  
Blancos y bellos como sus espumas,  
Cual él pomposos, cual su curso leves,  
Y como el sol ardiente que respiran,  
Prontos, gallardos y fogosos tiran.  
El fugitivo Orfan corrió á su encuentro,  
Y al mirarle Orelinda enagenada,  
Del carro salta y en sus brazos cae,  
Al mas tierno deliquio abandonada.  
Evitando el bullicio recelosos  
Los jardines y el templo atrás dejaron,  
Y del concurso, que no buscan, lejos,  
Junto á un álamo antiguo reposaron.  
El estrépito y ruido de las gentes,  
Su confusa y lejana gritería  
Que desde aquí perciben todavía,  
Renovaban las penas inclementes  
Que la Patria en sus pechos escondia:  
Y reavivando la no estinta llama,  
Así Orelinda suspirando esclama:

¡Almas felices! disfrutad ahora  
De las delicias, que en mejores días  
Gocé también, cuando las sienes mías,  
Halagó la inocencia seductora.  
¡Almas felices, de cuidado agenas!  
Disfrutad en buen hora del contento,  
Que mañana tal vez fiero tormento  
Clavará en vuestro pecho agudas penas.  
También disfruté yo; también mi frente  
Aduló la fortuna seductora;  
Y hoy de la Patria la feroz serpiente  
Mi destrozado corazón devora.  
Gozad vosotras, ya que á vuestro oído  
Ni de la Patria las congojas llegan,  
Ni vuestro seno indiferente riegan  
Las lágrimas de un pueblo destruido.  
Gozad, ínterin yo la dura pena  
De la perdida libertad llorando,  
Su sombra abrazo, y su fatal cadena  
Con lágrimas de sangre voy regando.  
Ojalá nunca bárbaro conturbe



El genio del error vuestros amores:  
Ni la paz alma en vuestro pecho turbe  
La serpiente enroscada entre las flores.  
Descargue solo sobre mi cabeza  
El Cielo su rigor y sus enojos;  
Mas al cerrarse, vuelvan tu riqueza,  
Tu lustre, tu esplendor y tu grandeza,  
Iberia, á ver mis moribundos ojos.  
Torne, torne á sus plácidos hogares  
El sábio anciano, el jóven belicoso;  
El tierno padre y el llorado esposo  
Abracen juntos sus ansiados Lares.  
Quiera el Cielo una vez... Quiera Orelinda,  
Repone Orfan de enojo arrebatado:  
Quiera el Cielo á ese pueblo detestable,  
Pueblo de maldicion, pueblo execrable,  
Que yo le mire de la mar tragado:  
Entre la turbia arena revolcado:  
Y con rayos de fuego inestinguible,  
Por escollos y rocas enclavado:  
Donde siempre la mar brava y terrible

Sople el espanto lejos; y el rugido  
A las naves anuncie en son horrible,  
Donde fué Iberia, donde Iberia ha sido;  
Donde fué el pueblo vil, donde existieron  
Los enormes malvados que en su Patria  
El agudo puñal con saña hundieron:  
Donde el piloto con helada mano,  
De pánico terror sobrecogida,  
A su tripulacion muestre afligida  
Donde fué de Gadir el pueblo ufano:  
Donde Tartesia fué: donde los fuertes  
Su independecia y fueros conquistaron,  
Y los laureles de Anteon hollaron!...  
¡Crudo pesar! ¡Será que en mi memoria  
Redoblando mis fieras agonías,  
Patria infeliz, de tu esplendor y gloria  
Vagaran siempre los brillantes días!  
Pueblo bárbaro, injusto, fementido,  
Que tú mismo en tu ruina te complaces;  
Que feroz gala de tu crimen haces,  
Pronto á la destruccion, tardo al gemido;

Que la virtud detestas, que te guía  
Por la senda del bien que no conoces;  
Tú, que el mérito, ingrato, desconoces,  
Y persigues con bárbara osadía...  
Pero tu ceguedad inculpo en vano;  
No es tuya, no, la culpa; oscuro velo  
Tiende á tus ojos cautelosa mano;  
Y siglos de ignorancia á nuestro suelo  
Pérfida trajo: larga, silenciosa,  
Y oscura noche á los brillantes días  
De honor y gloria sucedió ominosa;  
Y acabaron los héroes: y acabaron:  
Y acabaron por siempre: sí, acabaron,  
Y no serán ya mas: fué la gran raza,  
La raza de los fuertes; de los bravos;  
De los que el grito dieron *no haya esclavos.*  
Fueron: y hoy ¡oh baldon! sus tumbas huella  
Una generacion envilecida,  
Una generacion contaminada,  
Una generacion prostituida.  
El crimen, el orgullo, el egoismo

Triunfan de la virtud y el patriotismo.  
¡Siglo de execracion! ¡Prole ominosa,  
Escándalo del mundo!... Orfan querido,  
Dijo Orelinda su dolor calmando:  
Por un momento demos al olvido  
La comun afliccion: tal vez la aurora  
Próxima está, que el duelo disipando,  
Brille en Iberia, su esplendor vengando,  
De nuestra Patria el Númen ofendido:  
Pero entre tanto inútil es la queja;  
Y si te place hácia el jardin marchemos,  
Que entre el bullicio y fiesta de las gentes  
Nuestras agudas penas templaremos.

¿Qué dices, Orelinda? Orfan al llanto  
De la Patria insensible, ¿á los placeres  
Entregarse una vez? En vano quieres  
Dulcificar mi bárbaro quebranto.  
En medio de estas músicas, festines,  
Danzas y juegos, el feroz crugido  
De los hierros, el ronco rechinido  
De las ferradas puertas y cerrojos,

Provocando mi furia y mis enojos,  
Resuenan solo en mi agitado oído.  
¿Yo en públicos festejos entre tanto  
Que Iberia yace, que la Patria espira?  
¿Cuando en torno de mí el acervo llanto  
Del libre corre, que vertió la ira?  
¿Podrá serena mi ceñuda frente,  
Mezclarse así en la pública alegría,  
De rosas y azucenas torpemente  
Coronadas sus sienes, estas sienes  
Que tú ceñiste de laurel un día,  
Cuando del Tajo, vencedor de Anteo,  
Lleno de triunfos á Gadir volvía,  
Y por su plaza el inmortal trofeo  
De la sagrada libertad tendía?  
Eso, Orelinda, no: podrá decirse  
Que Orfan es temerario: que al destino  
Quiere dar leyes: que al furor divino  
Osa atreverse: que delira y sueña:  
Pero no se dirá que la rodilla  
No doblada jamás, puso en el suelo;

Que su altiva cerviz el miedo humilla,  
Ni que su frente desdeñosa y tórrida  
Débil al yugo humillador encorva.  
Un rayo de esperanza aun le sostiene,  
Y si este se eclipsára, todavía  
En su mano el puñal agudo tiene.  
Pero aun existe Alcides; su osadía,  
Su nombre solo triunfará del mundo  
Y tal vez no está lejos este día.  
Rumor oculto su llegada anuncia  
A la opulenta corte tingitana.  
Tu padre Arpando, y los demás que el grito  
Glorioso dieron, del sagrado rito  
Aquí escudados se unirán mañana;  
De todo entonces la verdad sabremos,  
Y cierto siendo el favorable nuncio  
Desde aquí á la venganza volaremos.  
El rayo en tanto que al salir lanzaba  
La reina de la noche silenciosa,  
Del bosque entre la sombra misteriosa,  
De Ore linda la frente iluminaba.

Mírala Orfan, y al verla tan hermosa,  
Cayendo al rayo que su pecho inflama  
A sus pies, adorándola la aclama  
Virgen del bosque, de las selvas Diosa.

En esto ya por la colina umbrosa  
Las doradas antorchas relucian,  
Que de los altos árboles pendian,  
En lazos de arrayan, de mirto y rosa.  
Aquí á las mesas que el placer alzaba  
Entre yedra, laureles y jazmines,  
Ya la festiva juventud corria,  
Que esparcida en los bosques y jardines  
Rosas y flores al pasar cogia,  
Que á las bellas guirnaldas enlazaba,  
O por las anchas mesas derramaba.  
Con larga mano el gusto y la opulencia  
Esquisitos manjares disponian,  
Que adornados de flores cien mancebos  
Y cien cándidas vírgenes servian.  
Unas danzando de la mesa en torno  
Coronadas de rosas se adelantan;

Y del banquete la ilusion colmando  
De Venus otras las victorias cantan.  
La danza Baco con el tirso entre ellas  
Coronado de pámpanos guiaba;  
Y dejando la copa que á su lábio  
El puro néctar de los dioses liba,  
La juventud la mesa abandonaba,  
Corriendo al grito bacanal festiva,  
Cada mancebo la beldad que adora  
En delirante confusion buscaba,  
Y con su bella por el ancho prado  
Besando el labio que de amor suspira,  
La planta juvenil danzando gira.  
    Ya las nocturnas sombras disipando  
Lució por fin la suspirada aurora,  
Y lanzando en el mar luna y estrellas  
El sol las cumbres de los montes dora.  
Por el templo, los bosques y jardines  
Las festivas canciones resonaron;  
Y la lira, suspensa en los jazmines,  
Revolando los céfiros pulsaron.



De la deidad de Venus Eritea  
Mil himnos en honor á un tiempo entonan,  
En tanto que sus sienes las doncellas,  
Con la guirnalda virginal coronan.

Pues rito antiguo de estos pueblos era  
Que la vírgen nubil, la alta primicia  
De sus amores, la primer delicia,  
En estas aras á ofrecer viniera.  
No bien de rosas coronó su frente  
Del tercer lustro la invisible mano,  
Y al amor que la espera ya impaciente  
Su forma celestial presenta ufano;  
Cuando la jóven cuyo ardiente pecho  
Lleno de amor la pubertad inflama,  
Paga á la especie el natural derecho,  
Que de su adulta perfeccion reclama.

En esto ya por las soberbias torres  
Las flámulas purpúreas tremolaban,  
Y á ver la angusta ceremonia al templo  
Las gentes todas de tropel volaban.  
De arrayanes, de mirtos y laureles,

Coronados de yedra y de jazmines,  
Larga, florida y espaciosa calle  
Desde el templo conduce á los jardines;  
Y con la flor nupcial aun en la mano,  
La ocupaban las fúlgidas doncellas,  
Cual rayo puro de la aurora bellas,  
Sublime don del cielo soberano.  
De instrumentos sin fin al son festivo  
Al templo marchan en alegre coro,  
Refractando del sol el rayo vivo  
Sobre la blanca toca el arpon de oro.  
Los pueblos todos á los dos costados  
Su belleza suspensos admiraban,  
Y por los altos árboles trepaban,  
Entre yedra y jazmines enredados.  
Así de Venus por el templo entraban,  
Donde inflamado en la sagrada pira  
Arde el incienso y los aromas siempre.  
En sus perfumes la deidad se inspira;  
Desciende al pecho, y del amor herido  
El mas helado corazon suspira.

Por las paredes cuelgan los trofeos  
Que no ven los amantes: allá Jove,  
El dios del trueno, el lanzador del rayo,  
En blanco cisne convertido queda  
Entre tus brazos, deliciosa Leda.  
Acá volando por la nube y viendo  
De la alta torre el inmortal tesoro,  
Sobre Dánae descende en lluvia de oro,  
Suspensa sobre el Latmio aquí la luna  
Viendo en la yerba á su pastor dormido,  
Baja á gozarse en su Endimion querido:  
En cada cuadro muestra con grandeza  
Su celestial delirio la belleza.  
Todas hermosas son: pero ninguna  
Cual la imágen de Venus que en el centro  
Del edificio augusto se elevaba  
En su carroza de oro, mas hermosa  
Que el mismo amor, que á su cintura airosa  
Con las gracias jugando revolaba.  
Hermoso grupo de nevados cisnes  
De la dorada pértiga tiraba:

Y otro mayor de cándidas palomas  
En derredor besándose volaba.  
Sobre las gradas de bruñido mármol  
En derredor los símbolos se elevan  
De su inmenso poder, de los trofeos  
Que tantos siglos por el mundo llevan.  
Aquí de amor al invisible soplo  
El planeta se enciende y centellea;  
El manto azul sobre ella desplegando  
Gime Urano á las plantas de Titea.  
Allí el fiero leon, depuesto el ceño,  
Acaricia rugiendo á su leona:  
La noche halaga en su regazo al sueño,  
Y el carro de Faeton rueda en la zona.  
Acá devuelve á su consorte el beso,  
Del arroyuelo al plácido murmullo,  
Sobre el taray la tórtola inocente;  
Y en su actitud parece que se siente,  
Parece que se escucha el blando arrullo.  
Acá la sien de mirto coronada  
La lira pulsa el sin ventura Orfeo:

Y con el hilo mágico en la mano  
Burla de Minos el furor Teseo.  
Junto á la humilde esteva y el cayado  
Se vé de Apolo la sagrada mitra;  
El triunfante laurel del Macedonio,  
Y el dorado compás del Babilonio.  
Sin cesar á la diestra arde la pira,  
Que los aromas por el templo lleva;  
Y á la siniestra con brillante pompa  
De las ofrendas el altar se eleva.  
Arde el incienso el aire embalsamando;  
Y en derredor de la Deidad que invocan,  
El himno sacro á Venus entonando  
Bellas sacerdotisas se colocan.  
Alzan su voz á un tiempo las doncellas;  
Y de los himnos el compás sonoro,  
Danzando ponen en brillante coro,  
Sobre las aras las guirnaldas bellas.  
La flor nupcial la gran sacerdotisa  
Las va enlazando, y con festiva mano  
En las sienes del jóven la coloca,

Que con su bella se retira ufano.  
Así la augusta ceremonia acaba,  
Y el himno á Venus plácida entonando  
La inmensa multitud se retiraba  
A los públicos juegos convidando,  
Que á cada cual su inclinacion llevaba.  
Mas el solemne rito prescribia  
A la beldad nubil otros festines,  
Y así sus votos á llenar corria,  
La juventud festiva á los jardines.

En medio de estos pomeral frondoso  
Al aire tiende su pomposa rama,  
Que nunca agita el Aquilon furioso,  
Ni de los Austros la encendida llama.  
Del raudal solo al plácido gemido  
Responde el aura desde el sauce umbroso;  
Y entre las hojas del jazmin florido  
Blando se mece el céfiro amoroso.  
Aquí contino las pintadas aves  
Sus deliciosos cánticos modulan,  
Entre el verde follage que matizan

El nevado azahar, las pomas de oro,  
Que dulcemente repitiendo adulan  
Tus blandas quejas, ruiseñor canoro,  
De los profanos ojos retirada  
Una gran plaza en su florido centro  
El bosque forma, de arrayan cercada.  
Sobre grupos simbólicos al medio  
La bella fuente del amor se eleva,  
Cuyas mágicas aguas á un gran lago  
De siemprevivas coronado lleva.  
Aquí era fama que la Diosa un día  
De las gracias ceñida y halagada,  
Y de ninfas y amores festejada,  
Sus placeres y danzas presidía:  
O bien sus formas celestiales dando  
Desnuda al lago en calorosa siesta,  
Sus misteriosos himnos van cantando  
Las ninfas y el amor por la floresta.  
En tanto que ella sobre el agua alzando  
La blanca frente entre los rizos de oro,  
Y de espumas y perlas salpicando

De su guirnalda las fragantes flores,  
Gozar se deja de aguas y de amores,  
Su delicioso origen renovando,  
Cual fresca rosa entre ligera niebla,  
Así á la flor del agua aparecía;  
O bien cual vírgen que á furtivo amante  
En argentino lecho reclinada,  
Muestra desnuda el trasparente velo;  
O cual á estrella rutilante el Cielo,  
De humanos y de Dioses codiciada  
Marte su ceño al verla deponia,  
Y del Olimpo descendiendo entonces  
En el lago, galan, la sorprendia.  
Aquí despues de la sagrada fiesta,  
Las doncellas y jóvenes venian,  
En danza alegre y delirante gozo:  
Aquí las aguas á placer bebian,  
Que de la fuente del amor corrian,  
Con ellas crece el celestial martirio  
En que sus pechos túrgidos ardian;  
Y en fin, cediendo al seductor delirio,



Por el frondoso bosque se perdian:  
Venus cual nunca en delicioso alarde  
De toda su deidad el bosque llena,  
Esparciendo por él toda la tarde  
Junto al celeste don la blanda pena:  
De hoja en hoja los céfiros volando  
Repiten los halagos seductores,  
El gemido anheloso, el beso blando,  
Y el suspiro de amor sobre las flores  
Entre las ramas al volar las aves  
Las pomas de los árboles mecian,  
Y en armónicos trinos aplaudian  
De amor el triunfo en cánticos suaves:  
Por todas partes apacible el aura  
Gozosa imprime el sello de la vida;  
Las flores sopla, y el fecundo pólen  
La tierra deja del amor henchida.  
En tanto que en el bosque y la llanura  
La placentera juventud reia,  
Y la artera Deidad de la hermosura  
La dulce copa del placer vertia;

Al punto señalado el grande Alcides,  
Riecar, Calpe y Orfan se aproximaron,  
Fóscar, Arpando, Ispal y otros varones  
Que del consejo dignos se juzgaron.  
Y así Alcides: ¡Ilustres campeones!  
Airado esclama: intrépidos guerreros,  
Venerables ancianos, compañeros  
De mis pasados triunfos, de mis glorias,  
Vosotros que las bárbaras legiones  
Del ilustre Anteon postrar supisteis,  
Y arrancando el laurel de las victorias  
De las manos de todas las naciones,  
Terror de tronos, y de pueblos fuisteis;  
¿Qué es de vosotros hoy? ¿No sois los mismos  
Que los cien brazos y las cien cadenas  
Del gigante de Europa destrozásteis,  
Tal vez por vuestro mal? ¿Y de esas venas  
La sangre no salió con que comprásteis  
La libertad de Gerion, la infanda  
Libertad y poder de destrozarnos,  
La infanda libertad de esclavizaros?

Los mismos sois: aun hoy por vuestros pechos  
Circula un rayo de la escelsa gloria  
Que ciñó vuestra sien: si á la victoria  
Osásteis arrollar; si los derechos  
Que debiérais mirar indiferentes,  
Como al ingrato que se goza en ellos,  
Os arrojásteis á vengar valientes;  
¿Qué debereis hacer hoy que la Patria,  
Hoy que la Patria vuestro brazo invoca?  
¿Hoy que en vosotros toda su esperanza  
Fija la libertad, y á la venganza  
Desde la tumba pálida os provoca?  
Venguémosla valientes, recobrando  
Nuestros perdidos fueros y derechos;  
Venguémosla valientes, coronando  
Con este todos nuestros grandes hechos,  
Pero sepamos antes del contrario  
El espíritu, fuerzas y recursos,  
Y así mejor deliberar podremos,  
Lo que emprender y ejecutar debemos.  
Con semblante, aunque torvo, satisfecho,

Así contesta Orfan: marchar derecho  
Solo resta á Gadir; ¿quién teme á un pueblo  
Donde solo hay esclavos y tiranos?  
¿Donde á las gradas del soberbio trono  
Envilecidas las humildes manos  
Ofrecen sin honor inciensos vanos?  
¿Se puede suponer en tales pechos  
El amor de la gloria, el heroismo,  
Que las virtudes cívicas inspiran?  
¿Cuando hollados sus fueros y derechos  
A la sombra del fiero despotismo  
Solo á la usurpacion y al mando aspiran?  
El pueblo sin embargo bajamente  
Sufrió pasivo tantas opresiones;  
Mas ya palpa su error: compara y siente  
Lo que es, y lo que fué: y lo que hoy pudiera  
Ser, si sus fueros conservado hubiera.  
La distancia conoce que separa  
Al esclavo del hombre: se vió libre,  
Vió sus derechos, los gustó y contento  
A su placer en ellos se gozara;

Pero los vió desaparecer cual viento;  
Y su lugar para mayor tormento  
Ocupar el deber, obligaciones,  
El terror, el insulto, el sufrimiento.  
La baja adulacion, la sorda intriga,  
El ócio muelle, la lisonja vana,  
Los festines, la crápula villana  
El trono infesta y sin pudor fatiga.  
Bajo el régio dosel floridos lechos  
El deleite furtivo alza de rosas,  
Y so el manto real latén los pechos  
De las incautas vírgenes y esposas.  
Entre tanto que el pueblo á la cadena  
De esclavitud y de ignominia atado,  
Fueros, riqueza, honor con fiera pena  
Se deja arrebatár amedrentado;  
Mas de romper tan áspera coyunda  
La ocasion solo espera denodado.  
Esta un gobierno inepto os facilita,  
Que en el solo terror duerme apoyado,  
Cuando á todas las clases del estado

Esta marcha feroz mueve y agita.  
El bando inútil de Tifon tan solo  
Sabe exhortar; mas huye los combates:  
Triunfareis sin llegar, y la victoria  
Vuestra sien digna ceñirá de gloria.  
Riecar entonces la terrible lanza  
En la mano apretando: compañeros,  
Corred, grita, conmigo á la venganza.  
Mañana mismo en Tarsis entraremos:  
Aun antes que el rumor, precipitados  
De Gadir por las puertas penetremos;  
Y entre el fuego y la sangre confundido,  
De Tifon caiga el bando aborrecido.  
Serenos entonces el anciano Arpaudo  
Así de Riecar, contradice el voto.  
No el lazo fiero del inícuo bando  
Debemos ya considerar tan roto,  
Que, si bien débil, grave resistencia,  
Avisado del público alboroto,  
No pudiera oponer á esta violencia:  
Y vuestra suerte inevitable entonces

Fuera sin duda, en vez de la victoria  
Ante sus muros perecer sin gloria.  
Tímido siempre, siempre cauteloso,  
De su debilidad siente el vacío;  
Y no pudiendo hacerse amar impío,  
Se hace temer y respetar medroso.  
Es verdad que el terror y la violencia  
Que sobre el pueblo Gerion ejerce,  
Es la prueba mayor de su impotencia;  
Porque aunque á veces es seguro medio  
De tenerle so el yugo y dependencia,  
Tambien es cierto que la atroz medida  
De conducta tan bárbara y violenta,  
Solo del pueblo aumentará el despecho.  
Y ¡ay si ruge el leon; ay si revienta  
El volcan que oprimido arde en el pecho!  
Mas de una vez á su esplosion los tronos  
Con espantoso estrépito se hundieron;  
Y los reyes sus ojos, aunque tarde,  
Volver al pueblo á su pesar quisieron.  
Mas de un monarca atroz y aborrecido

Un grito de venganza ha destronado;  
Y de la cima del poder lanzado  
Bajó á la tumba entre el insulto y befa,  
De maldicion y crímenes cargado.  
Mas de este grito al eco todavía  
No esperéis que responda el pueblo Ibero:  
Tifon comprime su carácter fiero:  
El terror encadena su osadía:  
Quiso ser libre y grande, y lo fué un día;  
Pero bárbaramente atraicionado,  
Tiembla á la vista del cadalso, siempre  
Ante sus ojos para el libre alzado.  
¿Quién además ignora el grande influjo  
Del Druida feroz sobre la plebe?  
¿Podremos olvidar aquella noche,  
En que la Patria y libertad perdimos,  
Y entre sus ruinas sepultar nos vimos?  
¿No le visteis volar á todas partes  
Impeliendo del vulgo delincuente  
Las fieras oleadas, proclamando  
La muerte y destruccion del inocente,



El tumulto escitar á la matanza,  
Y al que no osaba herir, amenazando  
Con la ira del Cielo y la venganza?  
¿No visteis á sus gritos agitarse  
El populacho vil, atropellarse,  
Y encendiendo del rudo fanatismo  
Por todas partes la sangrienta tea,  
Matar y destruir á sus hermanos  
En nombre de los Dioses y del Cielo,  
Y gritar llenos de rabioso celo,  
Mueran los pueblos, vivan los tiranos?  
Pues el error existe todavía:  
Y aunque yacer parece el fanatismo,  
Al grito del Druida, del abismo  
Arrancado alzará la frente impía,  
Por estas y otras causas mi consejo  
Será ante todo preparar la mina;  
Reunir los buenos que por todas partes  
La discordia civil hoy disemina.  
Los bravos gefes que en la corte existen,  
Hoy casi todos son nuestros hermanos:

Ellos sus votos unirán al nuestro,  
Pues cual nosotros odian los tiranos.  
Pongámonos de acuerdo; el día fijemos,  
Y en toda Iberia el grito á un tiempo alcemos.

Ispal, Orfan y varios capitanes  
En pró y en contra del proyecto hablaron:  
Por mas seguro algunos le siguieron;  
Otros su solidez desatendieron,  
Y el riesgo y lentitud desaprobaron.  
Hércules que el silencio aun no habia roto,  
Sus razones atento meditando,  
Los varios pareceres refutando,  
Espresó al fin su decisivo voto.

Por cualquier parte, ilustres campeones,  
Peligros y hondos precipicios veo:  
Vuestro valor las pérfidas intrigas  
Jamás consulta del feroz Tifeo;  
Que cuando mas acaso nos parece  
Que su bárbaro diente el ócio enerva,  
Tal vez entonces con mas saña muerde,  
Cual áspid ponzoñoso entre la yerba.

Hipócrita profundo por sistema  
¿Quién se fiará de su exterior malvado?  
¿Quién de los triunfos en la senda misma,  
Sabrá evitar el lazo preparado?  
Ya sabeis que el temor no es quien me guía  
A inventar artes ni trazar ardides;  
Jamás al disimulo acudiria,  
Si fuera solo á combatir Alcides:  
Pero me es tan preciosa vuestra vida,  
La sangre de los libres me es tan cara,  
Que de luto mi pecho llenaria,  
Si una gota sin fruto derramara.  
Vuestro bien, vuestra gloria consultando,  
Su atencion, su poder dividiria;  
El grito lejos de la corte alzara,  
Y en tanto que su ejército corria  
A combatir allá, yo penetrara  
Hasta Gadir, y de Tifon triunfara.  
Consultad; elegid; si sois prudentes,  
Si este voto aprobais, mañana mismo  
De Turdetania á diferentes puntos,

Los gefes que elijais partirán juntos.  
Dijo; y Orfan que en todas ocasiones  
Siempre el peligro atropelló el primero,  
Esperto capitan, bravo guerrero,  
Yo, grita, marcharé: los batallones  
Que de Isbilia coronan las murallas,  
Recuerdan confundidos todavía  
Los gloriosos encuentros, las batallas  
En que mi lanza les sirvió de guia;  
Los inmensos laureles de los triunfos  
Que con ellos partí; desconocida  
La voz que los llevaba á los combates  
No les es todavía: á la presencia  
De su gefe, su amigo y compañero  
Recordarán sus lauros y victorias,  
Y volarán conmigo deseos  
De nuevos triunfos y de nuevas glorias.  
Por la márgen del Betis y del Tirio  
El pendon liberal arbolaremos:  
Abriranos Gadir sus anchas puertas,  
Y el cetro del gigante romperemos.

## CANTO VIII.

Concertado ya el plan, cada guerrero  
Al señalado punto se retira,  
En sus ojos ardiendo el patrio fuego,  
Y en su arrogante corazon la ira.  
El bravo Calpe con el fuerte Alcides  
A disponer la espedicion volvia,  
Y el pendon liberal de Transfetania  
Por las regiones fértiles tendia.  
Llegado en tanto el suspirado dia,  
Que esperaba impaciente Tordetania,  
Alcides á la aurora disponia,  
El suelo abandonar de Mauritania.

Era la noche: con callada planta  
A la sombra naciente de la luna,  
Arrogante mancebo de alta cuna,  
Del palacio á las puertas se adelanta.  
De la luz ocultándose impaciente,  
A los balcones recatado mira,  
Y en los oscuros patios penetrando,  
De columna en columna á tientas gira.  
Y era el gallardo Calpe; que esperando  
Partir á Iberia al despuntar el día,  
De Avila ¡ay triste! por la vez postrera  
A beber una lágrima venia.  
De arcos en arcos la agitada planta  
Mueve en silencio, cuando cerca escucha  
Ligero ruido, y el torcer suave  
De oculta puerta cuidadosa llave.  
Es Avila, ella es; de Libia toda  
Gloria y admiracion, del mundo encanto,  
Que cual nube de nieve en Cielo oscuro,  
Entre la sombra agita al aire puro,  
Las blancas tocas y el flotante manto.

Estremecida al verle retrocede,  
Y vuelta á Calpe en convulsion le abraza:  
Amor enciende el rostro soberano,  
Palpita el corazon, tiembla la mano,  
Por la escalera del jardin la jóven  
Al ángulo le lleva mas lejano;  
Donde entre el ruido de sonoras fuentes  
Sus bellos ojos desatando al llanto,  
Abandonada á su feroz quebranto,  
Así prorumpe al son de las corrientes:  
¡Con que es cierto, por fin!.. ¡Con que me dejas!  
Con que te irás y acaso hoy para siempre,  
Para siempre, ¡ay de mí! ¿De mí te alejas?  
¡Hombre bárbaro, infiel!.. Idolo mio,  
De mis acervas ánsias, de mis quejas,  
Compadece el terrible desvarío:  
No te apartes de mí, Calpe, á mi lado  
Mis ojos siempre sin cesar te miren;  
Y tu beso y tu aliento embalsamado,  
Mis labios siempre á su placer respiren.  
En calurosa tarde estos jardines,

Desplegando á tus pies su verde alfombra,  
Del laurel beberemos á la sombra  
Del aura el blando beso entre jazmines.  
Juntos aquí de noche escucharemos  
Del ruiseñor las plácidas querellas,  
O el deliquio de amor apuraremos  
Al rayo de la luna y las estrellas.  
Aquí del sol... Suspende, Avila mia,  
Suspende por piedad tu acervo llanto:  
Bástame de la ausencia á mí el quebranto;  
Compadece de Calpe la agonía.  
Al hombre compadece que te adora;  
Al hombre de quien eres el delirio,  
El universo, el Dios... ¡ay! Avila ignora  
Toda la intensidad de mi martirio.  
Pero imprudente ardor un voto infausto,  
Aunque de gloria y de heroísmo lleno,  
A mi labio arrancó, y en su holocausto  
Hasta las heces hoy bebe el veneno.  
Yo era el mortal feliz: yo de la Libia  
Era la envidia porque tú me amabas.



Tú de los hombres codiciada tanto,  
Tú de mis penas delicioso encanto!  
Pero es fuerza partir: el grito agudo  
De la ultrajada humanidad me llama.  
De tan florido lazo el nudo estrecho  
Hoy con mano feroz rompe el destino,  
Y la ausencia encendió en mi triste pecho  
Todos los rayos del furor divino.  
Pero es fuerza partir: aun en mi oído  
El ronco grito de los pueblos suena,  
Y de Iberia el crugir de la cadena.  
Romperla prometí: contento el voto  
Hércules aceptó; partiré luego;  
Hincha mis venas un raudal de fuego.  
¿Qué pronuncias? ¡qué horror! ¡desventuradál  
Corre, pérfido: vuela, ingrato amante,  
Deja el cinto de amor; ciñe la espada;  
Lleva desnudo el pecho de diamante:  
Déjame á mí llorar abandonada  
La perfidia, cruel, de un inconstante:  
Gózate tú en el eco de la trompa;

Yo en el gemido que los aires rompa.  
Corre á esparcir las ruinas y el estrago  
Y los desastres todos de la guerra;  
En ceño cambia el beso y el halago,  
Y espanta los amores de la tierra.  
Mas no, pérfido, no; entre los horrores  
De la guerra feroz en que te cebas,  
Cederás en Gadir á otros amores  
De Avila el corazon, ¡ay! que te llevas.  
¡Ah! Calpe, no: perdona tanto agravio:  
El crimen y el perjurio en tiempo alguno  
Supo á tu corazon, manchó tu lábio;  
Y tú mil veces te juraste mio,  
Y llevaste tu amor al desvarío.  
Pero si me amas, Calpe, si á tus ojos  
Es Avila lo que era todavía,  
Cede á mi ruego, enfrena tus arrojios,  
Mira abierta á tus pies la tumba fria..  
Me estremece esta idea; terror violento  
Sacude y bate mi existencia débil,  
Y en mi pecho fatal presentimiento..

¡Presentimiento!.. ¡Ah! no; realidad fuera  
Lo que ficciones del soñar creyera.  
Escucha y tiembla: Anoche en blando lecho,  
De tu resolución ya temerosa,  
Inquieta me agitaba, y de mi pecho  
Exhalaba el dolor triste y medrosa.  
De tan violenta lucha fatigada,  
Cedí rendida al apacible sueño:  
Pero la acción burlando del beleño  
El alma de tormentos agitada,  
Por las regiones de la fantasía,  
El ala leve en libertad tendía.  
Soñé, ¡ay de mí! que en calurosa tarde  
Hacia el jardín bajé de los cipreses:  
Mi solitaria planta por la sombra  
Del fúnebre recinto misterioso  
Tímida lleva el paso silencioso,  
De moradas violetas por la alfombra,  
Con placer melancólico y sombrío,  
De la naciente luna á la luz tibia,  
Llego á la tumba de mi madre Libia,

Y el rostro inclino sobre el mármol frío.  
Gran rato así permanecí llarosa,  
Su ternura y afectos recordando,  
Y al retirarme de azulados lirios  
Iba á regar la tumba suspirando;  
Cuando miré, ¡qué horror! temblar la losa;  
El hueco retumbar y quebrantado  
Lejos saltar el mármol destrozado:  
Y elevarse del fondo alta matrona  
De pálido vapor, bien como nube,  
Que en tarde oscura al horizonte sube,  
Y un rayo opaco de esplendor corona.  
En su abatida frente la honda pena  
Del corazón mostraba, y escaparse  
De sus ojos, que el duelo oscurecía,  
Una lágrima ardiente parecía.  
Soñé que Calpe arrebatado entonces,  
Al dar yo un grito á mi favor corría.  
Habla: yo tiemblo; y en confusos ecos  
Cual los que vuelve al valle honda caverna,  
En mí la vista tristemente fija,

Prorumpe así: ¡desventurada hija!  
La hoja funesta del fatal destino  
De abrirse acaba: fueron tus amores:  
El rayo brilla del furor divino:  
Tiembra, vírgen del ismo, á sus horrores.

Dijo; y se hundió en la tumba en son horrendo  
Furiosas llamaradas despidiendo.

Mas pronto el fuego en proceloso lago  
De turbias aguas convertido veo,  
Y flotando sobre ellas un cadáver  
De mancebo gentil divisar creo.  
Y era en efecto: el lago embravecido  
Le arroja luego á la medrosa márgen;  
Cuando conozco, ¡ay Dios! tu faz sombría,  
Que el soplo de la muerte oscurecía.

Grito y del lago á arrebatarte vuelo;  
Mas caigo yo tambien, y entre las ondas  
Iba á espirar, cuando me hallé en el lecho.  
La sangre helada en mi oprimido pecho.

Desde entonces las sombras de la muerte  
Mi acongojado corazon devoran:

Aunque sin fruto desde entonces lloran  
Mis tristes ojos tu azarosa suerte.  
¡Calpe! ¡Calpe infeliz, Calpe inocente!  
¡Ingrato amante, jóven imprudente!  
Contra tu vida el Cielo se conjura:  
De Atlante teme el lazo delincuente,  
Y del diestro Molcan la fé perjura:  
Tu genio popular, tu nombre y gloria  
Hincha su corazon de negro celo:  
¡Ay! lo sé Calpe, y alejarte ha sido  
Y hacerte perecer todo su anhelo;  
Tu ruina decidieron ocultando  
Su malvada intencion con torpe velo,  
Calpe, tu perdicion.—Virgen del ismo,  
De Libia orgullo, de la tierra encanto,  
Tus tormentos exaltan mi heroismo:  
Avila, me envanece hasta ese llanto.  
Por él te juro que si Calpe solo  
Debió á tu corazon pruebas tan fieles,  
Solo Calpe tambien sabrá del triunfo  
Ofrecer á tus plantas los laureles.

Por ellos voy: desecha los temores,  
Crédula vírgen, que inocente lloras.  
Mas ya un rayo de luz anuncia el día:  
Separarnos es fuerza: ¡Avila mia!...

Dijo; y se arroja á su oprimido seno,  
Y dándola un abrazo ¡ay! el postrero  
Se desprende veloz, parte el guerrero.

En esto ya la formidable lanza  
El negro escudo con furor batía,  
Y el son terrible de la corte toda  
El silencioso sueño sacudia.  
De carros, de armas, de hombres y caballos  
El estruendo marcial las plazas llena,  
La puerta Ibera que se dijo entonces  
Se abre y el grito belicoso suena.  
Viendo salir los fuertes adalides,  
La corte toda coronaba el muro:  
Desde la puerta los despide Atlante  
Con fé mentida y corazon perjuro.  
Parte la hueste: Alcides va delante,  
El grande Alcides cuya sien triunfante

De álamo ciñe el inmortal trofeo,  
La clava al hombro, y del leon nemeo  
Anudada la piel á la garganta.

Sobre la torre del jardin la infanta  
Cual la Ninfa del Eter se veia:  
Del sol herida al luminoso rayo  
Trasparente celage parecia.

De sus rasgados ojos el desmayo  
La lánguida mirada embellecia;  
La vista siempre en los guerreros fija

Va de Calpe siguiendo el paso leve,  
Bañado el labio que la muerte bebe  
Y el seno virginal de acervo lloro.

Ya es el último otero: el dolor crece:  
Ya se oculta el carcax, ya el casco de oro,  
Ya el azulado airon desaparece.

La vista entonces levantando al cielo,  
Torciendo al pecho las dolientes manos,  
Mudamente en su acervo desconsuelo  
Se ve invocar los Dioses soberanos.  
Suspiro ardiente del dolor lanzado



De la garganta desatando el nudo,  
Volvió el latido al corazón pasmado,  
Y llevó el primer ¡ay! al labio mudo.  
Bajando entonces la llorosa frente,  
Por todas partes anhelosa mira:  
Buscando á Calpe los errantes ojos  
Por los tendidos horizontes gira.  
El sacro templo de Saturno y Rea  
Descubre en uno allá: tiembla, suspira;  
Por la vida de Calpe el voto suena,  
Y veloz parte de esperanza llena  
A quemar los aromas en su pira.  
En tanto Alcides de su hueste al frente  
Se alejaba veloz de Transfetania,  
Y junto al ismo aunque de lejos, todos  
Saludaban la rica Turdetania.  
Era la tarde: el Eter nebuloso  
Pesadamente el mundo comprimía,  
Y los rayos del sol oscurecía  
El sulfúreo vapor caliginoso.  
De cuándo en cuándo al soplo del levante

Abrasadoras ráfagas corrian:  
• Los huracanes silban, y en el bosque  
Los pinos desgarrándose crugian,  
De las plantas y flores el esmalte  
Y el lozano verdor desaparecian:  
De sus torcidos ramos al chasquido  
Vuela á bandadas la nocturna turba  
En silencio del buho, en el silencio  
Que el fiero aspecto del terror inspira:  
El caballo veloz, torpe, abatido,  
Parece solo que pavor respira.  
A tanta agitacion, profunda calma  
De repente sucede: el sol envuelto  
De vapor denso en sulfurosa nube,  
Por la cargada atmósfera sombría  
Pálido y lento sin lucir caía.  
Al entrar por el ismo los guerreros  
Llegó la noche de presagios llena,  
Y Alcides de sus bravos compañeros  
Por aquí el corto campamento ordena.  
Las armas junto al árbol fatigados

Arrojan unos: otros de las ramas  
Cuelgan el arco, y por la yerba todos  
Se van tendiendo de distintos modos.  
Hércules solo, á cuya planta nunca  
Oprimió del cansancio la cadena,  
La empresa y sus efectos meditando  
Sin advertirlo se alejó, del bosque  
Por las espesas sombras penetrando.  
La densa oscuridad y hondo silencio  
Arrebató su ardiente fantasía,  
Y del dichoso porvenir del mundo  
En las altas regiones se perdía:  
Destrozadas del hombre las cadenas,  
Ilustrados los pueblos ya creía:  
De artes y ciencias las naciones llenas,  
Ricas y florecientes ya veía,  
Y el mundo todo una mansion de dioses  
Al través de los siglos parecía.  
La misteriosa sombra de la noche  
Que el débil rayo de la luna hería;  
El ala leve de las blandas auras

Que en torno ardiendo de su sien batía,  
El silencio del bosque por sus nervios  
Desarrollando el mágico fluido,  
Soplo de un Dios, que á la existencia unido  
La eleva al Cielo, y en estrecho enlace  
A hombres y Dioses semejantes hace,  
En su transporte esclama conmovido:  
Rayo de la existencia, alma del mundo,  
Eter incomprendible, ¿será el día  
En que la ciencia que los Génios guía,  
De tus arcanos por el mar profundo  
Audaz penetre, tus misterios rompa,  
Y apoderada de tu ser fecundo,  
De tu inmenso poder y rica pompa  
Los cante el hombre con gloriosa trompa?  
Llegará, sí: la mente fascinada  
De tantas luces en el golfo hundida,  
Comprenderá cuanto eres confundida,  
Invocará tu soplo enagenada,  
Y en el trasporte de su triunfo erguida  
De region en region, de zona en zona

Alzará el himno que á la ciencia entona.  
Abierto entonces de la esfera el seno,  
Patente al Génio su poder divino,  
Su negro libro romperá el destino,  
Lucirá el sol en el cénit sereno.

De su mundo ideal por las regiones  
Así el gran Génio en libertad vagaba,  
Gozándose en las bellas ilusiones  
A que ya formas y existencia daba;  
Cuando allá sobre pinos y palmeras  
Medrosa sombra al Cielo levantada  
Ceñida de ciprés y adormideras,  
Cual tempestad con formas de gigante,  
O entre la niebla de lejano monte  
Descarnado peñasco, ve delante.  
Al son del trueno, al relucir del rayo  
La boca abrirse hasta las fauces mira,  
Que cual caverna donde gime el viento,  
Con agudo quejar, así suspira,  
Y así prorumpe con medroso acento.  
Hércules, huye: tus inmensas glorias

De los Dioses la cólera irritaron:  
Tu ruina con estruendo decretaron:  
Los cielos á su voz se estremecieron:  
Los volcanes rugiendo se inflamaron:  
Ante tus plantas el sepulcro abrieron,  
Y en él celosos de su honor te hundieron.

La tierra te es infiel, hijo de Osiris:  
De estos floridos campos la belleza  
Envolverá en tu ruina, y á mí mismo:  
Ya el rayo brilla sobre tu cabeza.  
Huye: tiembla: obedece al Dios del ismo.

Molcan en tanto, pérfido aliado,  
Con arrugada frente y torvo ceño  
Fija la vista en Hércules tenia,  
Y de su noble espíritu ya dueño  
Sus altos pensamientos prevenia,  
Los planes dirigiendo y concertando,  
Y á Gerion de todo aviso dando.  
A la primera nueva consternado  
Gerion sobre el trono se estremece:  
Gadir alzó la frente alborozado,

Y Tifon junto al ara desfallece:  
Pero no bien del susto recobrado  
Del templo en el vestíbulo aparece,  
Cuando con ronca voz al Cielo invoca,  
Y hasta las sombras del Erebo evoca.  
En derredor se agrupan y se agitan  
En medio de una plebe bulliciosa  
Los sacerdotes, que venganza gritan,  
Y en derredor la turba sediciosa  
Por las calles, corriendo, amedrentadas  
Del régio alcázar coronó las gradas.  
El grito de Tifon bien como el trueno  
Resonó á un mismo tiempo en toda Iberia,  
Y en toda Iberia á un tiempo se levanta  
Entre el estruendo de armas y de guerra  
El grito libertad: tembló la tierra:  
Palpitó de placer la vírgen santa  
A quien el Iber dió cuna altanera,  
Y el Tajo sacudió su cerviz fiera.  
Mientras así por toda Setubalia  
Las madres gimen y las armas suenan,

Allá los vientos sobre el ismo silban,  
Los mares braman, y las nubes truenan:  
De luto el Cielo y el mortal cubria  
La parda noche con medroso ceño:  
El alto estruendo, del anciano Atlante  
Que en blando lecho á la sazón dormia,  
Vino á turbar el apacible sueño,  
Y al clamor que en el Eter se perdia  
Del lecho que cual ondase mecia,  
Un violento vaiven le arrojó al suelo;  
Que tambien escaparse parecia  
De su planta medrosa: truena el cielo:  
Las gentes huyen: los palacios arden:  
Los edificios caen: los templos crugén,  
Y por el bosque los leones rugen,  
Avila en tanto de la santa Real  
Por el sagrado bosque penetraba,  
Que el alto templó en derredor sombrea,  
Y á los misterios magestad prestaba,  
En el dintel la planta titubea,  
Que un temor religioso encadenaba.



Dentro del pecho el corazón latía:  
Entre las blancas tocas resaltaba  
La banda roja que su sien ceñía.  
Luciente cinto de oro y de brillantes  
La túnica sutil de blanco lino  
Al talle ceñe, bajo el manto fino  
De púrpura de Tiro y de diamantes.  
Diez inocentes vírgenes delante  
Vasos de leche y miel y de agua pura  
Para las sacras libaciones llevan:  
Y adornada de cintas de colores,  
De verde trébol y galanas flores,  
Blanca cordera sobre el ara elevan.  
La vista alzando el sacerdote entonces,  
Y el brazo armado hácia la inculta diosa,  
Allá entre dientes murmurando votos  
Iba á inmolar la víctima piadosa,  
Cuando del ismo resonó el rugido:  
La tierra toda retembló medrosa;  
Retronó el Eter; arreció el bramido  
Del huracán; el templo bambolea

Cual del viento agitado cedro erguido,  
Y del recio vaiven cayó la imagen  
Sobre el gran sacerdote: alto mugido,  
Que las firmes columnas estremece,  
De cerca suena: el pueblo empalidece  
De un leon á la vista, que espantado  
Del monte huyendo en que las fieras braman,  
Y que los rayos y el volcan inflaman,  
Detrás se oculta del altar sagrado.  
Las gentes huyen; por los campos gritan;  
Las fieras y los pueblos se confunden;  
Los muros se abren y las torres se hunden.



Que antes del ismo el suelo dominaban,  
 El furor de las aguas contemplaban,  
 Y los pueblos en ellos sepultados,  
 El riego, á flante que á las altas lomas se dan.

### CANTO IX.

Y a del ances  
 A Molcan  
 Dónde estuvo el de  
 Dónde de las Hespérides la  
 Dónde fue el templo augusto de Eritrea

De collado en collado errante huyendo  
 Entre espantadas fieras confundido,  
 Vaga el anciano rey delante viendo  
 Cruzar los rayos y correr las gentes  
 Del ronco trueno al áspero estallido,  
 Del monte abierto al hórrido bramido,  
 Del terrible huracán al récio estruendo.  
 Calmado al fin al cabo de dos dias  
 De la tierra el temblor, sereno el Cielo,  
 Al llano ya los pueblos sin recelo  
 Empiezan á bajar por las umbrías.  
 Desde las altas rocas y collados

Que antes del ismo el suelo dominaban,  
El furor de los mares contemplaban,  
Y los pueblos en ellos sepultados.  
El viejo Atlante que á las altas lomas  
Ya del suceso noticioso corre,  
A Molcan indicaba con la mano  
Dónde estuvo el dragon, dónde las pomas,  
Dónde de las Hespérides la torre:  
Dónde fué el templo augusto de Eritea,  
Dónde los altos muros de Elisea.

En esto un grupo de diversas gentes  
Venir allá por la ribera vieron;  
El paso lento y abatidas frentes  
Desde lejos los pechos conmovieron:  
Cuando mas cerca ya entre sus valientes  
Al generoso Alcides conocieron,  
Alto clamor en torno se levanta,  
Y á recibirle Atlante se adelanta,  
Con fé mentida, con traidor halago.  
¡Hércules! dice: generoso amigo,  
Que á verte vuelvo, cuando ser creía

De tu trágico fin triste testigo!

¡Qué de riesgos, Alcides! ¿Pero y Calpe,

Y Hesperio y demás bravos, qué se hicieron?

¿Qué es de tantos valientes? ¿Dónde fueron?

¡Ay! ya no son, Atlante, exclamó Alcides:

Y por la vez primera en su megilla,

Pálida del dolor, trémula brilla

Una lágrima tierna, y revolviendo

Al Cielo airado los hundidos ojos,

Así siguió las manos retorciendo.

Ya no son los valientes: acabaron:

Los cielos en su cólera inflamaron

La tierra que arrogantes oprimieron:

A sus pies los volcanes reventaron:

Las rocas puebrantándose se hundieron,

Y los mares rugiendo los tragaron.

Ya debísteis notar el mismo día

Que partimos de aquí, cual á turbarse

Caliginoso el Eter empezaba,

Cuando en los anchos mares de Occidente

Su carro de oro el sol precipitaba.

De arena y polvo con furor ingente  
Visteis girar los altos torbellinos,  
Que aves y fieras en el polvo envuelven,  
Y por el aire en raudos remolinos,  
Con los robustos árboles truncados,  
Del huracán al choque quebrantados,  
En retorcido caracol revuelven.  
En esta confusión pasar nos vieron  
Silenciosos los plácidos jardines  
De las bellas Hespérides que fueron:  
Mas una calma, un aire sofocante,  
A tan terrible agitación siguieron.  
La atmósfera turbada que ni el viento  
Ni el canto de las aves agitaba;  
El silencio común que el paso lento  
De mis guerreros solo interrumpia;  
El pasmo universal, todo anunciaba  
El trastorno fatal, que parecía  
Naturaleza en suspensión gemía.  
Marchábamos empero: ya la luna  
Confusamente en el cenit lucía

Cual pálido cometa entre la niebla;  
Cuando un ronco ladrido y débil tea  
Que á pausas se elevaba y se estinguia,  
A conocer nos dieran los que fueron  
Deliciosos jardines de Eritea.  
Sobre un collado á nuestra izquierda el templo,  
De la nocturna exhalacion ceñido,  
Entre árboles y sombras blanqueaba;  
Y de nosotros, aunque en frente, lejos,  
La populosa Eritea á los reflejos  
Que despide el relámpago encendido,  
Descollando entre nubes se miraba.  
Aquí hacer alto á mis guerreros mando,  
A su cansancio y abatidas fuerzas  
Espacio breve de reposo dando.  
Yo junto al tronco de robusta palma  
Mi clava apenas apoyado habia,  
Y por el denso bosque en quieta calma  
De ilusiones cercado discurría,  
Cuando fantasma enorme aunque abatido,  
Que el Dios del ismo, dijo, se decia,

Anunciando mi ruina enternecido,  
Ví entre la sombra, ó ver me parecía.  
Despreciador yo altivo de visiones,  
A engolfarme volví en mis ilusiones,  
Cuando á mis pies un ruido semejante  
Al estruendo feroz de cien torrentes,  
De cien altas montañas despeñado  
De repente estalló: cual onda errante  
En alterado mar y opuestos vientos,  
Conmovida la tierra en sus cimientos  
Debajo de mi planta vacilante  
Fugitiva escaparse parecía.  
Del soberbio huracán el torbellino  
Desde lejos silbando en remolino  
Retorciendo los árboles crecía.  
Tres veces tronó el Eter, y otras tantas;  
Los relámpagos pálidos lucieron;  
Y tres veces las nubes se encendieron,  
Y sacudió la tierra nuestras plantas.  
Los caballos corriendo desbocados  
Atropellan los bravos caballeros,



Que tambien huyen, sin saber adónde.  
¡Inútil fuga! Ante sus pies ligeros  
En hondas grietas anchurosas bocas  
Abre do quier la tierra; y de repente  
¡Fenómeno espantoso! horrible estruendo,  
Como el de cien tronadas al Oriente,  
La tierra toda en torno estremeciendo  
Estalla; y restallando al Occidente,  
Se hunde el monte de Venus: arrancado  
De sus cimientos, entre fieras llamas  
Vuela Saturno al aire destrozado:  
Y volviendo á caer su vasta mole  
Como en un horno inmenso, á inmensa altura  
Saltan de llama enormes pelotones,  
Salpicando de fuego la llanura  
A distancia infinita: los leones  
Por el monte abrasándose rugieron:  
Las nubes de humo sulfuroso ardieron;  
Y á su opaco esplendor tus torreones,  
Tu sacro muro y venerando alcázar,  
Triste Elisea desaparecer se vieron.

Tus templos con estrépito se hundieron  
Entre el fuego voraz, que en anchas zonas  
Globos de llamas disparando en torno,  
Al desmayado espectador que ardía  
El universo entero parecía.  
Al tiempo mismo con ruidoso estruendo,  
El mar Tirreno por la inmensa boca  
Se precipita del volcán rugiendo.  
Pero, ¡con qué furor! Si cien cascadas,  
Si cien torrentes con furor cayendo,  
Si cien vientos el mar embraveciendo  
Contra soberbio escollo, si arrancadas  
De su asiento cien rocas se estrellasen,  
No tan furioso estruendo igualaría  
A la esplosion que, enrarecido al fuego,  
El mar cayendo en el volcán hacia.  
Mis aterradas gentes ignorando  
Dónde la salvacion, dónde está el riesgo,  
Corren acá y allá: del suelo á muchos  
Las anchurosas grietas van tragando:  
A otros van los vapores sofocando.

En medio de este espanto, otros mayores  
Nuestro aterrado espíritu asaltaron;  
De la tierra creciendo los temblores,  
En vez del humo por sus anchas bocas  
Furiosas llamaradas se lanzaron  
Como rios de fuego: se inflamaron  
Los sulfúreos vapores, y las nubes  
Cual fósforo en el aire se incendiaron.  
El trueno retumbó: entre sus horrores  
Los relámpagos rápidos brillaron;  
Y á su brillo fatídico, agitadas  
Del Atlántico mar y del Tirreno,  
Sobre nosotros con espanto vimos  
Las borrascosas ondas levantadas:  
Cual montañas de plata desquiciadas  
De su base robusta, así rodando  
Hácia nosotros vienen: ya se lanzan  
La primera rugiendo; nos envuelve;  
Entre árboles y fieras nos revuelve;  
Todo sucumbe aquí, hasta la esperanza.  
En medio de la horrible gritería,

La ola furiosa sobre mí rodando  
Con estrépito cae, y volteando  
Me levanta á la nube que aun ardía,  
Y al declinar con rápida violencia,  
Sobre un álamo antiguo y corpulento  
Me lanzó con furor entre la copa,  
Casi sin vida ya y conocimiento  
Sin duda al golpe sus funciones todas  
Mis turbados sentidos suspendieron.  
¡Mas cuál mi espanto fué, cuando mis ojos  
Se abren de nuevo sobre la onda fría  
Volviéndome al peligro que aun crecía!  
Tal vez así el enfermo soñoliento  
Mira á sus pies la pavorosa tumba,  
Se estremece, despierta, y sin aliento  
Entre mortal congoja de su vida  
Ve en realidad el último momento:  
Al recobrarme, así yo entre el ramaje  
Del árbol me encontré, mi mano asida  
A su gran copa de olas combatida,  
Y enredado en su bárbaro follage.

De mi grave conflicto y agonía  
El horror aumentaban los gemidos  
De tantos infelices, que perdidos  
Con las ondas luchaban todavía.  
¡Esfuerzo inútil! la ola procelosa  
Ya sobre sí bramando los agita;  
Ya violenta encorvándose furiosa  
En el fondo del mar los precipita.  
Ya á los unos abriéndose rabiosa  
Traga, y la vida rebramando quita;  
Contra los troncos á otros desbarata,  
Que la corriente rápida arrebatá.  
Yo en tanta confusion, allá lejano  
Miro al jóven Olar, dulce esperanza  
De sus ancianos padres, cuya mano  
Empuñó aun tierna la brillante lanza  
Que no habia de ofender ¡desventurado!  
Sobre el escudo por las turbias ondas  
Llamando á gritos hácia mí venia,  
A su padre, ¡infeliz! que no le oia.  
Bramando en esto el viento, un monte de olas

Sobre el mar levantado en remolino,  
Hacia nosotros con furioso estruendo  
Viene arrollando un récio torbellino,  
Que sobre Olar pasando, le sepulta,  
Y á mí se lanza con silbido horrendo,  
Embestirme, bramar, crugir la copa,  
Y los robustos ramos retorciendo,  
Conmigo levantar á inmensa altura  
El vértigo voraz, arrebatarme,  
Y de su cima entre las turbias ondas  
A largo trecho con furor lanzarme,  
Todo un momento fué: yo en mi caída  
Ví las ondas abrirse y sepultarme:  
Mas del ramaje en fin la pompa leve  
Sobre las olas flota: la esperanza  
De mi turbado pecho se apodera,  
Viendo de cerca la feliz ribera,  
Y la onda fiera que hácia allá me lanza,  
Rózase en ella al fin el tronco grueso,  
Y yo la arena reverente beso.  
No bien mis plantas estampé en la tierra,

Cuando entre el sordo ruido y gritería,  
Conozco el eco que la playa hundía,  
Del ronco Fóscar trueno de la guerra:  
Corro hácia allá, y le encuentro rodeado  
De algunos fuertes que mejor destino  
Del estrago comun habia salvado.

En medio aquí del horroroso estruendo,  
Con que Saturno el suelo estremecía;  
Del seco trueno el estallido horrendo,  
Y las olas que el viento embravecía,  
Alzábamos los gritos reanimando  
A los que ya cercanos á la orilla,  
Se divisaban sobre el mar nadando.  
La mayor parte pereció: ayudado  
De su escudo Ifilán la tierra toca;  
Pero tarde: corriendo le acudimos;  
Mas al llegar desfallecer le vimos,  
La voz helada en su entreabierta boca,  
¡Esforzado guerrero! tu memoria  
Celebrarán las gentes á porfía,  
Y en torno siempre de tu tumba fría

El árbol crecerá de la victoria.  
En tanto todos su fatal destino  
Compadeciendo estábamos, se advierte  
Del borrascoso mar entre la espuma,  
Otro guerrero sobre el tronco fuerte  
Venir sentado de soberbio pino.  
Se aproxima; gritámosle, y la onda  
Ya deshecha en la playa se estendia,  
Dejando en seco al retirarse el árbol  
En que el gallardo Montabor venia,  
Bravo en la guerra, y en la paz prudente.  
Todos allá volamos: pero tarde;  
Que ya la muerte en su amarilla frente,  
Donde brilló la juventud un día,  
Sus negras alas pálida estendia.  
¡Desventurado Montabor! hoy mismo  
Entre tus brazos estrechar debias  
Tus tiernos hijos y adorada esposa,  
Que ahora tal vez tendiendo por el ismo  
Su vista errante, incierta y anhelosa,  
Desde el muro de Eritia cariñosa



Muestra á sus hijos la florida senda,  
Por do su padre aparecer debia:  
Interin tú tus adoradas prendas  
Dejas, muriendo entre rugientes olas  
En la orfandad, sin esperanza y solas.

Reanimando sus fuerzas abatidas  
Sobre un collado á descansar treparon.

De Saturno el rugido todavía,  
Los globos ígneos que las olas rompen,  
Y en el aire las nubes inflamaban,  
El retumbido del lejano trueno,  
El mar bramando y de despojos lleno  
Con muda suspension aquí admiraban.

Allá arrebatada la feroz corriente  
Cadáveres sin fin: acá arrancados

Arboles fuertes, ramos desgajados  
Raudos arrebatados el férvido torrente.

La cabaña infeliz, los altos techos  
De los palacios y los pueblos flotan

Sobre las bravas olas: en algunos  
Gentes se divisaban, que lejanos

Gritos lanzando, pasan; y tendiendo  
Hacia los cielos las dolientes manos,  
Que sus clamores, sordos desoian,  
Por el torrente á naufragar corrian.

Este es, Atlante, de tan fiero día  
El lamentable bárbaro fracaso.

¡Quién, ay, previera que tan triste acaso  
Tanta esperanza sofocar podría!

Cuando á su Patria de esperanzas llena  
Mi gente á dar la libertad corria:

Cuando ya rota la fatal cadena,  
Su frente libre levantar veia:

Cuando de Iberia el suspirado suelo  
Enagenada de contento hollaba

La planta liberal, el hondo duelo,  
El despecho feroz, el desconsuelo

Sobre nuestras cabezas revolaba,  
Y en nuestro corazon le clavó el cielo.

Todo es perdido; libertad, venganza,  
Patria y hogares, gloria y esperanza.

¡Y cuál será vuestra azarosa suerte

Este día fatal, claros varones,  
Que proclamando libertad ó muerte,  
De la Patria arbolásteis los pendones  
Por la espaciosa vega Turdetana,  
Y la escarpada roca Tartesiana!  
Será que sin mi clava los Tifones  
De la Patria en la última esperanza  
Consumarán su bárbara venganza!  
Pero... yo... abandonaros...! no: mañana,  
Mañana mismo, Atlante, en mis bajeles  
Al mar me arrojaré: su furia insana  
Ni sus soberbios ímpetus crueles  
Amedrentan mi pecho: si el destino  
Quiere acabarme; si el furor divino  
Conspira contra mí, veré sereno  
Su diestra armada, y el potente rayo  
Volveré contra él, llevando al cielo  
Como al génio del mal que infesta al suelo,  
Llanto y desolación, susto y desmayo.  
¡Monstruos ilustres, árbitros del mundo!  
Temblad bajo el dosel, que despechado,

De vuestro yugo, crímenes y ardides,  
Vuela á librar la humanidad Alcides.

Justa es tu queja, respondió el Monarca:

Mas del destino el golpe inevitable

Eludir al mortal, jamás fué dado,

Ni variar el decreto irrevocable.

En los sucesos de la vida el Hado

Su potencia ejerciendo soberana,

Tal vez alguno á su placer dirige;

Mas casi todos á su arbitrio rige

La prevision y la prudencia humana.

Ninguno, es cierto, el espantoso acaso

Que hoy nos refieres, prevenir pudiera:

Mas ninguno tampoco se espusiera

A tan seguro y hórrido fracaso

Como volverse al mar, cuando las naves

Estrellándose están por nuestra playa:

Cuando bramando el mar sobre las nubes

Las ondas lanza, y cual flotante sierra

Al universo todo amenazando,

Rugiendo bate la pasmada tierra.

Un abismo separa ya dos pueblos  
Que siempre unidos existir debieran:  
Hércules, no; cedamos al destino,  
Volvamos á mi corte, y consultemos  
Con calma en ella lo que hacer debemos.

Del viejo Atlante al razonar fingido  
Todos en fin á su pesar cedieron,  
Y el terrible fracaso lamentando  
Hácia la corte el paso dirigieron.

Transida de dolor, rasgado el pecho,  
Suelto el cabello, pálido el semblante,  
Sin ley la toca, el labio palpitante,  
De la ciudad saliendo hasta la puerta,  
Avila á todos preguntar queria,  
Y por su Calpe á preguntar no acierta,  
Ansiosa de lo mismo que temia.

En tanto ya de lejos divisaron  
Un confuso tropel; cuando delante  
Solo descubren á Hércules y Atlante,  
Que á la puerta abatidos se acercaron.  
Avila al verlos con temblorosa planta

Corre á su encuentro: por su Calpe á todos  
Pregunta inquieta, y el silencio breve  
Solo así Atlante á interrumpir se atreve.

Cuando enconado sobre parda nube,  
Cándida vírgen, el feroz destino,  
Con el rayo en sus iras celestiales  
Abrasa el corazon de los mortales,  
Ceder es fuerza á su querer divino.  
Calpe cayó á su golpe, Avila bella,  
Cayó como el leon... ¡Bárbaro!.. calla...  
¡Se consumó la obra! ¡Desdichado!..  
Ya sin zozobra reinarás, malvado.  
¡Infeliz! tus virtudes, tu heroísmo,  
Fueron todo tu crimen: el abismo  
En su mas hondo y espantoso seno,  
Pérfido rey, sepulte tu memoria.  
Tu nombre borre, de ponzoña lleno,  
De sus doradas páginas la historia,  
Y en vez de aplausos, de esplendor y gloria,  
Roa tu corazon negro veneno.  
Era del pueblo el Dios: era el gran astro

Que la tormenta conjurar podia,  
Si te atrevieras á formarla un dia;  
Por eso le alejaste; por lo mismo  
Le enviaste á la tumba por el ismo.  
De tu pérfida trama los secretos  
El Cielo por tu mal ha revelado:  
Tu crimen vuela de la inmensa Libia  
Hasta el ángulo, infiel, mas apartado.  
Tu cólera feroz del bravo Anteo  
En el pomposo vástago cebaste.  
Del génio liberal, del pueblo libre  
Ya el fortísimo muro derribaste.  
Sépalo Libia, sepa todo el mundo  
Que tú en su pecho tu puñal clavaste;  
Sí, le clavaste; tu feroz cuchillo  
La muerte ha dado al pueblo en su caudillo.  
De tus perfidias á la atroz cadena  
Este negro eslabon faltaba solo.  
Acabó tu rival: de polo á polo  
Tiende el cetro opresor con faz serena.  
La orgullosa cerviz os el yugo odioso

Los hijos doblen de la ardiente Libia;  
Pero no esperes que á la atroz coyunda  
Avila encorve el cuello generoso.  
De rey de hordas imbéciles de esclavos,  
Gózate en el blason: gózate, impío:  
Mas no te gozarás de haber atado  
Al carro de tu triunfo el cuello mio.  
Contra mi débil existencia el lazo,  
Rey sin fé, tenderás; y en tu despecho,  
De toda Libia por tus negras aras  
Arrastrarás el ídolo deshecho:  
El ídolo de un pueblo que atropellas,  
Y cuyas glorias insultante huellas.  
Pero, ¡ay de tí si en la cuartana un día  
Ruge el leon y rompe la cadena!  
Rugirá; sí: erizada la melena  
¿Lo ves? sacudé ya con valentía,  
Y los ojos de fuego en las argollas  
Clava ya con fiereza y osadía...  
Así gritando despechada y sola  
Entre el tumulto se confunde y pierde.



Sereno Atlante á su elevado alcázar  
Se dirigió, los gritos despreciando;  
Y por la plaza dividido en grupos,  
Se dispersaba el pueblo murmurando;  
Terrible prueba de su justo enojo,  
¡Tiemble el soberbio! con firmeza dando.

La populosa corte abandonando,  
Avila en tanto delirante y loca,  
Corrió del mar á la fatal ribera,  
Y el cadáver frenética buscando,  
El nombre á gritos de su Calpe invoca.  
Al áspero rugir de oculta fiera,  
Por las incultas selvas penetrando,  
Junto á Elisea de la tosca Rea  
El arruinado templo divisando,  
Trepó del monte hasta la agreste cima,  
En su delirio el ídolo invocando.  
Desde su altura, sin temblar, los ojos  
Hinchados tiende por los anchos mares,  
Sin percibir los míseros despojos  
De hombres y pueblos, de ídolos y altares,

Que entre la espuma confundidos flotan,  
Y los peñascos de la playa azotan,  
Sobre la inmensa altura levantada,  
Al agudo dolor desfallecía;  
Y en su desmayo y languidez mas bella,  
Desde las hondas playas parecía  
A la luz del crepúsculo mirada,  
Cual en el aire pálida centella,  
O entre los astros eclipsada estrella.  
Al acerbo pesar desvanecida,  
Cayó en un trozo de la gran columna  
Del volcán quebrantada y destruida.  
En grupos mil fantásticas figuras  
En torno, tristes, de las ruinas vuelan:  
Sus bajas frentes pálidas y oscuras  
Su aciaga suerte, su dolor revelan:  
De Calpe entre ellas la sangrienta sombra  
Se eleva audaz con formas de gigante;  
El labio tiembla; trémulo le nombra,  
Y le articula apenas palpitante.  
Tendiendo entonces el fantasma el brazo

Sobre la blanca nube en que se mece,  
Señala el mar con tardo movimiento,  
Y como niebla que se lleva el viento,  
Sobre la faz del agua desaparece.  
Avila grita, y recobrada en tanto,  
Con paso desigual la planta mueve,  
Hasta el cortado extremo de la roca,  
Siguiendo el rastro de la sombra leve.  
Puesta de pié en el último peñasco,  
Que hasta de lejos al piloto pasma,  
La vista fija en el profundo abismo,  
Donde se hundió el fatídico fantasma,  
Contempla muda las corrientes donde  
La triste sombra de su amor se esconde.  
No suena un eco: del Oriente avanza  
La noche y tiende del cenit al polo  
Su oscuro manto: en soledad la roca  
Tiembla toda de horror: el eco fuerte  
De las sonantes ondas turba solo  
El terrible silencio de la muerte.  
Mas de repente el monte estremeciendo

Avila lanza un grito furibundo;  
Un grito de terror que el aire hendiendo  
Acabó entre las ondas moribundo.  
Y un pescador con otros que en la orilla  
El barco frágil amarrando estaba,  
Alza la vista hácia la roca, y de ella  
Precipitarse al mar ve la doncella.  
Figuráronse algunos ser un cisne,  
Otros del cielo desprendida estrella;  
Otros diosa del mar: cuando el gemido  
Que dió al hundirse entre las turbias ondas  
Un mortal anunció en el ¡ay! sentido.  
Dijose entonces que Anfitre, al ruido  
Sobre la espuma la cabeza alzando,  
La blanca mano de Avila tomando,  
La entró en su carro de marfil bruñido.  
Y los delfines rápidos cortando  
Del nuevo estrecho la corriente brava,  
A los palacios de Nereo corrieron;  
Las anchas puertas de cristal se abrieron,  
Donde ya Calpe inquieto la esperaba.

Que eterna fé jurándose de nuevo,  
Su constancia las ninfas aclamaron:  
Oba y nenúfar á su sien ciñeron  
Y deidades del mar los proclamaron.  
Las Nereidas despues en la ladera,  
Cual del estrecho á Dioses tutelares,  
A Neptuno invocando, en su ribera  
Levantaron magníficos altares.  
De las opuestas rocas en la cima,  
En su honor dos columnas erigieron,  
Cuya punta en la nube se perdía,  
Que Avila y Calpe entonces se dijeron,  
Y Avila y Calpe dicen todavía.

Que eterna se jurándose de nuevo el día  
Su constancia las nubes aclamaron con un  
Opa y bendita á su sien céntrica  
Y deidades del mar los proclamaron con un  
Las Nereidas después en la labera coral  
Cual del estrocho á filios tutelares al alta  
A Neptuno invocando en su ribera  
Levantaron magníficos altares  
De las opuestas focas en la cima  
En su honor dos columnas erigieron  
Cuya punta en la nube se perdía  
Que Avila y Calpe entonces se hipocorizó  
Y Avila y Calpe dicen todavía  
Sobre la espina de calpe alando  
La blanca arena de Avila romando  
La tarta en el mar de la tarta  
Y los delfines en el mar de la tarta  
Del nuevo estrocho la tarta romando  
A los palacios de Calpe romando  
Las anchas puertas de Calpe romando  
Donde ya Calpe romando alando

## CANTO X.

En tanto Atlante que al valiente Alcides  
Diestramente en su corte entretenia,  
De sus pérfidas tramas y designios  
A Tifon en secreto prevenia.  
Alentado Tifon con el suceso,  
Escitaba el furor de sus parciales,  
Y por Ibera, Salduba y Tarteso  
Solo resuenan gritos funerales:  
El susto cunde; de la guerra al peso  
Ceden y caen los muros liberales:  
La discordia civil arde con ira  
Desde el alto Pirene hasta Gadira.

El hierro, el fuego, la orfandad y el llanto  
Por toda Iberia á un tiempo se difunden:  
Los fieros y clamores se confunden;  
Corre la sangre á mares, y el espanto  
Que el bosque cruza y por la noche gira,  
Sobre las torres en medrosa vela  
En torno lejos silencioso vuela.  
Del fiero Gerion el rudo bando  
Por ciudades y pueblos esparcido,  
La tierra de sus crímenes llenando,  
Con torvo aspecto en sangre reteñido  
Do quier el fuego y la matanza lleva,  
Y hasta en la esposa y la inocente vírgen  
Su atroz brutalidad bárbaro ceba.  
No solo Iberia, Setubalia toda  
De la guerra civil se hunde al estruendo,  
Del Heráclida libre entre el espanto  
Los altos muros con fragor cayendo.  
De Avila y Calpe la funesta nueva  
Por Libia divulgándose corria:  
De pueblo en pueblo el descontento lleva,



Y en la corte irritándose crecía,  
El grito popular del viejo Atlante  
No ya en secreto el nombre maldecía,  
Y por calles y plazas arrogante  
Publicando su crimen discurría.  
A su cabeza el jóven Abelante  
De Avila y Calpe generoso amigo,  
Vengar sus sombras por Neton juraba,  
Y el pueblo bravo el voto secundaba.

Turbado Atlante la inquietud notando  
Que el espíritu público agitaba,  
Y el trono sordamente iba minando,  
Así á Molcán astuto consultaba,  
La tormenta aunque tarde conjurando.

De tu sagacidad, Molcán amigo,  
Es forzoso hoy hacer la última prueba:  
El pueblo, del poder siempre enemigo,  
Ya hasta el extremo la impudencia lleva;  
El plan oculto que preparo y sigo,  
Abiertamente la opinion reprueba;  
A rechazarle el pueblo se prepara

Y su ceño terrible el golpe para.  
Abierto ya á mis pies miro un abismo,  
Y un rayo vengador sobre mi frente.

Afectado Molcan profundamente  
Del conflicto de Atlante parecia,  
Y sin tino en los medios torpemente  
Su espíritu agitado discurria.  
Señor, prorumpe al fin, si alguna valla  
Oponerse pudiera aun al torrente,  
Hércules solo fuera la muralla  
Que contuviera el ímpetu insolente  
Del pueblo, que corriendo al desenfreno  
Huella la magestad de audacia lleno.  
Yo de ganar su corazon no fio,  
Ni que en nuestro interés su nombre ceda:  
Mas de su repugnancia y su desvío  
Triunfar acaso prometerme pueda,  
Si diestramente el fin disimulando  
Invocamos su clava, su alto brio,  
En pró solo del pueblo provocando.  
Un corazon honrado, franco, fuerte,

Generoso y leal, que el sentimiento  
Dá del propio poder, del fingimiento,  
O tarde ó nunca la doblez advierte.  
Presa de la traicion, sin escarmiento  
Crédulo caerá siempre en cualquier lazo:  
Tal es Alcides; y aunque ya mas cauto  
Vuelto le habrán las tramas, los ardides,  
Las perfidias del hombre, aun es Alcides.  
Corramos en su busca, provoquemos  
Su brazo en nuestra ayuda y triunfaremos.  
Así diciendo, con turbada planta  
De Hércules á la estancia el paso guian.  
El héroe á recibirlos se adelanta;  
Y en almohadones de Sidon sentados,  
El primero Molcán habla, y turbada  
La voz tembló en los labios agitados.  
Jamás creyera, generoso Alcides,  
Cuando en sus playas de contento lleno  
Vió tu escuadra surtir el grande Atlante,  
Y enagenado te estrechó á su seno,  
Que tú su escudo fueras algun dia,

Ni que tan duro trance le avendria,  
El negro plan del pérfido Abelante  
En toda su estension desarrollado,  
A nuestra vista de ponerse acaba:  
De la ruina comun ni aun á tu clava  
El salvarnos acaso será dado.  
De sus promesas y falaces votos  
El pueblo seducido y halagado,  
A sus escitaciones corresponde,  
Y á la voz de república responde.  
Henchido de ambicion, de ódio y de encono,  
Al rudo pueblo contra Atlante irrita,  
Y gritando república, le escita  
A derribarle y á escalar el trono.  
El pueblo incauto, víctima inocente  
De su negra ambicion al grito corre,  
Y sin pudor ya el eco delincuente  
Del régio alcázar resonó en la torre.  
Delante de las bandas la anarquía  
Esparciendo el terror alza la frente,  
Que orgullosa en la nube se perdía

En su diestra feroz arde la tea;  
Y allá á lo lejos entre el sordo estruendo  
Que por calles y plazas va cundiendo,  
La llama sube que en el aire ondea.  
Del grande Osiris la columna en frente  
Del templo brilla de la santa Rea,  
Al opaco esplendor del vasto incendio  
Del sacro bosque de la gran Titea.  
Jactándose del crimen impudente  
Al fuego calentándose reía  
La soberbia impiedad, que impúnemente  
Atizaba soplando la anarquía.  
De su rabiosa cólera al torrente  
Sucumbe todo: cual frondoso bosque  
Se dobla al huracán, así ante el crimen  
Se encorva el pueblo que su ruina toca,  
Y que tu clava silencioso invoca.

Y tú quién eres, Hércules, responde,  
Que prevenir el riesgo no supiste?  
Del inmenso poder que te dió el pueblo,  
Miserable de tí, cuál uso hiciste?

Tus graves desaciertos le irritaron:  
Tus funestos errores y extravíos,  
Tu indiscrecion, su cólera indignaron.  
De tu necia ilusion los desvaríos  
Esta esplosion sin duda provocaron,  
Que hoy la sangre tal vez verterá á rios.  
Tu audaz conducta precipita á Atlante;  
Y quiera el cielo que del pueblo sea  
Mi voz la rabia á contener bastante.

En esto airado el eco de Abelante  
Del pueblo ya sobre el confuso estruendo,  
Del régio alcázar resonó en las cuadras  
El dorado arteson estremeciendo.  
Tiembra Molcán, empalidece Atlante;  
Cuando subiendo la escalera airado,  
Del pueblo ven al vengador delante,  
Al vengador del pacto que han hollado.

Hércules interpuesto; bravo jóven,  
Conteniéndole dice; el golpe para:  
Saber tambien la poderosa causa  
Merezca Alcides de tan alto enojo,

Y si es fundado, generoso y digno  
De tan gran pueblo, tan funesto arrojo.  
Algun ligero error, algun esceso  
Tal vez Atlante cometer pudiera,  
Pension del mando, cuyo grave peso  
Nivelar solo á un Dios dado le fuera.  
Pero que nunca de tan gran suceso  
Desarrollar los gérmenes debiera:  
Indulgencia antes bien mereceria  
Cualquier inadvertida demasia.  
Satisfacer de tantos los antojos,  
Ser justo siempre, no le es concedido  
Jamás al hombre, ni será, ni ha sido.  
Por otra parte, si del pueblo osado  
Autorizais el criminal intento,  
Temed vos mismo el gran sacudimiento  
Del volcán que revienta á vuestro lado.  
Mañana acaso mordereis el polvo  
De su azaroso carro atropellado;  
Que tanto mas del pino el riesgo aumenta,  
Cuanto se eleva mas en la tormenta.

Caiga, no importa, replicó Abelante;  
Caiga yo, pero libre; pero cuando  
La sangre de Molcán y la de Atlante  
La atropellada humanidad vengando,  
Del árbol santo que arrancar querian  
Haga correr el tronco salpicando,  
Y la tierra que audaces oprimian.  
Caiga Abelante; pero caiga dando  
La libertad que se arrebató al mundo,  
Al mundo entero, á Libia encadenando  
Al carro de los reyes: sí, este fuera,  
Este es el hombre en tramas tan fecundo;  
Este es el mismo que á tus pies poniendo  
De grillos de oro la fatal cadena,  
Te liga aquí, tus votos eludiendo,  
En tanto que de luto á Iberia llena.  
Allí Tifon la ruina y el estrago  
Hasta las rocas de Pirene lleva;  
De la sangre del libre en el gran lago,  
En el llanto comun atroz se ceba.  
Hacinados allí los Heraclistas



Al soplo de Tifon, poblando caen  
De inmensos campos las arenas rojas,  
Cual en otoño el viento de ancha selva  
El suelo cubre de amarillas hojas.  
Allí cayendo en campos y cadalsos  
De Hércules vengador el nombre invoca  
La flor de Iberia, y Hércules en Libia  
No oye el clamor, que allá de roca en roca  
Cunde, y de mar á mar; y el Eter lleno  
Retiembla al grito, cual retiembla al trueno.  
Acá se forjan los funestos rayos  
Que allá revientan: del comun trastorno  
La rica Iberia prueba los ensayos.  
El despotismo de Gadir en torno  
Audaz revuela, y la sangrienta garra  
Clava primero en Libia, pero Libia  
Su corazon brutal así desgarrá...

Dijo; y de pronto el generoso Alcides,  
El ademan furioso conteniendo,  
Así prorumpe, al criminal Atlante  
Con su torvo mirar estremeciendo.

Rey sin fé, sin pudor, mal ciudadano,  
Amigo desleal, dí, ¿qué respondes?..  
¿Así la frente criminal escondes?..  
Tarde reinaste para ser tirano.  
De un pueblo libre el cuello soberano  
No se dobla ya al yugo cual solía,  
Cuando su noble ser envileciendo,  
Débil al silbo del Señor venía,  
La ruda argolla sin pesar lamiendo  
Y la mano feroz que le oprimía.  
Cansóse el Cielo de sufrir ya reyes,  
O con nombre de reyes á tiranos:  
Volvió el imperio á las holladas leyes,  
Y mi clava á los pueblos soberanos.  
Astuto engañador, corrióse el velo  
Que ocultaba tu odiosa hipocresía;  
Al pueblo atraicionaste donde el Cielo  
Reinar te hiciera por su mal un día:  
Atraicionaste al mundo; pero el mundo  
Venganza horrible tomará en tí luego;  
Tú en toda Iberia con tu aliento inmundo.

De la guerra civil soplaste el fuego,  
Que en tu alcázar prendió: ¿tiemblas? ya es tarde;  
Yo á la comun execracion te entrego.

Dijo; y la espalda revolviendo airado,  
Del tumulto se aleja enfurecido:  
A las playas corrió precipitado;  
Y jurando venganza embravecido,  
Convoca sus guerreros irritado  
Sobre la popa del bagel subido.  
Cortan los cables y la escuadra gira,  
Enderezando el rumbo hácia Gadira.

De la guerra civil aplasta el fuego de la  
Que en la alcazar prendió; ¿tiembles? ¿es tarde?

Yo á la común exacción de entrego; ¿es tarde?

Dijo: y la espada revolviendo andaba

Del tanto se algo-entrecido; ¿es tarde?

A las plazas corrió precipitando; ¿es tarde?

Y jurando venganza sembrando; ¿es tarde?

Convoca sus guerreros iritado; ¿es tarde?

Sobre la popa del papel subido; ¿es tarde?

Cortan los cables y la escuadra girando; ¿es tarde?

Edestaxado el rumbo hacia Gadir; ¿es tarde?

¿es tarde?

¿es tarde?

¿es tarde?

¿es tarde?

¿es tarde?

¿es tarde?

¿es tarde?

¿es tarde?

¿es tarde?

¿es tarde?

---

## CANTO XI.

---

Valdevan ignorante del suceso,  
Que en el ismo su plan desconcertaba,  
Los pendones de Alcides tremolaba  
Por las rocas de Túrbul y Tarteso.  
La ninfa liberal le abrió de Tarsis  
Con mano amiga las ferradas puertas,  
De los bravos Tarsianos á su vista  
Las esperanzas reanimando muertas.  
¡Esperanza fugaz! Valdevan entra  
Cogiendo lauros y pisando flores,  
Cuando del ismo el lamentable caso  
Su bravo corazon llena de horrores.

No en vano, ¡ay triste! el indefenso muro  
Corre á fortificar, contra las bandas  
Del déspota orgulloso mal seguro.  
¡Inútil prevision! ya las nefandas,  
Las numerosas huestes se descubren,  
Que del contorno las montañas cubren;  
Y entre el sordo rumor y gritería  
El muro asaltan: Valdevan en vano  
Intrépido resiste, y la matanza  
Lleva al cobarde sitiador, que ufano  
El sangriento pendon de la venganza  
Al fin triunfante en la muralla sola,  
Sobre la torre boreal tremola.

Bramaba el gefe; pero ya rendido,  
A la rabiosa multitud cediendo,  
Se retira en desórden, sosteniendo  
Su escasa fuerza del puñal seguido.  
El bárbaro Durbin, que la esperanza  
De saciar su rencor frustrada mira,  
Sobre el inerme pueblo en su venganza  
La espada del terror volvió con ira.

Los tristes prisioneros por el campo  
Feroz arrastra, y á la espalda atados  
Los fuertes brazos con estrecho nudo  
La vida les quitó, haciendo cobarde  
De su ferocidad atroz alarde.

En tanto que las plazas de Tarteso  
Puebla la turba de Durbin de horrores,  
Allá del Casio en la mas alta roca  
De la Patria los gritos seductores  
Se oian repetir de boca en boca.  
Sobre su altiva cresta el fuerte escudo  
Del arrojado Manzares lucia  
En derredor, cual suele al horizonte,  
Al elevarse sobre el pardo monte,  
El astro brillador del claro dia.  
Entre los brazos de tu tierna esposa,  
Triste de tí, arrogante prometias  
Al darla el adios último, que en breve  
A su seno triunfante volverias.  
¡Lisongera ilusion! atraicionado  
Viste el dardo volar sobre tu frente,

Aquel que á nadie el evitar fué dado;  
Pero á tus plantas rueda el delincuente,  
Y cayendo selló tu labio helado  
Feroz sonrisa al espirar vengado.

El brávo Orfan por las rugientes olas  
A las playas de Tarsis arrojado,  
Con otros buenos á ocultarse corre  
Entre el bosque de un próximo collado.  
Aquí reunidos el fatal suceso  
Del mar y el ismo consternados cuentan;  
Aun en sus mentes el terror impreso,  
Su eterna ruina y perdicion lamentan.  
Cuando ya Orfan, que un pino desgajaba  
Para armarse con él, su abatimiento  
Disipa hablando así con noble aliento.

Tristes amigos, dignos compañeros  
De mis fatigas y de mis victorias,  
Mayores triunfos y mas altas glorias  
Nos aguardan aquí, fuertes guerreros,  
Del ismo la catástrofe horrorosa  
Aniquilar pudiera la arrogancia



Del mas altivo, y confundir furiosa  
En pechos menos bravos la constancia.  
Hércules pereció; de espanto lleno  
Le ví yo mismo cuando un monte de olas,  
Entre las altas nubes reventando,  
Cayó sobre su frente al son del trueno,  
Sobre su frente impávida bramando.  
¡Irreparable pérdida! mil otros,  
Del suelo abierto las gargantas tragan,  
O bien nadando sobre el mar naufragan.  
El destino triunfó; pero nosotros  
Del destino el furor quebrantaremos,  
Y sus sombras ilustres vengaremos.  
Si el número nos falta, el valor sobra;  
Nosotros nos bastamos si queremos:  
Mostrad lo que valeis, y de la Patria  
Las atroces cadenas romperemos.  
¿Ni qué peligro amedrentar ya puede  
Vuestro arrogante corazon? La muerte,  
La muerte misma ante la tumba huyendo,  
Ante la tumba que os abrió riendo,

A vuestro fiero aspecto retrocede  
Temblando de pavor, ya en la muralla,  
Ya por los anchos campos de batalla,  
Temidos de Tifon, hombres y fieras  
Vuestro heróico denuedo respetaron;  
Vuestra altiva cerviz ni el mar ni el viento,  
Ni el soberbio huracán intimidaron.  
Vosotros vísteis sin temblar, la tierra  
Undular á los pies, y abierta luego  
Lanzar sobre vosotros rios de fuego:  
Los elementos en discorde guerra  
Combatirse y bramar: ondas y llamas  
Confundidas rugir: contra las ramas  
Estrellarse el delfin: arder ciudades:  
Hundirse montes y profundos valles  
Levantarse á las nubes: rios y fuentes  
Desecarse, brotar, variar el curso,  
Desaparecer y aparecer torrentes.  
¿Qué resta pues? ¿Las ominosas bandas  
Del necio vulgo, de la torpe plebe,  
Podrán amedrentar los corazones

De tan fuertes y osados campeones,  
De los que á tantos riesgos se atrevieron,  
Y del cielo y la tierra el susto fueron?  
Alcemos con orgullo y valentía  
El pendon de la Patria, y á vengarla  
Marchemos con denuedo y bizarría.  
Si somos pocos hoy, tal vez mañana  
De toda esta ribera á vuestro lado  
Combatirá la juventud lozana.  
Los pueblos nos invocan; Moren mismo,  
Su altivo gefe, la señal espera  
Para mover sus tercios sobre el ismo,  
Y uniéndose á nosotros, la bandera  
Tremolar del honor y el patriotismo.  
Do quier á un tiempo el generoso grito  
De libertad por Setubalia suena:  
Asordando los montes de la plata,  
La clara trompa liberal resuena  
Por su elevada cima; la Edetania,  
La Celtiberia el denodado grito  
Repetirán, que truena en Turdetania,

Donde el valiente Ispal ya los pendones  
Alzando de la Patria por los muros  
De Itálica, de Isbilia y Libistina,  
Del Bétis por la márgen cristalina  
Dirigirá á Gadir sus escuadrones.  
No hay pues por qué temblar: si acabó Alcides,  
Mil héroes os darán estas regiones:  
Do quier se elevarán mil campeones,  
Y brotarán los montes adalides.  
Dijo, y calló: las gentes reanimadas  
Internarse en el bosque dispusieron,  
Para acudir con prontitud do quiera  
Que el primer grito liberal se diera.  
Con fé traidora, con mentido halago,  
Dejando atrás la corrompida hueste,  
Moren alarga la alevosa mano  
Al bravo Orfan; y la feroz cuadrilla,  
Viendo la seña, á la indefensa gente  
Se abalanza vibrando la cuchilla.  
¡Execrable maldad! en su sorpresa  
Los rudos golpes improviso paran,

Y á la defensa unidos se preparan.  
Con desgajados ramos se defienden;  
Los palos crugen; y las gruesas piedras  
Al aire silban, que la muerte llevan,  
Los yelmos rompen y las frentes hienden.  
Orfan arrebatado, por instinto  
Llevó la mano á la sangrienta espada;  
Hallando inerte el reluciente cinto,  
Dá dos saltos atrás, y el grueso tronco  
Alzando con furor, de sus guerreros  
El corage encendió con grito ronco.  
Traidor...! al arma...! infame...! compañeros,  
Así la gloria y el honor salvamos:  
La perfidia vengüemos, y muramos.  
Al decir esto, ya tendido había  
Con la maza en el suelo tres Tifones;  
Y en derredor los golpes repetía,  
Cual Marte entre cerrados batallones.  
Aterrado Moren de tanto arrojo,  
De su traicion el éxito dudando  
La accion suspende, y con doblada astucia

Hacia Orfan solo se adelanta hablando.  
Invicto gefe, heróico patriota,  
El cielo sabe toda la amargura,  
Todo el dolor de la funesta copa  
Que hasta las heces hoy mi labio apura.  
¿Quién mas libre que yo? ¿y quién me diria  
Que instrumento fatal del despotismo,  
Caudillo de sus hordas, Moren mismo  
Contra la Patria aquí combatiria,  
Aquí donde juró que en su defensa  
El pendon liberal desplegaria?  
¡Mas ay! así lo decretó el destino;  
Riecar se anticipó, y víctima ilustre  
De su celo cayó: del cristalino,  
Del ancho Betis en la márgen bella,  
Del bravo Ispal hollados los pendones,  
Yacen con él sus fuertes escuadrones.  
Do quier la nave con furor se estrella;  
Salva sus restos que el destino huella.  
Cede; yo te lo pido; á fuer de compañero  
Salvarte juro aquí: vendrá el instante,

Llegará la ocasión, y yo el primero  
A tu lado alzaré, invocando á Marte,  
De Hércules y la Patria el estandarte.  
Mas porque nadie connivencia arguya,  
En calidad vendrás de prisionero:  
Vive para la Patria; para ella  
Conserva ese valor, que hoy oscurece  
El ciego influjo de enemiga estrella.

¡Qué propones, Moren...! cobarde... escucha...  
O seré libre, ó moriré en la lucha...  
Vuelve á tus hordas... Gorfelin entonces,  
Prudente gefe, venerable anciano,  
Del bravo Orfan el infernal despecho  
Corrió á calmar y serenar el pecho,  
Tendiendo en medio la temblosa mano.

No quiera el Cielo, condolido esclama,  
Que aumentando las lágrimas y el luto,  
La sangre liberal vierta sin fruto  
De un fuego inútil la impetuosa llama.  
El orgullo, la gloria se resiente  
De humillacion tan triste y degradante;

Pero inclinemos nuestra altiva frente  
Del destino al capricho delirante.  
Cual Riecar mismo, cual el grande Alcides,  
Prefiero yo la muerte á la cadena;  
Mas si de honor, de libertad y gloria  
La Patria el torpe sacrificio ordena,  
Conservaré la vida, y este cuello  
Que jamás amarró coyunda agena,  
Encorvaré so el yugo, aunque con pena.  
Gloria, honor, libertad, cuanto valemos  
En pro de nuestra Patria, cuanto somos,  
Cuanto podamos ser sacrificuemos.  
La sangre que hoy sin fruto aquí vertemos  
Dando ejemplos al mundo de osadía,  
Ilustre acaso nuestro nombre hiciera;  
Mas de ninguna utilidad sería,  
Cuando tal vez mañana por la Patria  
Dando la libertad correr podría.  
Cedamos pues, y en tanto que de Iberia  
Mostrarse quiera el ídolo propicio,  
Con las cadenas en su altar votemos



Tamaña ofrenda, tanto sacrificio.

Calló el anciano; y aunque algunos hubo

Que sus razones combatir quisieron,

Del torrente fatal arrebatados,

A la comun aprobacion cedieron.

Pero... ¡oh traicion! apenas desarmados,

Al fuerte brazo el nudo retorcieron,

Cuando gritó Moren: ¡ahora, soldados!

Caigan á vuestra furia estos malvados.

En confuso tropel la turba entonces,

De roncos gritos entre el sordo estruendo,

Sobre la inerme multitud se lanza,

El sangriento puñal, la horrible lanza,

En su inocente corazon hundiendo.

El clamor á los cielos levantando,

Los infelices con la muerte luchan,

A los golpes atroces sucumbiendo,

Las montañas vecinas asordando,

Los pueblos del contorno estremeciendo.

Sobre el sordo clamor el eco ronco

Del mal herido Orfan se levantaba,

Que de una encina atado al grueso tronco,  
Con despecho y furor así bramaba.

¿No hay quien rompa este lazo? Ven perjuro,  
Pérfido, ven: acércate, malvado,  
Fementido, traidor, y yo te juro...  
¿Quién te dió el ser? ¿Quién fué tan desdichado?  
Ignominia del siglo y de la especie!  
Profanador del culto mas sagrado!  
Verdugo de tu patria! parricida!  
Escándalo del mundo! fratricida!  
¿Qué entrañas te engendraron? ¿qué serpiente  
Tu corazon de piedra ha emponzoñado?  
¿Quién formar pudo un ser tan delincuente?  
¿Qué pecho, dí, de tigre te ha lactado?  
Rocas, que veis tal crimen, desplomaos;  
Y de este mónstruo con fracaso horrendo  
Sobre la atroz cabeza destrozaos.  
Nuestra sangre vengad: raza futura,  
Region de tumbas, patria sin ventura,  
¡Patria sin vengador!!! Aquí llegaba,  
Cuando Moren, que bárbaro reia,

Al hondo grito que el dolor lanzaba,  
Hunde en su pecho la execrable punta;  
Salta la sangre, y el ilustre gefe,  
Entre las sombras de la muerte envuelto,  
Al repetir el golpe delincuente,  
Cerró los ojos, é inclinó la frente.  
¡Desbenturado Orfan! atraicionado  
Sin combatir caiste: y en tu muerte  
Ni entonará sus cánticos el Bardo,  
Ni arderán en tu pira los aromas;  
Ni tu cadáver ungirán las gomas,  
Ni las esencias de oloroso nardo.  
Festiva en tanto al denodado grito  
De libertad Beturia respondia,  
Y Riecar ya de toda Turdetania  
Los numerosos pueblos conmovia:  
El valiente Teranes por Iberia  
Libertad proclamando discurria;  
De libertad al grito Celtiberia  
Del Caúcaso al Calibe respondia.  
Tearca empero el fuego generoso

Desde la gran Tirrenia sofocaba;  
Y el rayo destructor sobre el Calibe  
El promontorio Céltico lanzaba.  
La espada criminal sobre los bravos  
El despotismo mas atroz blandia;  
Reuniendo acá y allá bandas de esclavos  
Do quier la sangre liberal vertia,  
Y entre gruesas cadenas y anchas tumbas  
La malhadada libertad hundia.  
Sálduba empero de la Patria al grito  
Rompió indignada el insultante freno,  
Y sobre el Jove libre se levanta  
La soberana altiva del Tirreno.  
La heróica Mántua, que entre el alto estruendo  
El grito santo de la Patria oyera,  
Los eslabones con furor rompiendo,  
La arrogante cerviz sacudió fiera:  
El eco libertad en son tremendo  
Las torres del Olimpo estremeciera,  
Y las deidades que tan alto alzaron,  
En su soberbio pedestal temblaron.

Los gritos *Patria y Libertad* resuenan  
Del aire vago en la region vacía,  
Y las masas del pueblo que rugia  
Calles y plazas de repente llenan.  
El paso al pueblo con furor disputan  
Del déspota orgulloso los esclavos,  
Y al grito *Libertad* á ellos se arrojan,  
Y desvaratan por do quier los bravos.  
Corval, de Gerion audaz caudillo,  
Del despotismo partidario ardiente,  
Con sus falanges coronó el castillo  
Henchido de armas, víveres y gente.  
Desde sus torres combatir furioso,  
Acostumbrado al triunfo del delito,  
El movimiento popular juraba,  
Ahogando en sangre el generoso grito  
Que el pueblo libre en su delirio alzaba.  
Los Notables de Mántua que del pueblo  
Las arrogantes masas dirigian,  
A la vez que los pechos inflamaban  
¡Gloria sin par! el órden sostenian.

De improvisados parapetos llenas  
Y de libres las calles aparecen,  
Que la inflamada sangre de sus venas  
Verter valientes por la Patria ofrecen,  
La imágen de sus ídolos alzando  
Morir por ellos ó vencer jurando.  
Abrense fosos; álzanse trincheras;  
Niños y ancianos, vírgenes y esposas  
Conducen piedras, armas y maderas:  
La falange servil al pueblo acosa:  
La roja sangre en confusion mezclada  
De los Tifones y Heraclistas corre:  
Domina el fuego la empinada torre  
Que con estruendo cae desmoronada:  
Crugen las armas; brama el combatiente;  
Gime la vírgen: cual en ancha tumba  
En la calle fatal rueda el valiente:  
El viento libre en el clarin retumba,  
En torno el eco de la muerte zumba.  
De tan deshecha tempestad el iris  
Se anuncia al pueblo, que la lid suspende:

Sobre Mántua la paz tendió su vuelo  
Y descendió la libertad del Cielo.  
De aquel gran pueblo los siniestros hados  
Vibrar la fibra del honor hicieron;  
Su fiereza los pechos denodados  
Del Olimpo á la vista suspendieron,  
Y en el gran libro de la incauta Iberia  
Una brillante página escribieron:  
Brillante, sí; pero sin fruto al paso:  
Brillante, sí; pero insensata acaso.

---

:

Sobre Madrid la paz también se echó  
Y descendió la libertad del cielo.  
De aquel gran pueblo los ministros hablo  
Librar la ábrta del fincor hicieron  
En herexa los poros de un labo  
Del Olimpo a la vista respaldaron  
Y en el gran libro de la incanta levan  
Las bellanas paginas escribieron  
Bellanas, en pero son fruta de pa  
Bellanas, en pero en ensata a sea



## CANTO XII.

En tanto por la corte el alto ruido  
Del ismo y de la guerra resonaba,  
Y en silencio el Heráclida oprimido  
Los públicos desastres lamentaba.  
Del bravo Orfan el venerable Arpando  
Sabiedo al punto el trágico suceso,  
Con cautela á Orelinda preparando,  
Le anuncia hallarse desarmado y preso.  
Sobresaltada, de temores llena,  
Tiembla Orelinda, se estremece, llora,  
Al Cielo tiende las dolientes manos,  
Los dioses llama, y su favor implora.

Por la vida de Orfan formando votos,  
Un sacrificio reverente ordena.  
De blancas tocas la beldad velada,  
La sien ceñida de fatal verbena,  
De damas y doncellas rodeada,  
Reverente y llorosa á los jardines  
Del palacio bajó; no cual solia  
Cuando por sus recintos la alegría  
Derramaba en las danzas y festines.  
Bajo un gracioso pavellon de yedra,  
Salpicado de rosas y jazmines,  
Desarrollando sus nacientes formas,  
Se alza con noble magestad y brio  
La santa imágen de la jóven Iö.

Sobre las piras el incienso humea  
Y en derredor los himnos resonaron;  
En tanto que al altar cuatro doncellas  
Con los sagrados vasos se acercaron.  
Mas, ¡oh terror! con mano temblorosa  
Iba Orelinda á hacer las livaciones,  
Cuando al alzar los ojos á la diosa,

Vió una corneja sobre su cabeza,  
Y de su rostro en palidez sombría  
Vuelta, ¡qué horror! la celestial belleza.  
Palpita el corazon: la mano fría  
Trastorna y rompe los sagrados vasos:  
Cuando mira, ¡infeliz! turbias las aguas;  
Y en negra sangre convertido el vino  
Correr manchando el pedestal divino.  
Los espantados ojos Orelinda  
Sobre el altar revuelve horrorizada:  
Despavorida quiere huir, mas cae  
En medio de sus damas desmayada.  
Al grito Gerion, que distraído  
Por los jardines con Tifon andaba,  
No de dolor ni humunidad movido  
Llegó á Orelinda, cuando ya empezaba  
A abrir los ojos que el pavor cerraba.  
Tras el primer suspiro el nombre amado  
De su Orfan pronunció; y el rey entonces  
La espalda vuelve, y se retira airado.  
Descompuesto el cabello, mal prendidas

Las sacras tocas y los blancos brazos  
En alto abiertos, suspiró, y derecha  
Voló á su alcance cual alada flecha.

Príncipe invicto, generoso y pio;  
Inundadas en llanto sus megillas  
De cerca grita, y á sus pies se arroja,  
Tiernamente apretando las rodillas.  
Monarca augusto, si en tu pecho luce  
Un rayo de piedad, aun todavía  
Entre las sombras mismas del delito,  
Hiera tu corazon, hiera este dia  
De la afliccion el penetrante grito.  
Calma piadoso mis acervas penas;  
Rompe de Orfan las bárbaras cadenas.  
Salva su vida: salva aquel guerrero,  
Que te sentó bajo el dosel triunfante:  
Salva aquel brazo que el terrible acero  
Fulminando, humilló en mas fausto dia  
De Anteon la arrogancia y osadía.  
Sus méritos recuerda; y que mal puede  
Ofender á un buen rey, quien por la Patria

Derramando su sangre, el limpio acero  
Siempre en el campo desnudó el primero.  
Su preciosa existencia generoso  
Concede al llanto de tu reino entero;  
Esto solo, Señor, esto te pido:  
Salva la vida de mi Orfan querido.

Disimulado Gerion entonces  
Serena el rostro, y con sonrisa leve  
Así la dice: «corazon aleve,  
Orgullosa beldad, qué, ¿reconoces  
Ya el inmenso poder del que ayer mismo  
Los obsequios, ingrata, despreciaste,  
Y llevando el honor al fanatismo,  
De tus estrados con furor lanzaste?  
¡Ah! reconoce el torpe desvarío  
Con que ultrajaste ayer tanta grandeza.  
Si á tí te cupo en suerte la belleza,  
A mí el poder, el mando y señorío.  
A tus plantas ayer el cetro viste  
Y de la grande Iberia al soberano:  
Tú de mi humillacion testigo fuiste;

Tú en mi degradacion te complaciste,  
Y trataste mi amor con ruda mano.  
Diosa de Iberia con razon pudieran  
Hombres y Dioses á la par cantarte,  
Cuando el cetro á tus piés, cuando adorarte  
A su Rey todo, á su Monarca vieran.  
Mas de tanta belleza, orgullo tanto  
Varios los hados suplicante humillan,  
Hoy á mis plantas, anegado en llanto  
En mi mano está Orfan: de una mirada,  
De una seña, ¡ay de tí! pende su vida;  
Pero no abusaré; cede á mi ruego;  
Cede á mi amor la palma merecida,  
Y á tus brazos Orfan volverá luego. »

¿Qué dices, Gerion? ¿Cómo atrevido,  
Insultando el dolor y la desgracia,  
Segunda vez al implorar tu gracia  
Te arrojas ciego á profanar mi oído?  
A tan vil precio Orfan se avergonzara  
Si su desgracia redimir debiera;  
Ni á cosa alguna que el pudor manchara,

Mi apesarado corazon cediera.  
Corre; tus manos en su sangre lava:  
En su pecho el puñal, ¡bárbaro! clava!  
Huye, pérfido, lejos; tu presencia  
Me asusta, me estremece, me horroriza.  
Huye, mónstruo, del suelo; huye del mundo,  
Que empozoña tu aliento la existencia.  
Jamás esperes que mi labio toque  
La impura copa que el deleite brinda;  
Ni cultos dando á tu nefando Númen,  
Caiga ante el ara impúdica Orelinda.  
Vuelve en tu acuerdo; enfrena tu delirio,  
Altivo ultrajador de lo mas santo:  
Ya que no compadezcas mi martirio,  
Respetá al menos mi feroz quebranto.  
No insultes la desgracia: no á la vista  
Del infortunio la impudencia ria;  
Tu empedernido corazon penetre  
El grito agudo de la angustia mia.  
No de la santa humanidad el templo,  
No el Númen tutelar escandalices;

Sus votos oye; baste á tu clemencia  
El dulce galardón de hacer felices.  
Salva la vida á Orfan... salva... «¿Qué dices?  
¿A un rebelde? ¿á un rival? Aunque pudiera...  
Mas si es ocioso el disimulo, al menos  
En tu dolor me gozaré... ya es tarde:  
Ingrato amigo, desleal vasallo,  
Cayó como traidor; como cobarde;  
Y esta diestra, ¿la ves? firmó su fallo.»  
Como del rayo junto al pino herido  
Queda el pastor estático y pasmado,  
La vista fija, el rostro contraído  
Y el cabello en las sienes erizado,  
Tal Orelinda convulsiva y muda  
Tiembra de horror, el manto estremeciendo.  
Mas de repente los errantes ojos,  
De lágrimas enjutos y espantados,  
Acá y allá volviendo y revolviendo,  
Fija en el Rey al fin desencajados,  
El terrible silencio así rompiendo.  
Ni tú de entrañas de muger nacido,



Ni del rayo del sol fuiste animado;  
Ni entre la raza humana concebido,  
Ni al seno maternal acariciado.  
¡Parto nefando! haberte solamente  
Pudiera el tigre en hórrida serpiente.  
En noche pavorosa, al estampido,  
Del espantoso trueno, en honda gruta  
De retorcida víbora al silbido,  
Los tigres de la Hircania te engendraron:  
Y estremecidas en su base bruta  
Del Cáucaso las rocas retemblaron.  
A tu boca fatal su néctar puro  
Jamás los pechos de muger livaron:  
Solo tu labio con brevaaje impuro  
Las yerbas de Tesalia emponzoñaron.  
¡Rey criminal! el premio merecido  
Por tus atrocidades dete el Cielo,  
Vengando en tí de un reino destruido.  
La sangre á mares, el inmenso duelo.  
Todas sus plagas, todos sus horrores,  
Cansada de sufrir tus atentados,

Conjure contra tí naturaleza;  
Y el Pirene y el Atlas desquiciados,  
Rompa y destroce sobre tu cabeza.  
El sangriento cometa por el Cielo  
Tendiendo la encendida cabellera,  
Lleve á tu pecho el susto y desconsuelo,  
Y el terror te persiga por do quiera  
Los espectros y sombras de los héroes  
Que acabaste feroz, con torvo ceño,  
En torno ahullando de tu lecho giren,  
Y de tí ahuyenten, asustado, el sueño.  
Do quier ante tus plantas un abismo  
Abra la tierra: el Cielo destrozado  
Sobre tí se desplome; el brazo mismo  
Que contra el pueblo levantaste armado,  
Clave en tu corazon el hierro airado.  
Viendo entre tanto á Gerion ya lejos,  
A Orelinda las damas se acercaron,  
Que acongojada y de terrores llena  
Al palacio Real acompañaron.  
Despejando la cámara azarosa

De lucientes antorchas alumbrada,  
Retorciendo la llave, despechada  
A sus estrados se lanzó llorosa.  
Entre ricas alfombras reclinada  
Sobre un ancho almohadon de tinte tirio,  
Se entrega toda á su feroz delirio.  
Pérfido!.. el infeliz!.. cuál fué su crimen?  
La sangre salta, salpicando el brazo  
Que el bárbaro puñal hunde en su seno,  
Y por la tierra corre... el cielo... el mundo,  
Tan negra atrocidad mira sereno?  
¿Este es el premio que á tus altos triunfos  
El destino, ¡infeliz!.. te reservaba?  
¿Son estos los laureles que la Patria  
Pérfida ó débil para tí cortaba?  
Patria de maldicion! patria execrable!  
Patria de esclavitud, de llanto y luto,  
¿Hasta cuándo las lágrimas, la sangre,  
Sobre tus aras correrán sin fruto?  
En su delirio los hinchados ojos  
Que acá y allá con rapidez volvia,

Fijó de Orfan en el costoso cuadro,  
Que en lazos de oro del tapiz pendia.  
¡Infeliz!.. grita: y rápida saltando,  
Hacia él se lanza, con el pié la alfombra  
Y purpúreos tapetes arrollando.  
¡Ven á mis brazos, deliciosa sombra,  
Tan grata, ¡ay triste! para el alma mia  
Cuando el destino, cuando un Dios queria!  
Besaré al menos, ya que mas no puedo,  
Tu faz serena, tu semblante ledó.  
Te besaré mil veces, y mil veces  
Por tus megillas correrá mi llanto,  
Ya que en toda la tierra, en todo el mundo,  
No hay un consolador á mi quebranto.  
Te perdí para siempre: para siempre  
De mí las glorias y el contento huyeron:  
Contigo mis delicias y esperanzas  
A la espantosa tumba descendieron...  
Descienda yo tambien; caiga con ellas  
En el inmenso abismo de la nada.  
De collado en collado y bosque en bosque,

Allí mi sombra de tu sombra amada  
Contenta seguirá las gratas huellas,  
Al silencioso rayo de la luna,  
A la trémula luz de las estrellas.  
Entre los Manes de los héroes libres,  
Por el Éter, cual pálidas centellas,  
O fugaz esplendor pareceremos;  
Y unidos siempre por los hondos bosques  
En libertad al menos vagaremos.  
Te seguiré á las rocas y á los valles,  
Cuando la noche el universo enluta:  
Te seguiré hasta el fondo de tu gruta,  
Cuando la aurora al horizonte sube:  
Te seguiré sobre la parda nube:  
Te seguiré al girar sobre tu tumba.  
Entrambos hasta aquí penetraremos:  
Del clamor de los muertos llenaremos  
Este edificio infausto cada noche,  
Y el terror por sus cuadras lanzaremos.  
Del crudo Gerion el sόlido augusto,  
El impúdico lecho cercaremos,

Y el agudo puñal del fiero susto  
En su pecho de bronce clavaremos.  
Mas nada basta; no hay sobre la tierra  
A tanta atrocidad pena cumplida:  
¡Orgullo de la Patria y de la especie!  
¡Pompa y honor, delicias de mi vida!..  
¡Ay! ya no existes: para mi tormento  
No te verán ya mas estos salones:  
Ni tus amores, ni tu libre acento  
Volverán sus dorados artesones.  
¡Consuma el rayo sus adornos bellos!  
La muerte solo, el miedo y el espanto,  
El horror de la tumba reine en ellos.  
¡Ay! toda el alma se me arranca: huyamos,  
Huyamos de martirios tan violentos;  
Mis entrañas desgarran los tormentos;  
Se me parte la sien; arde mi frente;  
Me duele el corazon; ¡ay! sucumbamos.  
La muerte no es tan fiera... es solo un sueño.  
Sueño!.. sí: pero... eterno!.. no; muramos.  
En derredor arrebatada entonces,

Gira resuelta en busca de un acero,  
Y donde el suyo el bravo Orfan colgaba  
Los torvos ojos espantados clava.  
Un grito lanza; y ocultando el rostro  
Con ambas manos, en su atroz delirio  
Corrió á la puerta que la entrada abría  
A una vistosa estensa galería.  
Bajo elegantes arcos los altares  
De las deidades de Gadir se alzaban;  
Y el robusto edificio de los mares  
En sordo son las ondas azotaban.  
Aquí á los ojos de Orelinda en vano  
Despliega el Cielo toda su belleza,  
Su sublime terror el Océano,  
Su augusta inmensidad naturaleza.  
Donde brotaban antes los amores,  
Donde antes todo con Orfan reía,  
Donde cantó á la luna tantas noches  
De los astros la mágica armonía,  
Solo se ofrecen hoy muertes y horrores  
A su desconcertada fantasía.

Solo la muerte ve: desatentada  
Ya corre enfurecida; ya apenada  
Invoca á Orfan; cuando la sacra pira,  
En que el incienso de la Arabia humea,  
Allá en la extremidad ardiendo mira,  
Junto á la augusta imagen de Titea.  
Al pálido esplendor sobre las aras  
El sagrado cuchillo resplandece:  
Corre; le toma; tiembla; le examina;  
Palpita el corazon, y empalidece.  
Pero resuelta con fatal despecho  
El blanco velo trémula rasgando,  
A la punta mortal presenta el pecho,  
El brazo del amor con ira alzando.  
Al descargar el golpe, horrorizada  
Da un fuerte grito, y la terrible punta  
Lanza sobre el altar, toda erizada,  
Pálido el labio, y la color difunta.  
A su horrendo delirio abandonada,  
Al recobrase, sobre el antepecho  
Del arco principal se halló apoyada,



En luz bañados del turgente pecho,  
Que el rayo de la luna embellecía,  
Los blancos orbes que el pudor ceñía.

El aliento anheloso y fatigante  
Ya acercarse á la calma parecía;  
Y embotarse la punta penetrante,  
Que su apenado corazón partía.  
Del estrellado cielo la belleza,  
De las nocturnas sombras el silencio,  
La sublime extensión y la grandeza,  
Del ancho mar el sonoro estruendo,  
De los astros, de toda la existencia  
Percibe ya la gran magnificencia.  
Solo un cautivo sobre un barco atado,  
El augusto silencio interrumpía,  
Que cantando á la luna aparecía  
En su luz melancólica bañado.  
Y era Poliesqui, rojolano altivo,  
Que de su Patria la espantosa ruina  
Con sus guerreros por el mar huyendo,  
Cayó de Gerion so el yugo horrendo.

Amarrado á la argolla sus querellas  
Tristemente á la luna repetía,  
Y conmovirse el mar y las estrellas  
A su mágico canto parecía.

«De la Patria la ruina decreta  
En sus iras el Cielo indignado,  
Y el azote estalló del malvado,  
Del escita en la mano feroz.

Con estruendo de sangre y de llanto  
Por las calles torrentes corrian,  
Y hacinados los libres caían  
A las plantas del déspota atroz.

De Poliesqui ya rota la espada,  
Entre el fuego, el estrago y la ruina,  
El clamor escuchó de Erecina,  
Y á salvar á Erecina corrió.

Pero tarde, que ya desgarradas  
Sus entrañas del hierro homicida,  
De su pecho arrancando la vida,  
Sin venganza en mis brazos murió.

¡Infeliz! por la tierra esparcidos

Al escita dejé tus despojos,  
Y de lejos te vieron mis ojos  
De la Patria en las llamas arder.

Fugitivo otra Patria buscaba,  
Que una tierra hospital me ofrecía,  
Mas, ¡ay triste! la atroz tiranía  
Mis cadenas redobla do quier.

Pereciera á tu lado, Erecina,  
En mi Patria contigo cayera,  
Y otras playas cautivo no viera,  
El que libre, á ser libre nació.

¡Oh pesar! nuestras sombras ahora  
Por las selvas oscuras vagáran,  
Y á la luz de la luna gozáran  
Las delicias que el viento llevó.

Tus caricias y tiernos halagos  
De contento ciñéran mi frente,  
Y la risa y el beso inocente  
Esculpiera en tu lábio el amor.

Deme el Cielo el puñal con que abriera  
En tu pecho de nieve la herida;

Y en el mio su punta homicida  
Al besarla hundiré con horror.  
A Poliesqui perdido llorando,  
Y con él tu delicia y consuelo  
Levantando los ojos al cielo  
Presentaste tu pecho al puñal.»  
Aquí llegaba, cuando toda ardiendo  
En despecho y amor, arrebatada  
Corre, y los brazos al altar tendiendo,  
Toma el acero matador, turbada.  
La errante vista alzando por la esfera,  
Fija en la luna por la vez postrera.  
Alza la mano, y sobre el mar los ojos  
Mudamente clavando, parecia  
Que darle el adios último queria.  
Lanza un hondo suspiro; se estremece;  
Cárdeno el labio, lívido el semblante,  
Se enciende; empalidece; titubea.  
Por su amarilla frente el ala errante  
Tiende la muerte ya: mira á Titea,  
Levanta el brazo, y con feroz despecho

El sangriento puñal hundé en su pecho.

«Y caiste, ¡infeliz! cual paloma,  
Y en tu sangre inocente te bañas;  
Y rasgando el puñal tus entrañas  
Moribundas palpitan de amor.

De la Patria entre el fuego y las ruinas  
Te buscaba Poliesqui anheloso,  
Y tú, ¡ay triste! de acero alevoso  
Sucumbias al golpe traidor.

Yo, tendida entre el polvo y la sangre,  
Con la muerte te hallé reluchando;  
Y mi nombre fatal invocando,  
¡Ay, Poliesqui! Poliesqui acabó.

Sobre el hombro la frente inclinada,  
Y las manos al suelo caídas,  
Y tu boca y tu faz denegridas  
Delirando mi labio besó.

Al alzarte en mis brazos, la vista  
Mudamente en mi rostro fijaste,  
Y al decirme ¡Poliesqui! espiraste,  
Con los ojos clavados en mí.

Yo tus labios besé moribundos,  
Yo el puñal arranqué de tu herida,  
Yo tu aliento postrero, tu vida  
En mi pecho apenado acogí.»

— 348 —

---

## CANTO XIII.

---

Llegado en esto el venerable Arpando  
De su Orelinda á la fatal estancia,  
Llama á la puerta solitaria, en donde  
El eco solo de la voz responde.  
Pregunta á sus esclavas: la impaciencia  
Con la respuesta crece, y agitado  
Hácese abrir las puertas con violencia.  
De esclavos y de amigos rodeado  
Se entra por el salon: acongojado  
¡Orelinda! ¡Orelinda! repeticia,  
Y Orelinda, ¡infeliz! ya no le oia.  
Las venerables canas erizadas

A registrar corrió la galería,  
Cuando descubre un bulto allá á lo lejos  
De la luna á los pálidos reflejos.  
Vacila; tiembla; duda; se adelanta;  
Reconoce á Orelinda: horrorizado  
Dá dos pasos atrás, y sin sentido  
Sobre el altar cayó desfallecido.  
Sus amigos, domésticos y deudos  
De espanto mudos, cual si mármol fueran,  
Los horrendos destrozos consideran.  
Riecar entonces el fatal silencio,  
Hacia Orelinda el paso adelantando,  
Y del intacto ensangrentado pecho  
El acero en sus iras arrancando,  
Con rabioso furor rompió exclamando.  
¿Hasta dónde, destino inexorable,  
Llevarás de tu encono la violencia,  
Y en nuestro daño, ¡bárbaro! implacable,  
Dejarás de irritar nuestra paciencia?  
¿En qué pudo ofender tu omnipotencia?  
De esta doncella ilustre la ternura,



La belleza, el candor y la inocencia?  
¡Mónstruo del mundo! ¡infando despotismo!  
Por esta sangre que inocente y pura  
Este acero destila, por tí mismo,  
Espíritu celeste que animabas  
Esta frente amarilla, que estos ojos  
De amor, de fuego y de espresion llenabas  
En tiempo mas feliz, ¡yertos despojos!  
Por lo mas santo que hay sobre la tierra  
Vuestra venganza juro: en el averno  
Hundiré el despotismo; y ódio eterno,  
Eterna destruccion, eterna guerra  
Juro al génio feroz, juro al tirano,  
Que con cetro de hierro y negra mano,  
El universo devastando aterra.  
¡Espíritu feliz que por el aire  
Sobre la nube entre los libres vagas!  
Sombra sublime, luna silenciosa,  
De horrenda soledad nocturna Diosa,  
Y vosotras tambien, sedme testigos  
De Tartesia deidades tutelares;

Los juramentos aceptad que presto  
Ante estas aras, númenes y altares.  
Y si faltar pudiera, si perjuro  
Olvido el voto, sobre mi cabeza  
Vuestra celeste cólera conjuro.  
El déspota con mano pavorosa,  
Me dé á beber la sangre de mis hijos,  
En el reciente cráneo de mi esposa.  
Huyan de mí los hombres; de la Patria  
Proscrito, errante entre las fieras vague,  
Y no pueda acabar; y siempre vivo  
Me devore del rayo el fuego activo.

Al ronco grito y fúnebre alarido  
De las doncellas, que la playa hundía,  
Sobre las naos, el sueño sacudido,  
La marina agitada aparecía.  
El rumor con la causa difundido  
Por la costa estendiéndose crecía:  
De buque en buque cruza confundido  
El grito de opresion y tiranía,  
Y creciendo el tumulto entre la sombra

La playa toda en convulsion ardía.  
El bravo Oreli, el hijo de la nave,  
De muerte ó libertad el grito alzando,  
El coraje encendió desde la popa,  
Libertad y venganza proclamando.

Riecar en tanto y todos sus amigos  
Por la ciudad en sueño sepultada,  
Del sangriento puñal la diestra armada,  
Convocando los buenos discurrían.  
Crecen los grupos, que las calles llenan;  
Y los golpes de puertas y aldabones  
Entre el sordo rumor de los varones,  
Estrepitosos por la corte suenan.  
Al estruendo Eliban del lecho salta;  
Observa, tiembla, vuelve y azorado  
Al palacio corrió precipitado.  
Despierta á Gerion, que en muelle lecho  
Entre los brazos del amor dormía:  
Huestes y huestes por la corte cruzan,  
Que Tifon al palacio dirijia.  
De lejos ya entre el ruido y el estruendo

Anunciaba el clamor choques parciales;  
Y acá y allá marchando y combatiendo,  
Resonaban los gritos liberales.  
Por una y otra parte en son horrendo  
Los golpes y el clamor se confundian,  
Y las cobardes huestes en desórden  
Hasta el palacio con Tifon corrian.  
Todas sus fuerzas Eliban entonces  
Con ímpetu furioso desplegando,  
Envuelve á Riecar, que acosado cede,  
Y combatiendo bravo, retrocede  
Las triplicadas filas destrozando.  
De este modo cediendo y avanzando,  
De Endovélico al templo se acercaban,  
Que ya del mar los bravos ocupaban,  
Las soberbias murallas escalando.  
Sin esperanza desde el templo Riecar  
El espanto y la muerte difundia:  
Su salud solo, en él fortificado,  
En la venida de Hércules ponía.  
De todas partes llegan batallones;

Todas las calles brotan escuadrones.  
Desde el soberbio templo el libre Riecar  
A Eliban á su salvo destrozaba;  
Del choque á los clamores y el estruendo  
La corte toda en derredor temblaba,  
Y los ojos al Cielo levantaba,  
Fervientes votos por el libre haciendo.  
Así Eliban sin fruto todo el día  
El robusto edificio combatiendo,  
Manda hacer uso de la flecha roja,  
Que las puertas, clavándose, encendia.  
Las llamas cunden; todo el edificio  
Que á pavesas el fuego reducía,  
Con estrépito horrendo se desploma;  
De mil valientes las voraces llamas  
Sofocaron el grito moribundo.  
Por las negras paredes ondeando,  
En raudos torbellinos levantadas  
Suben las altas llamas resilbando,  
Y miembros y maderas incendiadas  
Lejos del templo con fragor lanzando,

Sobre las gentes caen amedrentadas:  
Y las cenizas de los dioses y hombres  
Van por el aire en confusion mezcladas.  
Desesperado Riecar, ya las torres  
Con sus pocos valientes ocupaba,  
Y frenético en medio de la noche,  
Las huestes enemigas destrozaba.

En tanto que la muerte la escalera  
Y el templo de cadáveres poblaba,  
El bravo Alcides, al rayar la aurora,  
Ya las murallas de Gadir tocaba.  
De pavor lleno Gerion temblando,  
El trono y el dosel estremecía:  
Tifon cual tigre junto á él rugia,  
El despecho y la rabia conjurando.  
¡Príncipe débil, príncipe cobarde,  
En vez de amedrentar, tiembles ahora!  
El rayo va á brillar, llegó la hora;  
Para temblar, para temer ya es tarde.  
Desciende, baja; el fuego, la matanza  
Nuestra salud será, nuestra esperanza.

Acabemos matando, y acabemos.  
La sangre y el terror sobre la tierra,  
Sobre Gadir y Alcides derramemos:  
Sobre esos fátuos sin piedad lancemos  
Todo el horror y estragos de la guerra.  
Desciende de ese trono que envileces;  
Allá te espera Alcides: ¡te estremeces!  
Subiendo en esto arrebatado al trono,  
Del tímido monarca el brazo toma,  
Y del sólio le arrastra con encono.  
La espada entonces con furor sacando,  
Al ver la escandalosa demasía,  
Corre á Tifon el enlutado Arpando.  
Pontífice feroz, tanta osadía  
En tu pecho á poner se atrevió el Cielo,  
Que so el manto falaz de un torpe celo  
Ocultando tu infame hipocresía,  
Huella la magestad tu planta impía!  
Apártate de aquí, mónstruo horroroso!  
Abandona esta estancia, astro ominoso!  
Génio del mal, satélite de ira,

Huye lejos de aquí, baldon de Iberia:  
Del trono y de la Patria el luto mira;  
Gózate en su dolor: en su quebranto  
Apacenta esos ojos criminales:  
Escucha esos acentos funerales  
Que asordan á Gadir: mira ese llanto,  
Ese llanto comun que en torno suena:  
Mira esa sangre que tu odioso manto  
Salpica en derredor, y que inocente,  
Venganza está clamando mudamente,  
¡Espíritu execrable! á Radamanto.  
Lejos de aquí lanzadle. «Ola... soldados!  
Perezca el impostor,» y denodados  
Cien puñales brillaron, pero tarde;  
Que ya el malvado entre la turba huyendo,  
La tumba abierta ante sus plantas viendo,  
Su existencia en el templo hundió cobarde.  
Entonces Gerion de espanto mudo  
El palpitante labio desatando,  
¡Mi único amigo fiel, mi solo escudo,  
Mi solo protector, sálvame, Arpando!



Dice; y bañado en lágrimas le abraza,  
Y así prosigue: Mi única esperanza,  
Los errores olvida y estravíos,  
Que si bien cometí, no fueron míos.  
El tiempo fué de sangre y de matanza:  
Arpando, que no vuelva: tus consejos  
Sostengan este trono vacilante;  
El error de estas gradas huya lejos,  
Y la guerra feroz que el ódio encona.  
En este trance de afliccion y apuro  
Salva este trono, salva esta corona,  
Y eternamente mi amistad te juro.  
¡Qué mortal, Gerion, podrá suspensor  
Dejar el rayo en la mitad del aire,  
Ni de Occidente hácia las playas bellas,  
La caída impedir de las estrellas!  
¡Qué Númen tutelar, qué Dios propicio  
De un gobierno opresor, si el pueblo rugé,  
Podrá evitar el hondo precipicio!  
Cual de los mundos físicos el sábio  
Observa atento las eternas leyes,

De los mundos políticos el órden,  
Conocer deben, y apreciar los reyes.  
En uno y otro igual naturaleza  
El órden que fijó, constante sigue;  
Y no hay del mundo en la soberbia pompa,  
Quien mida su poder, quien su ley rompa,  
Mas no es tiempo de avisos; con destreza  
El brazo de los pueblos desarmemos;  
Sus fueros restablece, y con presteza  
Los errores y faltas reparemos.

Dijo; y al punto de Eliban volando  
Sale Tafir á suspender las armas.  
En medio de las públicas alarmas  
Corriendo la ciudad el grave Arpando  
A prevenir á Alcides se adelanta,  
Y de paso en las plazas y las torres  
El estandarte liberal levanta.

El pérfido Eliban que junto al templo  
De su triunfo orgulloso se jactaba,  
Al recibir las órdenes, confuso  
De terror y de cólera temblaba.

Suspéndese el asalto; mas en tanto  
Eliban mil insultos vomitaba.  
Desde la torre el mal sufrido gefe,  
Riecar le reta á singular batalla:  
Acéptala Eliban; éntrase al templo;  
Saca la espada y corre á la escalera,  
Donde Riecar impávido le espera.  
Aquí sobre las ruinas cual leones  
Parten y se acometen: resonando  
Cruzaron las espadas; y la sangre  
Del bravo Riecar salta, salpicando  
Las cenizas del templo: el hombro herido  
Riecar con ojos inflamados mira,  
Y un fuerte salto y un bramido dando,  
Sobre Eliban cayó con brusca ira.  
Al golpe rudo el casco reluciente  
Saltó en pedazos: Eliban turbado  
Retrocedió diez pasos vacilante,  
Y al último inclinando la rodilla,  
La frente desleal dobló amarilla.  
Mas de repente se recobra y ruge;

Y cual herido javalí se lanza  
A la espada de Riecar: los aceros  
Crugen y saltan: Eliban la lanza  
De entre las ruinas arrancó á un cadáver,  
Y hácia Riecar blandiéndola con fieros  
Parte veloz; mas Riecar á la frente  
Le arroja el pomo de su fuerte espada:  
Eliban titubea: de repente  
Sobre él se arroja; de su mano helada  
La lanza arranca, y con feroz despecho,  
La hunde toda en su arrogante pecho.  
En este tiempo el generoso Alcides  
Ya las puertas de Oriente habia forzado,  
Y en la plaza del Sol, el estandarte  
Libre flotaba al viento desplegado.  
Tormin delante el ciego populacho  
Con roncás voces á la lid concita,  
Y entre el sordo clamor y alto alarido,  
Por la turba corriendo enfurecido,  
Hijos, ¡venganza! furibundo grita.  
De un salto, al verle, atropellados ciento,

Sobre él Alcides la robusta clava  
Descargó con furor, y el rudo cráneo  
Cayó esparcido en su cerviz esclava.  
En esto se oye el venerable Arpando  
Entre el fiero tumulto, ¡paz! gritando.  
Suspende Alcides la rabiosa ira,  
Escuchando de lejos al anciano,  
Cuando en su débil temblorosa mano  
La oliva santa alborozado mira.  
Al ver Arpando al generoso Alcides  
Corre á estrecharle á su apacible seno,  
Y así prorumpé de contento lleno,  
De guerreros cercado y de adalides.  
Ilustre campeón, fuerte guerrero,  
Escudo y gloria de los pueblos libres,  
Cuelga en el templo del honor la clava,  
Que ya en Iberia no hay cerviz esclava.  
Gerion de su trono, arrepentido,  
Lejos lanza el error que le oprimiera,  
Y á arrancar á la Patria se dispone  
Del hondo abismo en que Tifon la hundiera.

De la lisonja entre el incienso vano  
El clamor de los pueblos se perdía:  
La baja adulacion, la hipocresía  
Infestaban su pecho soberano,  
Y en sus torpes errores se aplaudía,  
Cuando débil le vió, cuando tirano.  
Tu nombre en tanto belicosa trompa  
Repitió del monarca en los salones,  
Y del régio dosel la augusta pompa  
Se estremeció al rugir de los leones.  
Volviendo entonces del fatal letargo,  
Lanza sobre Tifon torva mirada;  
Su error lamenta, y en mi mano pone  
Los destinos de Iberia: enagenada  
Mi mente ya en el porvenir dichoso  
De esta nacion magnánima se goza:  
De esta heróica nacion que el yugo odioso  
A los pies de la ley libre destroza.  
Mas tan alta conquista aseguremos,  
Y olvidando el rencor y la venganza,  
Con inviolable pacto de alianza

El pueblo y la corona estrecharemos.  
Tu voluntad es ley: á tu prudencia  
Iberia toda sus destinos fia:  
Fija hoy la suerte de la Patria mia,  
Su futuro esplendor y su existencia.

Lustre de Iberia, respetable anciano,  
Semejante al espíritu celeste,  
Habitador de la riscosa Tule,  
Cuya mágica voz, ya en la caverna  
O ya volando sobre escelsa palma,  
Las olas hunde, las tormentas calma;  
La ardiente sangre que en mi pecho hervia,  
Tu blando acento y razonar serena.  
Ya de la Patria rota la cadena,  
Fuera verter mas sangre demasía.  
Necesario hasta aquí verterla ha sido:  
Vertióse sin encono ni fiereza;  
Mas fuera un crimen, fuera una vileza,  
Ensangrentar la espada en el rendido.  
Ni nadie espere que en fatal tributo,  
Bañe yo mi laurel en sangre Ibera;

Si á una esposa causara un dia de luto,  
Su sombra hasta en la tumba me oprimiera;  
Mis cenizas su llanto conmoviera,  
Y destrozáran, con feroz sonido,  
Los lamentos del huérfano mi oido.  
Si muerte y destruccion á los mortales  
Pudo Alcides llevar, y luto y duelo,  
Testigos sois, ¡oh dioses inmortales!  
Fué por lanzar la esclavitud del suelo;  
Fué por hacer feliz la raza humana,  
Ilustrando su mente soberana,  
Nadie cual yo en Iberia, en todo el mundo  
Por el reinado de la paz anhela:  
Por ella errante sobre el mar profundo  
En frágil pino desplegué la vela:  
Do quier por ella, atropellando riesgos,  
De nacion en nacion volé triunfante;  
Y llevando al tirano muerte y guerra,  
Limpié de mónstruos la infestada tierra,  
Donde reina la luz, donde la sombra,  
La libertad se afianzará, y las leyes



Enfrenarán los pueblos y los reyes.  
¡Viva la libertad! ¡viva! y con ella  
El esplendor de Iberia y la alegría;  
Que no turbe jamás infausta estrella,  
Ni eclipse la ominosa tiranía.  
Pero antes que las armas en tu templo,  
Sagrada libertad, hoy suspendamos,  
Los fueros populares afiancemos,  
Su noble dignidad restablezcamos,  
Su gloria y su poder consolidemos.  
En tanta empresa nuestros ojos fijos,  
A las armas corrimos y triunfamos:  
Si todo el bien nosotros no alcanzamos,  
Lo alcanzarán al menos nuestros hijos.  
Hoy para tí, generacion futura,  
Para tí solo el árbol plantaremos,  
Cuyo fruto en sazon, cuya frescura  
Nosotros á gozar no alcanzaremos.  
Este ingrato terreno cultivamos  
Hoy solo para tí; para tí solo  
El augusto edificio levantamos

Que no hemos de habitar: solo en tu obsequio  
Nuestro sudor y sangre derramamos.  
Haz que perdido tanto afan no sea:  
Conserva tanto don con el orgullo,  
Que en tus progenitores hoy campea,  
Guerreros sin igual, fuertes varones,  
Que tan inmensos riesgos superando  
Lanzar contra el tirano el rayo osásteis,  
Y vuestra libertad os conquistásteis;  
Los votos escuchad, las opiniones  
De tantos pueblos consultad, del siglo  
El progreso feliz, las exigencias,  
De vuestra marcha audaz las consecuencias.  
Con tino y detencion los fundamentos  
Asentad de un gobierno respetable,  
Justo, ilustrado, popular y estable.  
Consultad, elegid: con firme mano  
Reparad tantos siglos de estravíos.  
**LIBRES, IBEROS, SOIS; CONSTITUIOS.**



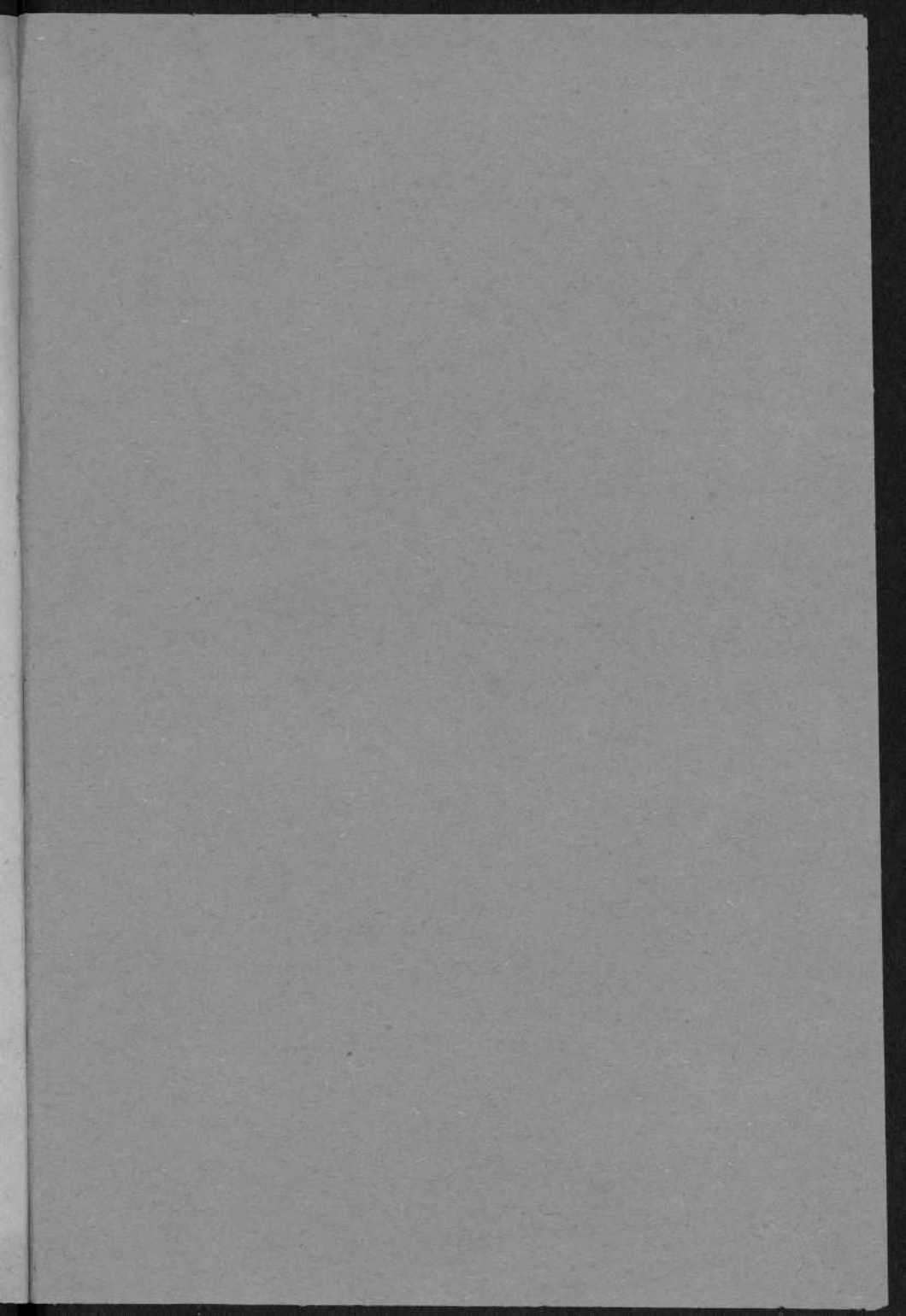
## FÉ DE ERRATAS.

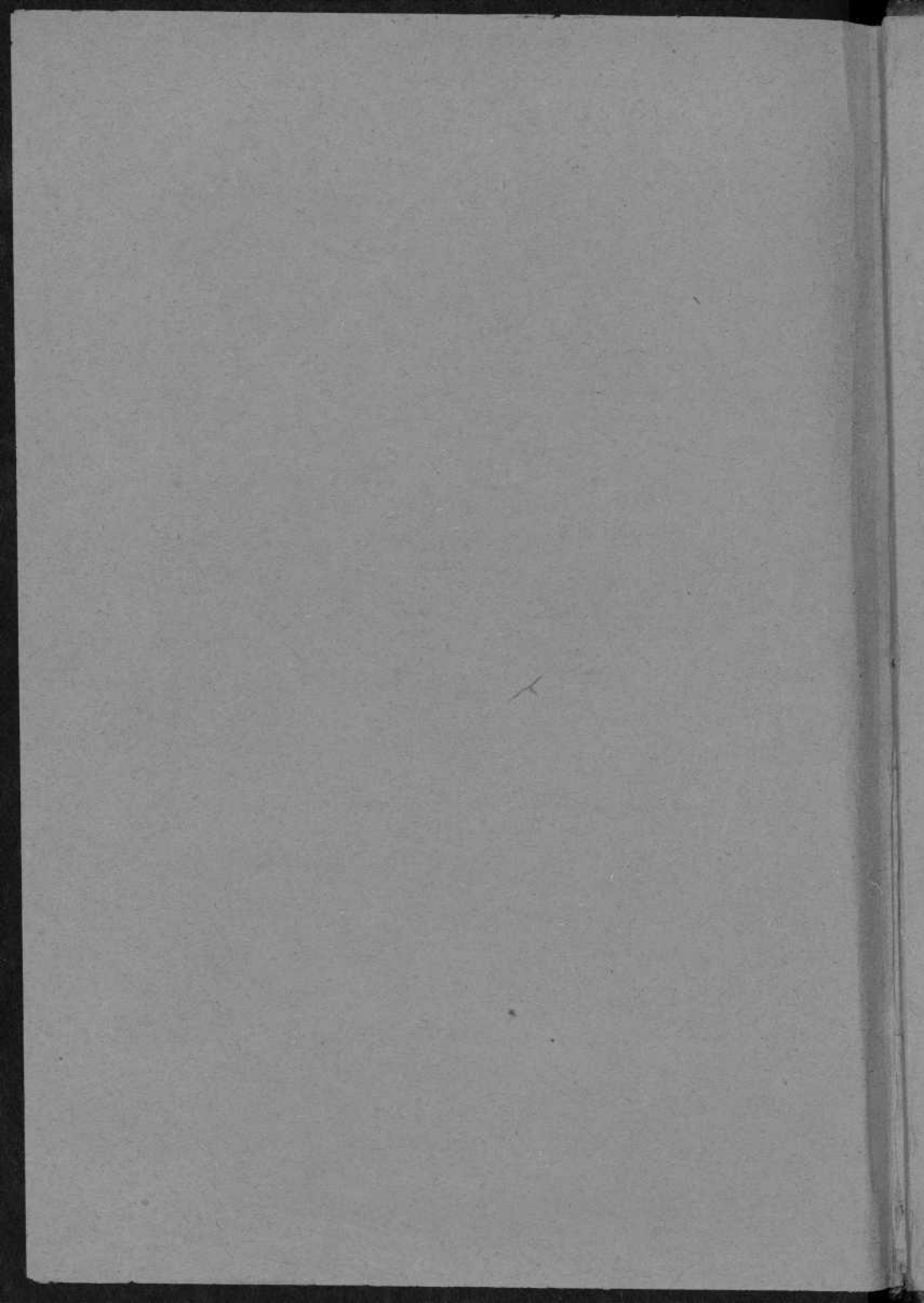
---

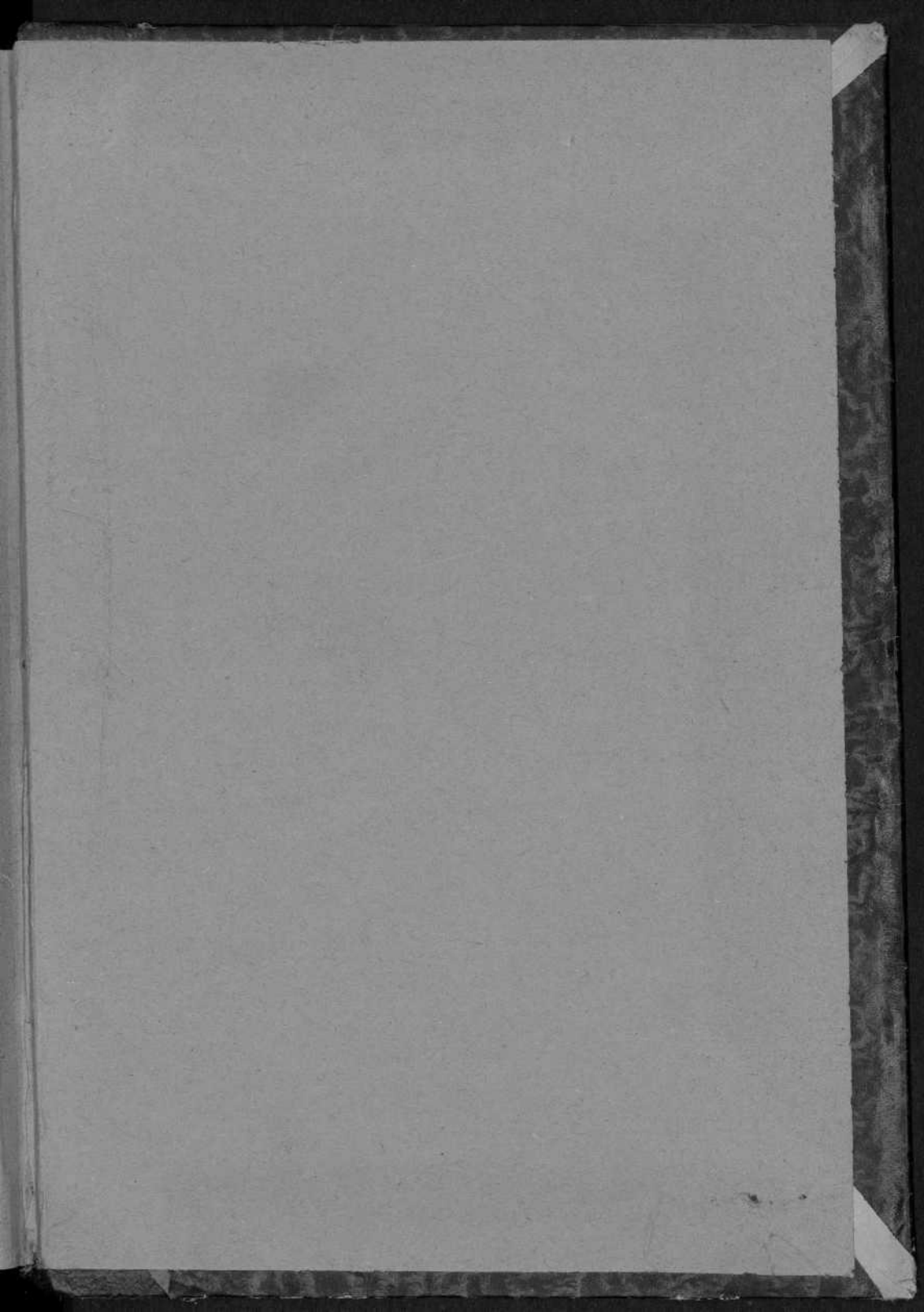
PÁG.	LÍNEA	DICE	LÉASE
33	16	aspectro	espectro
58	13	parece	aparece
76	21	desplomaban	desploman
114	1	turbados	turbadas
128	12	sancando	sacando
147	40	Invacaban	Invocaban
267	40	Eritea	Eritia
268	7	despeñado	despeñados
302	8	débil	dócil

EN DE ERRATAS

PAG.	LINIA	LEER	LEER
303	2	debi	debi
308	7	de-pañado	de-pañado
307	10	Extes	Extes
117	10	invencion	invencion
128	17	segundo	segundo
144	7	tarifa	tarifa
20	21	desploma	desploma
26	19	tarso	tarso
33	10	apuerto	apuerto







15



OSUNA

EL

HÉRCULES

15.337